OLGA

Vicente Corachán



1

Antes de contaros esta historia, me presentaré.

Soy detective privado, para algunos: investigador privado; eso depende de lo que a cada uno le mole más. A mí personalmente me da lo mismo; de una manera u otra tengo que hacer mi trabajo igual.

Me llamo Gumersindo Hierro y me encuentro con cincuenta años recién cumplidos, justo en la mitad de ese puente en el que quieres intentar recuperarlo todo y en el que te preparas para agotar la siguiente y última etapa de desenfreno que te gustaría llegar a vivir mientras el cuerpo aguante. Eso sí: siempre con el permiso de ellas, claro está.

En esta actividad profesional llevo más de cinco quinquenios de abnegado servicio a la ciudadanía. Eso son veinticinco años —lo aclaro para aquellos que no hayan hecho el servicio militar o que no hayan estado trabajando durante varios años seguidos en la misma empresa, lo cual, en los tiempos que corremos, es sumamente difícil, y en los que están por venir, me da la sensación que imposible—.

Se acerca el final de mis tiempos como trabajador y por nada del mundo me hago a la idea aguantar los más de diez años que me quedan pagando unos caros autónomos y sin esperanzas de recibir compensaciones de ningún tipo. Y menos sabiendo que me va a quedar una pensión de mierda.

Ahora mismo mis deseos son que ese tiempo transcurra rápido y poderme dedicar a vivir la vida, aunque sea con esa porquería de paga de jubilado que calculo que me corresponderá después de haber pagado todos esos años y haber llenado las arcas del estado para que otros —venidos de fuera— se la estén comiendo mientras sus mujeres están en sus países de origen viviendo como marquesas; disfrutando aquí, entre otras cosas, de operaciones quirúrgicas en unos hospitales en los que no hay camas para que te puedan atender y en los que mucha gente acaba muriéndose en los atascados pasillos y boxes del los servicios de urgencias.

No soy racista ni xenófobo. Que quede claro. Ni les recrimino nada a los que por desgracia se tienen que ver en la tesitura de huir de su país porque las miserables guerras no les permiten vivir donde han nacido o por cualquier otra causa injusta. Ni mucho menos. No es eso. Lo que ocurre es que odio lo que está sucediendo y me rebelo con los que nos gobiernan y la forma con lo que lo hacen; malgastando todo lo que se recauda a base de unos, más que exagerados, impuestos. Por ese motivo es por lo que no estoy dispuesto a seguir dándoles esa

oportunidad durante mucho más tiempo. En cuanto pueda me jubilo y a esperar vivir con esa triste pensión.

Al fin y al cabo no necesito tanto.

Aun así amo mi trabajo y es mucho lo que he disfrutado de él todos estos años. Pero, durante el ejercicio de mi profesión, también han sido muchos los momentos en los que he pasado por grandes apuros y dificultades; situaciones esas por las que no me gustaría que tuvieseis que pasar ninguno de vosotros.

En más de una ocasión he tenido que valerme de mi arma reglamentaria para salir indemne e ileso de algún que otro imprevisto y contratiempo. Quizás eso sea lo que me hace pensar así.

Por si no os lo creéis, os cuento lo que me pasó.

Todo empezó un día cualquiera y que para nada sospechaba lo que mi suerte me devenía.

2

Me desperté temprano.

Tenía la boca tan pastosa que la sensación era la como la de haber estado chupando una babosa. Aunque jamás había comprobado tal asquerosidad.

La noche anterior fue una de esas que no quisiera volver a repetir. Me pasé tres pueblos.

Mi médico me lo repite hasta la saciedad: *«No debes cenar tan copiosamente. Las digestiones no son buenas mientras se duerme. Si acaso, cena pronto»*.

¡Es un cansino!

No es que no le haga caso, o que pase de él; se que tiene razón. Lo que ocurre es que mi trabajo no me permite establecer horarios fijos en las comidas y, para más inri, mi soltería va unida a mis terribles ganas de jarana. Me gusta demasiado correrme una juerga. Y sobre todo las mujeres. Ambas son una debilidad que me pierde.

Esa noche me olvidé tanto de mirar el reloj como de contar los *gin-tonic*.

Ella tuvo gran parte de culpa. Olga fue la responsable de que, en el tercero, perdiese la cuenta y las fuerzas para volver a mi apartamento. Cuando esa diosa quiere, es capaz de hacerme perder hasta el conocimiento.

Nada más levantarme, y después de lavarme la cara con el agua lo más fría que salía del grifo, me calcé las zapatillas de deporte; mis únicas zapatillas —unas *Nike* que empiezan a estar demasiado gastadas—. Luego me enfundé la ropa que la tarde anterior había dejado preparada sobre la silla de mi habitación con la idea de salir a correr esa mañana. En el apartado de la vestimenta deportiva soy menos mirado en marcas: un pantalón corto, que uso también de vez en cuando para jugar al *padel*, y una camiseta que me regalaron en una de esas cursas populares a las que en ocasiones me suelo inscribir y en las que jamás he llegado entre los cincuenta primeros. Creo que conseguiré estar en el Top-50 el día que me inscriba en una donde no lo hagan más de cuarentainueve participantes.

Suelo salir a correr a menudo. O sea que se puede decir que practico el *Running*; que es como ahora lo llaman algunos intentando parecer más modernos y *snobs.* Supuse que esa sería una buena forma de empezar el día además de relajarme y darle a mi corazón la oportunidad de aguantar unos años más con buena salud.

Me encuentro habiendo pasado el ecuador de la vida y estoy en esa

etapa que yo mismo, con sorna, la llamo "la década prodigiosa". Creo que cuando se han rebasado los cincuenta tacos te das cuenta de que ya has consumido medio siglo de tu existencia y que has agotado mucho más de la mitad de lo que se supone que te van a permitir estar en este loco mundo —por llamarlo de alguna manera suave y simpática—. Entonces es cuando lamentas no haber hecho según qué y sí otras muchas que no debías.

Sospecho que a mi edad hay cosas para las que… digamos que ya no estás apto del todo. Pero sin embargo crees que todavía tienes mucho por hacer y que te has de dar prisa si quieres lograrlo porque te queda poco tiempo para llevarlas a cabo; al menos sin el bastón o ese ridículo y vergonzoso taca-taca.

Una hora fue la que dediqué a ello. Llegué hasta El Prat de Llobregat. Elegí hacerlo por el paseo del río. Normalmente por las mañanas acostumbro a hacerlo por la zona de Marianao, es un buen lugar y muy tranquilo. Se trata de una zona urbanizada con casas a las que por aquí llamamos torres y en otros lares las denominan chalés —cosas de la riqueza lingüística y variada de nuestras autonomías—. Por esa parte de Sant Boi las calles están repletas de pinos y eucaliptos y agradeces el aire que se respira por ellas mientras paseas o haces ejercicio. Por sus empinadas avenidas se accede a la parte más boscosa del pueblo y desde ahí subo hasta la ermita de San Ramón —es una ruta agradable y vistosa, pero relativamente dura para mis piernas—.

Por causas obvias, esa mañana no me había levantado como para hacer un esfuerzo de tal envergadura, así que elegí una pista más llana. La del río.

Mientras corría, a un ritmo bastante bueno, analicé visualmente la gestión que el ayuntamiento había hecho en cuanto al acondicionamiento de la zona por la que estaba pasando. Durante los últimos años, la ribera del Llobregat no había sido más que la simple orilla de un sucio río en el que, muchos años atrás —de crío—, me había llegado a bañar en lo que ahora son aguas pestilentes. Para entonces su cauce no tenía, ni el color marrón, ni el olor a cloaca con el que a su paso, en la actualidad, envenena el aire. Sin embargo, después de décadas de insistentes ruegos y un gran volumen de solicitudes para que lo acondicionaran y convirtieran como paseo público, los mandatarios del consistorio tuvieron la delicadeza de crear una escalera y un puente de hormigón —con ridículos adornos y escasa ornamentación— por donde acceder a esa pista fluvial. Un camino poco vistoso al que le siguen unos cuantos kilómetros de senda terrosa y arenosa por la que los ciudadanos, lejos de usarlo como una zona de lúdicos y relajados paseos, solo podemos caminar, correr o simplemente llevar a los hijos a que puedan montar en sus bicicletas fuera del casco urbano y alejados de los evidentes peligros que tiene el

hacerlo por la localidad. Un pequeño desembolso llevado a cabo en un momento cercano a unas elecciones municipales; efecto con el que lograron hacer felices a muchos usuarios de donde vivo y tapar algunas bocas opositoras como si con ello hubieran hecho la gran obra municipal.

Aquel año volvió a salir elegido el mismo partido. Quizá esa mísera inversión tuvo algo que ver en los votantes. *«No hay mal que por bien no venga»* —pensé—. Pero desde entonces no se ha hecho ninguna otra mejora en ese lugar. Ni siquiera una replantación forestal.

Supongo que habrá que esperar a que se acerquen otras nuevas elecciones.

Siempre me sorprende encontrarme a tanta gente corriendo por ese lugar a esas horas.

Me llama la atención comprobar la cantidad de personas que hace ejercicio. Imagino que eso, junto a la buena alimentación que conlleva nuestra cocina mediterránea, aragonesa, valenciana, madrileña y el resto de comunidades, debe ser uno de los principales motivos por los que cada día el español es más longevo. Yo quería figurar en esa lista así que, cuando acabé el recorrido, contribuí a ello con quince minutos más de severos abdominales, unas cuantas flexiones y una serie de estiramientos; algo fundamental para evitar lesiones. Un autónomo no puede permitirse ese lujo.

Llegué a mi apartamento exhausto. Miré el móvil nada más entrar. Nunca me lo llevo cuando salgo a correr. Comprobé mi *WhatsApp* y descubrí que tenía uno de Lola con un escueto *«Buenos días amor»* y un corazón que latía con intención de quererse salir de la pantalla.

La ducha fue de lo más estimulante y el desayuno un gran reconstituyente. Recogí la cocina y le hice un nudo a la bolsa de basura que contenía diferentes restos orgánicos. El resto de desperdicios los había introducido en varias bolsas de plástico; de esas con el logo del supermercado al que acostumbro hacer la compra. Me gusta reciclar, creo que es importante ser consciente de que estamos acabando a marchas forzadas con nuestro planeta, así que colaboro en lo que puedo y voy almacenando todo ese material que, más tarde, deposito en los diferentes y coloridos contenedores que tengo en la esquina de la calle donde vivo. Había hecho acopio de un buen número de plásticos y envases de cristal que fui acumulando durante toda la semana; sobre todo botellas y latas. Vivir solo tiene ese inconveniente, aunque otras muchas ventajas.

Poco después, y una vez acicalado, me tocaba la parte dura del día: salir a trabajar. Y

así lo hice.

El ascensor estaba siendo utilizado por alguno de mis escasos y ancianos vecinos.

Decidí no esperar y bajar a pie por las desgastadas escaleras de madera del edificio donde vivo de alquiler. Un reducido habitáculo que no sé si alcanzará los cuarenta y cinco metros cuadrados a pesar de que mi casero, que vive justo debajo de mí, me jura y perjura que pasa de los cincuenta. Tiene un recibidor del que te sales si andas más de res pasos en línea recta y en el que desembocas a un, llamémosle, por decir algo, comedor del que a modo de mazmorra tiene tres puertas por las que se accede a la cocina, a la única habitación y a lo que se le podría llamar aseo; aunque he de reconocer que es muy soleado.

Mientras bajaba, noté en el bolsillo de mi pantalón una vibración. Comprobé que era un mensaje. Lo abrí y leí: *«Ayer quedé extasiada. Vuelve esta noche»*.

No contesté.

La anterior había sido una semana muy dura con un final agotador. Quise creer que, esa que empezaba ese mismo lunes, por clemencia, me merecía que fuese algo más relajada. Pero, al llegar al vestíbulo y encontrarme en el buzón aquella carta del juzgado, se fastidió la que imaginé que iba a ser una brillante mañana.

Dicen que cuando el día te parece que va a ser bueno, siempre ocurrirá algo o vendrá alguien que te lo joderá.

Pues así fue.

Me cabreó de tal modo descubrir aquella comunicación que me llegó a pasar por la cabeza ir y acabar con aquel tipo de una vez por todas.

En su momento no lo hice y ahora me arrepentía de ello.

3

Nos encontrábamos a finales del mes de noviembre. Un día soleado, aunque algo frio.

No supe el porqué, pero me vino a la mente eso de lo de “no quitarse el sayo”. Y, aunque no era el mes indicado para esa reflexión, y tampoco soy muy amigo de los refranes, aun así pensé que ese le iba al pelo. Me pregunto si, para ese mes en el que estábamos, existiría alguno de esos refranes o dichos populares.

Se empezaba a notar que estábamos a muy poco de iniciarse las siempre esperadas actividades locales que en Sant Boi se organizan durante la Purísima. Festividad en la que feriantes, comerciantes y, por supuesto, el inmenso número de asociaciones culturales y gastronómicas, gozan de las constantes y numerosas visitas por parte de ciudadanos que vienen a disfrutarlo. Gente que, como ordenadas hormigas, recorren gustosas el inmenso trayecto gozando de cada una de las diferentes exposiciones que se alinean a lo largo del recorrido y del recinto ferial. Son miles los interesados en visitar las paradas con los múltiples artículos artesanales y culinarios —la mayoría de ámbito rural—.

Esa feria convoca a tantas personas que el pueblo parece un enjambre, incluso el bullicio que se forma al paso de la gente me recuerda al zumbido que producen las abejas mientras entran y salen del panal sin tocarse las unas a las otras. Claro que eso aquí no ocurre; aquí sí que te empujan alguna que otra vez.

Se agradecían los cálidos y brillantes rayos de sol a los que el clima nos tenía acostumbrado por esas fechas en las que todavía se añoraba con nostalgia el ya olvidado verano, aunque cada vez tardaba más en retirarse.

La sola presencia del sol, luchando por asomarse de forma efímera entre las nubes blancas, parecía regalarnos un plus para empezar la actividad diaria con júbilo; que si bien sus rayos no llegaban a calentar lo suficiente, venían muy bien. No obstante, siempre existía el temor de un cambio radical. Este es por excelencia un mes muy variable en lo que respecta a su climatología. A tan poco de abandonar el periodo otoñal y pasar a las heladas invernales el clima ofrece cambios tan bruscos que a nadie le extraña pasar, de un día para otro, de la simple camisa de manga larga, a la bufanda y el abrigo. Incluso a tener que utilizar el siempre engorroso paraguas.

Yo, aquel día tenía varias cosas por hacer en mi despacho, pero decidí pasarme antes por el juzgado y obtener más información sobre

esa notificación que acababa de recoger de mi buzón en la que se me obligaba a presentarme para coger la citación y asistir, como denunciado, a uno de esos llamados juicios rápidos. En este caso por las lesiones que le produje al capullo que le dio por agredirme con intención de matarme.

Raquel, la oficial del juzgado de instrucción número tres, fue la que me atendió en cuanto me vio aparecer por el mostrador.

Ella no tenía conocimiento de que se me había requerido. Sin embargo, en las arrugas que se le formaron en la comisura de los labios, advertí que tenía ganas de broma. En cuanto leyó la citación…, me provocó como solo ella sabe hacerlo: —Tendrás que buscarte un buen abogado.

Lo hizo con voz queda y poniéndome morritos.

Me exacerbó.

Yo no estaba para guasas y ella lo sabía. Aun así me mostró una lánguida sonrisa.

El flequillo de su pelirroja y rizada melena le tapaba un lado de la cara. Pero ese pedazo de hembra no pudo esconder lo que piensa cada vez que nos vemos. Sus brillantes y acaramelados ojos, me lo transmitía. Me desnudó allí mismo con la mirada. Me quería devorar Raquel es una mujer insaciable y no se frena si cree que tiene una oportunidad para buscar un hueco en su agenda con el que llenar una noche de lujuria y placer.

—No me toques lo que no suena Raquel —notó mi enojo pero continuó riéndose.

Leí la comparecencia y la firmé de mala gana. En ella se me citaba para que acudiera diez días después.

—No te enfades hombre. Tú sabes cómo solucionar estas cosas mejor que nadie. Estás acostumbrado —me lo dijo mientras se llevaba a sus labios dos de los dedos de su mano derecha, besaba las yemas y soplaba un imaginario ósculo hacia mí poniendo de nuevo esos morritos que sabe que me encanta, y que me pone a cien.

Esa mañana, por culpa de la desagradable nota, ya no estaba ni para bromas ni para ese tipo de historias que en otro momento hubiera agradecido. No era el mejor momento para hacerle ver que cogía en el aire ese imaginario beso y me lo llevaba a mis labios; como hago en otras ocasiones. No era el día idóneo para ello.

Raquel conocía muchas de mis historias. No porque estuviera trabajando en el juzgado, sino porque en la cama a veces se cuentan demasiadas tonterías. Ya sabéis…, uno se viene arriba y…

Me gusta exagerar para hacerme el interesante. A muchas mujeres les encanta, o eso me hacen creer. Yo lo uso como un truco para encandilarlas y…, la verdad…, es que no me va del todo mal.

—¡Pedazo de cabrón! —solté con ira y en un tono de voz algo

elevado—. Encima me denuncia el cabrón este. Espero que le empapelen bien. Aunque, con la justicia de este país, seguro que se sale de rositas.

—Espera que saco el expediente —comentó Raquel

AL fin detectó mi estado de ánimo y trató de no incordiarme más con sus cariñosas tonterías. Descubrió que no era un buen momento.

—Voy a ver si al tipo ese también se le ha citado y si ya ha contestado o no.

Se marchó sin darme tiempo a evitarlo.

El aire quedó impregnado de ese perfume de Carolina Herrera que ella siempre usa y que lleva como si se tratase de su marca personal. Un extraordinario aroma con una mezcla de rosas, pachulí y musgo que tanto me gusta y con el que me extasía cada vez que le hago el amor. Fragancia que por cierto tanto me cuesta quitarme después para no salir a la calle oliendo a mujer: Cosa que creo que nunca llego a conseguir del todo.

Raquel fue a una de las estanterías que estaban frente a su mesa y a continuación la vi entrar, expediente en mano, en el despacho de su señoría. Salió en seguida, pero sin la documentación.

—Sí Gumer —ahí su gesto era más serio y profesional—. Ya se le ha enviado la citación, pero aún no ha contestado. En cuanto sepa algo te llamo, no te preocupes.

Me guiñó un ojo al tiempo que recogía todos los papeles que había sobre el mostrador y los metía en una carpeta, luego añadió:

—Trataré de hablar con el Juez más tarde, ahora estaba hablando por teléfono. No te impacientes. Ya sabes que él, para estas cosas, tiene muy mala leche y seguro que entiende la situación y le pone las pilas a ese gilipollas.

Se lo agradecí. Después de firmar el comunicado cogí mi copia y me marché.

Mientras salía de aquella marmórea zona repleta de ventanales con una amplitud tal que la luz que por ellos entraba alumbraba todas las antesalas hasta el punto de no necesitar encender los viejos fluorescentes que, por unas largas y oxidadas cadenas, colgaban del techo, caí en la cuenta de que le acababa de proporcionar a Raquel una oportunidad para llamarme con la excusa de informarme sobre ese asunto por el que había acudido hasta allí. Eso me costaría tener que echarle un polvo.

Al salir vi que los dos guardias de seguridad estaban enfrascados con una señora a la que el arco le avisaba que tenía más metal de lo permitido. La hicieron volver de nuevo hacia atrás para que intentara desprenderse de los objetos que hacía accionar el estridente pitido de aquella alarma. Aun así, Antonio, el más veterano, me saludó mientras yo salía al exterior.

Su cara reflejaba un «*¡Ya no puedo más! Esto es todos los días*».

4

Desde el juzgado me marché directamente a mi despacho.

No llevaba allí ni media hora cuando llamaron al timbre.

Miré por la mirilla y vi que, de pie, junto a la puerta del ascensor, se encontraba de nuevo aquel hombre.

Abrí y le invité a pasar.

Con ese “posible cliente” ya me había visto anteriormente en dos ocasiones más y se mostraba muy interesado en que le hiciera una investigación, pero parecía que le costaba decidirse. También pensé que quizá le había cogido apego a venirme a ver y contarme su historia; algunos lo hacen. Esperaba que ese no fuese el motivo. No me apetecía perder el tiempo inútilmente. La pena es que por educación no puedes manifestar eso y son muchas las veces que has de aguantar el tostón para luego nada. Pero…

Según me contó las otras dos veces que nos reunimos, ese tipo era un miembro del tejido empresarial catalán cuya sociedad estaba afincada en el mismo Sant Boi de Llobregat — yo no la conocía, aunque tampoco las conozco todas—. Me argumentó que además de estar pasando los evidentes problemas de la crisis —como a la mayoría de los mortales de este país—, a ello se le sumaban los mal llevados quebraderos de cabeza que le proporcionaba uno de sus desagradecidos trabajadores.

El señor Manuel López, que así era como se llamaba aquel empresario, me había explicado en aquella ocasión que quería averiguar, por cualquier medio, y de una vez por todas, sus más que fundadas sospechas. Me explicó que estaba muy seguro y que lo necesitaba probar de forma urgente para tomar las medidas oportunas y poner, de patitas en la calle, a ese desleal trabajador —aunque él lo expresó de otra manera—.

Sentado frente a mí, al otro lado de la mesa, sus ojos eran como dos pequeños botones a cada lado de una nariz más bien ancha y medio chata.

Mi supuesto cliente —si es que lo acababa siendo—, lo tenía muy claro y no dudaba en hacer lo que fuese por acabar con su currante —en el sentido laboral, claro está—. Me comentó de forma reiterada que no quería tener una persona como aquella dentro de la larga lista de empleados que cada día comen de él, lo cual me resultó demasiado presuntuoso por su parte.

No hacía más que repetirme que eran muchas las familias que vivían de su empresa y que ese desgraciado estaba destruyendo esos

puestos de trabajo y que lo que menos soportaba era ser engañado por una persona a la que había ofrecido un puesto de trabajo y en el que, desde el primer día, había depositado su total confianza.

Mientras me estuve entrevistando con él esa tercera vez, detecté, en aquellos pequeños y agitanados ojos, mucha rabia contenida, pero ninguna de las venas de su frente, ni de su cara, mostraba esa ira. Como si lo controlase. Sus explicaciones carecían de coherencia en algunos de los términos y observaciones que me iba argumentando. Supuse que se debía a su exagerada arrogancia porque se esforzaba demasiado en hacerme creer que se trataba de un gran empresario y que la firma que representaba era una de las más grandes en su sector. Aún así, me daba la impresión de que escondía algo. Su mirada no me gustó en absoluto, pero tampoco era el caso analizarlo. Mi misión no era esa, aunque me costaba no hacerlo. Por defecto profesional estudio a todas las personas que tengo delante de mi mesa. Lo hago para que no me engañen con una solicitud de investigación que me pueda, a posteriori, traer problemas legales.

Normalmente eso suele suceder con los casos de clientes particulares. Clientes que suelen solicitarme temas de infidelidades y que suelen tratar de venderme que a la que tengo que vigilar es su esposa —o a su marido, según el caso— y luego resulta es con la que está engañando a su pareja y que no se fía de ella. Puede parecer una paradoja, pero es real como la vida misma y en algunos casos me he de andar con mucho ojo. Eso podría llegar a ser una investigación ilegítima.

En aquel caso no había lugar a ello. Cuando se trata de un empresario que quiere saber algo sobre alguno de sus trabajadores, no es normal que exista esa posibilidad. Ahí la cosa suele estar muy clara. Aún así, sin saber por qué, veía algo extraño en aquel individuo. Notaba en él algo extraño que no llegaba a detectar qué podía ser. Algo me hacía pensar que aquel hombre no era una persona tranparente. Su olor a fragancia *Loewe* falsificada y su traje *Lacoste* —de la misma procedencia— no me transmitía la confianza de ser un empresario tan importante como me intentaba hacer creer; aunque tengo que reconocer que existen demasiadas personas de ese parangón, empresarios a los que les gusta aparentar lo que no alcanzarán a ser jamás en su vida.

Él debía formar parte de esa lista de personas.

Recapacité en que era mejor obviar mi ridícula manía de pasarle mi polígrafo mental tratando de observar si sus ojos se inclinaban a la izquierda o hacia arriba cuando me daba detalles concretos, o si se rascaba o mostraba, de forma inconsciente, algún tic de tipo nervioso que me hiciera detectar rasgos característicos para trazar su perfil psicológico y averiguar que me estaba engañando en algo. Me limité a

ser sensato y matar los fantasmas que en ocasiones giran dentro de mi cabeza.

A veces pienso que he visto y leído demasiadas historias de Sherlock Holmes.

Después de exponerme de nuevo todos aquellos detalles, le informé con mayor exactitud los costes que tendría el llevar a cabo la investigación y le expliqué que si lo aceptaba podría efectuar ese servicio cuando me facilitara, además de sus datos y una provisión de fondos, los del trabajador en cuestión, una fotografía lo más reciente posible, y los días en que quería que lo llevase a cabo.

Me contestó que recogería toda esa información y que me la traería o me la haría llegar de alguna manera. Haciéndome creer en aquel momento que mis honorarios le habían parecido correctos.

Eso pensé, pero la segunda vez que acudió, y que volvió a explicarme lo mismo, también se marchó tal y como había venido: sin traerme ningún dato nuevo y sin concretar nada. Ya no me fiaba que finalmente me llegara a contratar. Estaría comparando precios con otros.

Por otro lado, imaginé que debía comentarlo con los del departamento de Recursos Humanos y con los responsables de las finanzas. La mayoría de esas empresas tienen demasiada burocracia y ni siquiera su Director General puede llegar a tomar decisiones por sí solo, al menos en las que se supone que hay que soltar la “pasta gansa”.

Cuando entró en el ascensor, y vi que bajaba, entré en mi despacho para continuar con mi trabajo. No me preocupé en si volvería a contactar conmigo. Era un problema suyo.

Mientras estaba enfrascado con los fotogramas de uno de mis informes, recordé que mi móvil había vibrado varias veces durante aquella reunión. Comprobé que tenía una lista de mensajes sin abrir y que todos ellos eran de Olga preguntándome si me apetecía cenar con ella en su apartamento y volver a repetir una noche como la anterior.

A parte del mensaje con la invitación a reunirnos, también pude leer cuatro subiditos de tono hasta el punto de sonrojarme. Los destruí inmediatamente. Iban acompañados de una fotografía de ella en ropa interior. Se la veía con una rodilla sobre una silla y sus brazos recostados sobre el respaldo mostrando su culo mientras, de forma sensual, miraba a la cámara de reojo con el cuello girado hacia atrás y lamiéndose los labios. Tuvo que haberse entretenido en hacerse la foto con el disparador automático temporal. El texto a pie de foto decía que la lencería que llevaba puesta la había comprado especialmente para mí.

Supuse que era una manera de decirlo o una forma de expresarse. La verdad es que yo no me veía con ello puesto.

Los mensajes me parecían muy convincentes, pero no le contesté.

Seguí con mis tareas de redactor e inserté los fotogramas que había extraído de una grabación de vídeo. Me quedaba repasarlo por si detectaba alguna errata. No sé si a ustedes también les pasa, pero cuando acabo un informe no me veo capaz de encontrar ningún error. Es como si mis ojos leyesen lo que saben que he querido escribir y no lo que realmente he acabado tecleando. Así que lo dejé para otra ocasión. Preparé la factura de mis honorarios en ese asunto y me marché a efectuar unas gestiones bancarias.

En la cabeza seguía golpeando el problema de mi agresor. Si fuese de esos tipos violentos me personaría en su domicilio, le daría una paliza y cuando lo tuviese en el suelo, sangrando por todos lados, le diría: *«Ahora vas y lo cascas»*.

¡Mierda! Yo no soy uno de esos y lo lamentaba. Ese tipo me iba a causar problemas.

5

Mientras caminaba fui pensando en las otras dos veces que nos habíamos reunido aquel empresario y un servidor. También fueron en mi despacho, un apartamento austero y pequeño convertido en oficina. Lo tengo instalado en la veinteava planta de un edificio situado en la calle Junqueras, muy cerca de Plaza Cataluña y casi en la misma Plaza Urquinaona. Lo que se dice un lugar céntrico.

Tiene unas magnificas vistas que hace que mi arrendador me cobre una desproporcionada cantidad de euros. La verdad es que cuando mis clientes vienen se quedan fascinados. Ver la montaña y el Castillo de Montjuic, la estatua de Colón y todo el puerto de Barcelona, es algo que resulta espectacular. Aun así, está claro que eso no ayuda a que acaben contratando mis servicios.

El señor López esa tercera vez había vuelto a acudir sin ningún tipo de llamada previa; sin concertar una visita como sería lo más normal. Se jugó que yo no estuviese. Tampoco mandó a nadie, al menos que yo supiese. Quizá habría pasado por allí alguna vez más y no me encontró, hecho que no me comentó en ningún momento, así que me quedaba esa duda.

En esta última ocasión me concretó algún detalle más, aunque no era nada relevante.

Me dijo que se trataba de un comercial cuya honradez profesional había desaparecido durante el último año, al menos de forma probada y que necesitaba contratarme porque le habían descubierto la explotación de una línea de producto paralelo al que ellos comercializaban.

Mientras me iba dando los detalles, no hacía más que mirar los pocos títulos que cuelgan en una de las paredes y una magnífica fotografía de Barcelona, en blanco, y negro que le saqué a un moro en los Encantes por una ridícula cantidad.

—¿Qué vale esa fotografía? —le dije al marroquí que atendía aquel puesto.

Lo hice mientras disimulaba haciéndole creer que miraba un juego de destornilladores que tenía entre todas aquellas oxidadas y apiladas quincallas sobre un mostrador de madera ennegrecida por la mugre.

—Ésta, mucho buena foto, migo. —me contestó girándose de espaldas como si quisiera darme a entender que yo no podía acceder a ella.

Posiblemente pensó que así me haría creer que su valor era muy alto para mi insignificante economía. Pero se equivocó, yo no soy un *giri,* y mis infinitas horas de trabajo arrabalero me proporcionaba la

posibilidad de poder ganarle la partida.

—Bien, pues entonces nada —le contesté y me giré.

Seguí rebuscando entre todos aquellos cachivaches sin valor alguno, excepto para los nuevos ricos que los adquieren para parecer que entienden de antigüedades y los colocan en la pared de su segunda residencia como si se tratase de un museo. Incluso algunos llegan a creerse que han conseguido “el oro del moro”.

Logré mi propósito y fue entonces él quién decidió continuar negociando. Reclamó mi atención.

—¡Eh! ¿Cuánto pagas tú? Migo —de pronto pareció poner algo más de interés.

—Te doy diez euros.

Me miró como si yo estuviese loco y agitó una mano al aire como si tratase de coger al vuelo una mosca. A continuación parecía que trataba de darme clases de fotografía contemporánea.

—Tas loco, migo. Tú ríes mí. Foto valer cien uros.

Aquel hombre mostró un ligero cabreo esperando una respuesta por mi parte para empezar a discutir de un arte del que él no tenía ni pajolera idea.

—Ja. —le solté con toda la ironía que pude—. Pues nada, quédatelo y lo cuelgas en tu casa.

Le di la espalda y me marchaba definitivamente cuando me llamó de nuevo:

—Migo, migo. Cinconta uros y tú llevas foto.

Me di la vuelta sin dar un solo paso, pero con la determinación de seguir caminando y abandonar el lugar si no me daba la respuesta irreversible que yo estaba esperando. Todo ello mientras, sin dejarle de clavar mis ojos en los suyos, me metía la mano en el bolsillo y sacaba dos billetes de diez euros.

Desde allí mismo se los enseñé estirando mi brazo a la vez que dejaba ver el resto de la tela del bolsillo, cosa que hice con la sana intención de que se percatara de que no había ni una moneda más y que, por lo tanto, tampoco cabían posibilidades de regateo.

No tuve que decirle nada más. Esta gente entiende el lenguaje corporal mejor que los sordomudos.

—Va migo, venga, lleva foto. Pero tú joputa.

Aquel sujeto rezaba y refunfuñaba mientras sus labios articulaban palabras que yo, más que entender, intuía mientras él enrollaba la lámina de 150x50 que ahora luce en esa pared color crema de mi despacho.

El que no sabía si acabaría siendo finalmente mi cliente, me volvió a relatar la misma información que los otros dos días, y eso que solamente hacía cuarenta y ocho horas que lo había tenido frente a mí la última vez. Vestía el mismo traje y corbata con el que acudió las

otras dos veces. No supe si sería por pura casualidad o si solo tenía ese. Quise suponer lo primero.

Observé que se frotaba las manos como si estuviera nervioso, incluso recuerdo que esa vez no me llegó a mirar fijamente a los ojos en ningún momento.

El tal señor López escuchó mi propuesta económica, frente a mi mesa, sentado en el sillón. Lo hizo medio recostado hacia atrás, como si estuviese tomando el sol en la terraza de una cafetería en pleno mes de agosto. Cuando finalicé, se levantó como un resorte y me alargó la mano mientras me decía que me daría una respuesta en breve.

Recuerdo que al estrecharle la mano noté un extraño "*input*". Sus dedos eran como cuatro espárragos navarros, sin ningún tipo de fuerza y totalmente laxos. Ni siquiera hizo el ademán de agitar el brazo para corresponder a ese saludo. Estoy seguro que si le hubiese apretado lo más mínimo le habría roto alguna falange. Aquello no me ofreció ninguna confianza. Normalmente los empresarios de esa categoría suelen ser más enérgicos, piensan que tienen a la gente a sus pies y suelen creerse el ombligo del mundo.

Por un momento incluso especulé que ese trabajador, al que quería investigar, tal vez podría tener motivos para hacer lo que estaba haciendo —aunque ello no fuese ético—.

Lo que jamás podría haber imaginado fue la que me iba a liar ese malnacido de cliente.

Hoy me arrepiento.

6

Mientras regresaba de nuevo al despacho, después de haber ido al banco y haber comprobado que mi cuenta corriente temblaba más que un lagarto en el Polo Norte, recibí una nueva llamada de Olga.

A Olga la conocí… —mejor dicho: ella me conoció a mí—, en la fiesta de un colega.

Celebrábamos el cincuenta aniversario de Antonio, uno de mis dos únicos amigos. Llamarme raro si queréis porque solo tenga dos amigos, pero es así y me alegro de ello. Conocidos y allegados sí que tengo algunos más, pero…, lo que se dice amigos…, no.

Antonio y Pedro son las dos únicas personas con las que guardo una estrecha relación y a los que les tengo total confianza. Ambos conocen mis exiguas virtudes y mis incontables y numerosos defectos. Y lo mejor de todo es que me aceptan tal y como soy.

Nos conocemos desde que tengo uso de razón. Bueno no…, de ser así, debido a mi a veces falta de raciocinio, al igual aun no los conocería. Quiero referirme a que nuestra relación la disfrutamos desde muy pequeños. Éramos unos enanos cuando ya hacíamos travesuras juntos. Creo que jamás hemos dejado de hacerlas. Vivíamos en el mismo barrio y fuimos a la misma guardería, al mismo colegio y más tarde al mismo instituto. Antonio era amante de la música y tiró por esos derroteros. De hecho llegó a crear un grupo de rock. Ahora solo toca en la intimidad. Pedro y yo fuimos a la universidad. Yo hice criminología y él se decantó por estudiar Derecho y acabó trabajando en una notaría de Barcelona en la que lleva toda la vida.

Según dice, su jefe, un tal José María Valls, es una persona que mima a sus trabajadores y que en ese trabajo se encuentra como en familia. Cosa que me cuesta creer porque es raro que un tipo de empresario así resulte ser como él dice; con ese cargo y título suelen ser unos engreídos debido a su categoría y estatus. Pero en este caso es cierto, yo llegué a conocerlo personalmente por temas profesionales y tengo que reconocer que acabé comprobando que es tal y como él lo describe. Su jefe el Notario resultó ser una persona muy cercana y humana.

Tanto, que me hizo cambiar la opinión que tenía sobre los de su sector.

Cuando acabé la carrera decidí ser funcionario, siempre había soñado con ser un hombre de la Ley. Ya me llamaba serlo desde muy pequeño. Cuando jugábamos a policías y ladrones siempre pedía ser “poli”. Lloraba si me tocaba ser ladrón. Puede que en eso me haya

equivocado; algunos de los que elegían ser la otra parte del juego ahora tienen mucha más pasta que yo. Aunque yo vivo más tranquilo.

Antonio, el músico, ha sido el que más tumbos ha dado en el tema laboral. Al final se especializó como técnico informático y acertó. El mundo de la ingeniería de la computación, la electrónica y el *software,* entró en nuestro país muy fuerte y él supo subirse a ese tren en el momento adecuado. Siempre he dicho que lo mejor que te puede pasar en la vida es estar en la estación de las oportunidades en el momento acertado y subirte en el vagón apropiado. Antonio acabó montando una pequeña empresa que lleva desde su propio domicilio. Trabaja para varias multinacionales en el desarrollo de soluciones integrales. Además, diríamos que es el más formal de los tres. Se casó a los treinta años y lleva veinte con la misma mujer. Doy fe que jamás ha ido, ni ha estado, con otra. Creérselo. Es raro, pero cierto.

Pedro y yo hemos sido algo más rebeldes. Teníamos una gran afición a los deportes y estuvimos practicando futbol, pádel, artes marciales y cosas de esas; nunca nada en serio ni de forma continuada. Por eso en ninguna de esas disciplinas llegamos a ser gran cosa, pero nos valió para estar siempre en forma, o más o menos.

Al acabar el instituto hubo un par de años en los que nos distanciamos un poco más. Ya se sabe: las chicas y esas cosas. Aunque seguíamos viéndonos y manteniendo, de tanto en tanto, nuestras juergas secretas. Jamás hemos dejado de estar unidos. Ahora lo que nos permite seguir viéndonos son las partidas de póquer en mi casa. El tercer jueves de los meses impares.

Sin escusa ni pretexto, salvo fuerza mayor. Ese es nuestro lema.

Aquel día, en la fiesta de Antonio, Olga se acercó a la mesa donde yo trataba de elegir un canapé de salmón —es una de mis debilidades —. Coincidimos al ir a coger una copa de cava de una de las bandejas situadas junto a una de las mesas del catering. Yo fui más rápido.

Tomé dos y le ofrecí una. La aceptó con una sonrisa de oreja a oreja. No pareció extrañarle en absoluto mi cortesía.

Tengo que reconocer que, aunque siempre voy con la caña puesta cuando se me acerca una hembra a menos de dos metros, en aquella ocasión su exuberante escote me atrajo como lo hace un imán publicitario a una nevera.

—¿Qué hace una chica como tú en un sitio como éste?… Y sola. —lo dije con claras intenciones de buscar algo más que una simple respuesta.

Fue una cursilada, aunque le hizo gracia aquella pregunta que jamás me contestó.

Sin saber porque, reaccionamos de la misma manera y los dos nos empezamos a reír sin más. Acto seguido nos dimos un educado beso en la mejilla y nos presentamos.

Para romper el hielo, que por cierto no era frío lo que yo sentía en ese momento frente a semejante pibón, curioseé sobre las cosas típicas que se suelen preguntar en esos momentos — o puede que no—: estudias o trabajas, de dónde eres, de dónde vienes y a dónde vas, y que, como es de suponer, me daba igual que me las contestara o no. Lo que yo pretendía no era tener información, sino otras cosas.

Aún así, aquello que me parecía una muralla inexpugnable, tuvo la delicadeza de contestarme a algunas de esas nimias indagaciones y lo hizo con una singular simpatía y sin ruborizarse lo más mínimo. Olga me mencionó que trabajaba como secretaria en una oficina de Barcelona, que llevaba poco tiempo aquí y que era, o venía —no recuerdo exactamente—, de Marbella. Puede que me diera algún detalle más que, si lo hizo, tampoco lo recuerdo. Ya digo: Me daba igual. Y además, con los ojos clavados en su provocativo escote, de lo que yo estaba pendiente era de otros detalles. Lo que sí recuerdo era que me encontraba totalmente absorto y distraído tratando de averiguar, con mucho disimulo, que si aquello que medio asomaba por el encaje de puntilla de su sujetador era la aureola de sus pezones o mi aviesa imaginación me estaba haciendo ver visiones.

Enseguida hicimos muy buena amistad —cuando digo enseguida, me refiero a esa misma noche—. Las copas en según qué momento, y sobre todo la cantidad de ellas, te dan más alas que un *Red Bull*.

Lo más irracional era que Olga había sido invitada a la fiesta por parte de mi amigo Pedro. Yo no tenía ni la más mínima idea de que hubiese sido él el que la llevó hasta allí. Ni por asomo. Fue el mismo Pedro quien me lo dijo una semana más tarde. Me explicó que la había conocido dos días antes comiendo en un restaurante cercano a la notaría donde él trabaja.

Me contó que se sentó a la mesa de al lado y que le pareció que estaba tan buena que se le fue la pinza y la invitó al cumpleaños dando por hecho que a Antonio no le importaría en absoluto.

Según me detalló, pensó que si ella aceptaba acudir con él le sería más fácil tirársela.

En definitiva eso era lo que él buscaba.

Como podéis imaginar, no lo consiguió. Y en honor a su amistad tengo que decir que no le supo mal que fuese yo el que me la estuviese beneficiando. Ella es mucho más alta que él y yo más guapo. No le hubiera pegado nada. Le hice un favor. Además, cuando me lo explicó, no pude entender cómo coño la dejó suelta estando tan buena y conociéndome a mí. No tiene perdón de Dios. Dejarla acercarse sola a una mesa con pinchos de salmón y con copas de cava, estando yo allí, fue una insensatez.

Perdonar que me haya enrollado con esta historia, ese es uno de mis incorregibles defectos. Hablo hasta por los codos. Pero, en este

caso, creo que es de sumo interés que conozcáis esos detalles. Os harán falta para entender lo que ella tiene que ver en la que fatal historia en que acto seguido me vi metido.

Como os venía diciendo, me acababa de llamar Olga por teléfono y contesté.

—Hola Olga —traté de hacerle creer que aun estaba agotado por lo de la noche anterior—. Aun me duele hasta el alma —le dije como si me costase hablar y respirar a la vez.

Se puso a reír con esa carcajada entrecortada que ella tiene tan curiosa. Cuando pudo controlarla continué hablando.

—No te rías. Anoche me dejaste más escurrido y seco que una esponja en un desierto.

Tardaré varios días en recuperarme. Me echas unos polvos geniales. Si fuese una cucaracha…, estaría criando malvas.

—Grosero —me contestó y volvió a echarse a reír de nuevo.

Si tengo que ser sincero, me estaba dando cuenta de que Olga estaba totalmente colada por mí y eso me daba miedo. Tuvimos una conversación de lo más calentita. Salieron a relucir los mensajes y fotos que me había enviado un rato antes y que ahora no viene a cuento comentar. Al final de esa plática eroticotelefónica —algo subiditas de tono para nuestra edad— y cuatro tonterías más, me preguntó si iba a ir al despacho o si tenía que salir a trabajar en alguno de mis asuntos detectivescos.

Me extrañó la pregunta. En ese momento no le di ninguna importancia, pensé que era algo propio de esa curiosidad que tienen algunas mujeres. A las que conozco, o al menos con las que suelo tener algún tipo de relación, suelen mostrarme ese interés por conocer cosas de mi trabajo. Supongo que lo de querer saber lo qué voy a hacer, dónde, cómo y cuándo, es algo exclusivamente del carácter femenino y que lo llevan implícito en su ADN. Por eso creo que aun continúo soltero y viviendo solo.

No era la primera pregunta que Olga me hacía interesándose por mis cuestiones laborales. Como, a otras tantas personas, mi profesión despierta un desproporcionado interés, pero en su caso empezaba a ser algo exagerado, causa ésta por la que más tarde me tendría que preocupar muy mucho y me daría cuenta de hasta cuánto y por qué.

Olga se había interesado en saber si llevaba armas, si había matado a alguien, incluso si alguna vez algún cliente se había mosqueado conmigo o cosas por el estilo. Datos que, evidentemente, jamás le desvelé y que en ocasiones disfracé con tanta exageración, haciéndome el chulo, que ella acabó no sabiendo nunca si le decía la verdad o fanfarroneaba.

Yo tampoco.

Al final, contestando a esa llamada telefónica, acabé diciéndole

que no sabía todavía qué iba a hacer, ni al día siguiente ni durante el resto de la semana. Le mentí.

Me disculpé argumentando que en aquel preciso instante estaba en una vigilancia y que ni siquiera sabía si iba a poder comer. Añadí a mi sarta de trolas que sí podía sacar un hueco me pasaría por mi oficina para ultimar cuatro cosas urgentes y que, con toda seguridad, me tendría que quedar trabajando hasta muy tarde.

No supe por qué le había dicho todo aquello. Era cierto que tenía cosas que hacer, pero esa no era la cuestión. La realidad debía ser porque no me había atrevido a decirle claramente que ya nos veríamos otro día, sin más, y que no me apetecía quedar para vernos esa noche.

Esa rubia infundía hacia mí algo que no me había hecho sentir ninguna otra mujer. Su belleza, su cuerpo de elegantes curvas, y su ardoroso apetito sexual, me hacían dudar de ella.

Aun no alcanzo a entender cómo una diosa así podía estar tan locamente perdida por mis huesos —al menos tal y como me lo daba a entender—. En realidad Olga hacía méritos como para que perdiera la cabeza por ella. Sin embargo, había algo que se escapaba de mi corto entendimiento. Pero a lo que no estaba dispuesto era a cegarme por nadie. Ni por ella.

Con una vez ya había tenido bastante.

7

Durante lo poco que quedaba de aquella intensa mañana lo dediqué a darle el último repaso a un informe, imprimirlo, encuadernarlo y llevárselo a Carmen Varela, abogada y socia de uno de los bufetes con los que vengo trabajando desde hace años.

Carmen es una letrada experta en procedimientos judiciales matrimoniales y de familia y tiene un "no sé qué" que me resulta especial y llamativo. Un algo que la diferencia de otras muchas abogadas con las que trato con frecuencia.

Se trata de una mujer con aspecto afable y simpático y siempre muestra una constante e iluminada sonrisa pese a las circunstancias con las que tiene que lidiar a diario. Sus pardos y pequeños ojos transmiten en su mirada la confianza y seguridad que tiene en sí misma; un hecho éste que se acaba constatando con su firme temperamento en el estrado en el momento en el que expone lo que lleva preparado como defensa de sus clientes o cuando concluye frente a sus señorías. Su corte de pelo a lo *garçon* reafirma su fuerte carácter a la hora de llevar los asuntos. Carmen es ese tipo de letrada a la que no me gustaría tenerla en contra en ningún pleito.

Después de dejarle el informe para que pudiera interponer una demanda que le urgía, me marché a comer con dos de mis colaboradores.

Para nada podía pensar en aquel momento lo que se estaba fraguando a mis espaldas.

Era imposible que alcanzase a imaginar el resultado que ello iba a tener y las consecuencias tan tremendas que me esperaban.

Es lo que tiene no poder ver el futuro.

Con Roger y Xavi fuimos al restaurante "El Fogón". Con ellos tenía que ponerme de acuerdo respecto a los temas que teníamos que hacer esa misma semana. Lo hicimos mientras nos metíamos entre pecho y espalda una ensalada de pasas, moras, queso blanco y pipas, seguido de un formidable y exquisito entrecot regado con su correspondiente Marqués de Cáceres —crianza, eso sí, que no están los tiempos para tirar cuetes; y además pagaba yo—.

Les comenté que me había llegado la notificación para asistir al juicio del tipo que me había demandado por agresión al defenderme de la suya y que omitió al denunciarme.

Roger tenía conocimiento del caso, pero Xavi no, así que le expliqué que se trataba de una denuncia que me había puesto el que, unos meses antes, le habíamos estado investigado y que cuando asistí

al juicio para declarar y ratificarme en mi informe, al ver que por culpa de esa investigación iba a echar a perder los quince años de trabajo que llevaba en la misma fábrica, se cabreó mucho y no lo soportó; no ocurriéndosele otra cosa que la de atentar contra mi persona y agredirme nada más salir del juzgado. En la misma puerta.

Xavi no daba crédito a lo que le explicaba. No podía imaginarse que un tema laboral pudiera acabar así. Me miraba con la boca abierta, casi incrédulo, cuando le detallé que después de despedirme de mi cliente y de su abogado y me dirigía hacía donde había estacionado mi coche, ese tipo me propinó un puñetazo en la cabeza y una patada en el mismísimo culo, sorprendiéndome por la espalda y sin darme tiempo a reaccionar y evitar esa traicionera y estúpida agresión.

Xavi miraba a Roger con cara de escepticismo. Yo continúe comentándole que delante de todos los que estaban en la puerta de los juzgados, incluido el vigilante jurado, me pude dar la vuelta y defenderme de los siguientes golpes que, aunque no me llegó a propinar, tenía intención de continuar regalándome y destrozarme la cara.

Sin salir de su asombro, mi pupilo, imaginándose como podía haber sido aquella situación, me preguntó por cómo acabó. Entonces le expliqué que, si no quería que aquel energúmeno me dejara fuera de combate, no tuve más remedio, ni más opciones, que las de defenderme. Se trataba de un personaje realmente corpulento y estaba fuera de sí. Sus ensangrentados ojos expresaban, sin complejos, las ganas que tenia de matarme. Fue entonces cuando me di media vuelta y actué. Lo siguiente que se escuchó fue el sonido de algo romperse dentro de su brazo y de inmediato quedó abatido sobre la acera, boca abajo, y con su codo doblado en sentido contrario a lo que sería la postura normal en un brazo. Todo ello mientras yo le retorcía el otro y le presionaba su columna vertebral con mi rodilla evitando que se pudiera mover.

Roger se reía de ver la cara de sorpresa que tenía Xavi que se interesó por cómo concluyó todo después de ese jaleo en plena calle y delante de los juzgados, así que terminé explicándole que los gritos de dolor que salían de la boca de aquel inconsciente asustaban a cualquiera y que a partir de ahí empezó la intervención de los *Mossos*. La suerte fue que a los agentes que se personaron les pedí que tomaran declaración a todos los testigos presenciales y así lo hicieron sin que ninguno pusiera objeción alguna. Le expliqué que lo peor de todo fue la correspondiente pérdida de tiempo declarando en comisaría donde tuve que estar el resto de la mañana y parte de la tarde. Pero me recompensó saber que el individuo en cuestión perdió mucho más tiempo. Ese día no pudo dedicarse a lo que tuviera

previsto hacer. Desde el mismo lugar donde ocurrió el infortunio fue trasladado en ambulancia hasta el hospital. Le tuvieron que operar de urgencia y al día siguiente salió de allí escayolado de una forma exageradamente aparatosa. Le salían tornillos por todas partes y se vio obligado a llevar el brazo en cabestrillo e inmovilizado durante varios meses.

Las risas y comentarios sobre ese, y otros temas, nos distrajeron a los tres durante la comida y la sobremesa, manteniéndonos allí sentados durante varias horas.

No sabría decir si fue porque me encontraba a gusto con ellos, o porque estábamos debatiendo cosas interesantes sobre nuestros temas, el caso es que mientras permanecí allí, distraído con ellos, evité la tentación de llamar a Olga.

Fuese como fuese, un rato más tarde, me despedí de los dos y decidí tomarme una copa en la cafetería de mi amigo Manolo, el "*Nightcap*".

A tan solo dos calles de mi apartamento, y cuando me disponía a entrar en la cafetería, me sonó el móvil. La pantalla me indicaba que se trataba de un número oculto.

No suelo coger las llamadas de quien no se identifica. Pero, no me preguntéis por qué, en aquella ocasión lo hice. Quizá porque deduje que podía ser Olga. No lo sé.

Al activar la tecla y contestar, reconocí de inmediato aquella voz. No tuve ninguna duda. Era el señor López.

Su timbre bronco sonaba como si al hablar rascasen sus cuerdas vocales, como la cuerda "bordón" de una guitarra. Oírle me recordaba unas voces muy características, voces de cuando yo era niño. Era como la de los que yo llamaba "personas mayores" y que a las siete de la mañana, antes de entrar a trabajar, en el bar, se tomaban aquellos vasos de cazalla, o algo a lo que le daban el nombre de "barrecha"; que creo que era coñac con anís. Puro veneno.

Recuerdo que al escuchar su voz, y reconocerle, me dije que ese hombre sería muy bueno imitando a Camarón de la Isla —si supiera cantar, claro está—. Me lo imaginaba en la Semana Santa de Sevilla cantando una saeta asomado a un balcón y ofreciendo un "quejío de lamento" al paso del Cristo del Gran Poder o de la mismísima Virgen de la Macarena.

A veces me resulta difícil dominar mi imaginación. Perdonarme.

Pasaban de las ocho de la noche y me extrañó que un empresario de esa categoría, y que tanto se esforzaba en querer aparentar cierta importancia, se molestara en llamarme a esas altas y para mí intempestivas horas.

Me explicó, de forma muy breve y rápida, que había decidido iniciar la investigación y que me quería ver al día siguiente. Con

urgencia. Su intención era que lo empezase de inmediato.

Deduje que ese hombre daba por hecho que después de tantas visitas absurdas y por el solo hecho de decirme que había decidido empezar la investigación, yo me iba a poner a sus pies como si fuese el único trabajo que tenía. No era así, tenía otros asuntos, pero no suelo decir nunca que no a un servicio, para eso tengo a mis colaboradores. Tampoco me importaba que lo pensara; al fin y al cabo el negocio es el negocio y aquel era un caso a solucionar y por descontado a facturar. Puede que ahí me saliese la vena catalana. Que, sin lugar a dudas, la tengo.

Después de hablar durante unos minutos quedamos en vernos al día siguiente, por la mañana, en el Hotel Eurostars Lex de la calle Buenos Aires de L'Hospitalet. Me lo pidió de forma expresa porque, según me contó, esa misma mañana tenía una reunión en ese hotel y acto seguido tenía que salir de viaje. De esa manera aprovecharía mejor el tiempo.

No venía a cuento darme tantos detalles y explicaciones pero, como iba siendo habitual en aquel hombre, di por hecho que quería mostrarme, una vez más, su capacidad profesional y el dominio expansivo dentro del mercado internacional que ostentaba su empresa. Me detalló que esa reunión la tenía, en una de las salas del hotel, con sus abogados y los directivos de una industria alemana con los que tenía que firmar un proyecto muy importante a nivel europeo y que por eso le iba mal desplazarse hasta mi oficina.

Acepté, aunque me seguía fastidiando su excesiva arrogancia, pero la facturación por aquel servicio hacía que valiese la pena pasarlo por alto. Al fin y al cabo eso ocurre con muchos de los clientes cuando se trata de una gran mercantil, o la mayoría de ellos. Y sobre todo con los abogados. Estos últimos jamás se desplazan a mi despacho salvo que sea por algo particular o por temas muy comprometidos que prefieren no tratar en sus dependencias.

Aquel hombre que días antes y en varias ocasiones había acudido a mi agencia con la intención de comentarme aquel asunto y conocer cuál sería el alcance económico de esa investigación, ahora me estaba llamando por la noche y de forma urgente para que la llevase a cabo.

Estaba claro que el precio pareció satisfacerle. En adelante debería corresponderle con un buen servicio.

Como siempre hago.

8

Tras recibir el encargo de iniciar aquel servicio y sabiendo que con mi nuevo cliente tenía una reunión matinal, opté por tomarme solamente una cerveza.

Dejé el “*Nightcap*” pronto. Me apetecía no pensar en nada. Necesitaba agotarme física y mentalmente.

Me fui a mi apartamento a por la bolsa de deporte y desde ahí me marché al gimnasio.

Me fue genial hacer una hora y media de entrenamiento. El Aikido me relaja y a la vez me mantiene preparado para poder defenderme. En este trabajo, *«como ya habréis podido comprobar»,* te puedes encontrar con alguna que otra ocasión comprometida.

Al salir y quitarle el modo avión a mi móvil, vi que volvía a tener una llamada perdida y otro mensaje de Olga. Me pedía insistentemente que pasase a verla, pero no estaba mi cuerpo como para pasar otra de esas noches. Me conozco.

Eludí la invitación mandándole un mensaje en el que le decía que iba acabar muy tarde y que tenía que levantarme temprano. No me importaba demasiado que se molestase, de esa manera sería como decirle de forma indirecta que no iba a dedicar todo mi tiempo para ella. No era esa mi intención. Hacía tiempo que decidí no involucrarme de forma seria con nadie.

Llegué a mi apartamento, redacté un contrato para la reunión del día siguiente y puse en marcha mi impresora. Dos copias.

Pelé y corté fruta. La puse en un bol. Siempre suelo tener fruta en casa. Elegí dos melocotones, una manzana y los dos últimos trozos de piña que ya empezaban a verse algo oxidados dentro del frigorífico. Me hacía falta una cena ligera para que mi estómago no sufriera mientras dormía. Mi problema son las digestiones largas y pesadas. Eso me resta vida y no disponía de demasiado saldo.

Saqué un yogur desnatado y con todo ello me dejé caer sobre el sofá, en calzoncillos, mientras me dispuse a ver una película en mi ordenador.

Elegí “Venganza”, de Liam Neeson. Creo que era la segunda, ahora no os sabría decir.

Las he visto tantas veces que no recuerdo cuál puse. Cada una de esas tres me parece una película estupenda en la que se mezcla acción, drama y suspense de una manera brillante. Un *thriller* francés que emula sobresalientemente a otras películas americanas. Aunque eso es un gusto personal y se puede discutir.

Me tenía muy preocupado el tema de Olga. Me encantaba estar con ella. Tiene un polvo y está espectacular, pero para nada quería liarme. Me gustaba hacer mi vida sin ataduras de ningún tipo. Tuve una mala experiencia con Carmen y no quería caer otra vez en el mismo tropiezo. Aunque jamás me casé, aquella fue una relación de casi diez años que derivó en una horrible separación. No entendí como una mujer podía querer hacerme cambiar mi vida después de saber exactamente cuál era la que yo tenía hasta entonces. Yo fui el que decidió cortar la relación, pero ella no lo llevó bien. Yo quería que quedásemos como buenos amigos; romper solo en el tema sentimental y no en el personal. Sin embargo, ella no lo aceptó y empezó a repartir, de forma interesada, nuestras escasas y austeras pertenencias. Dividió en lotes las cuatro cosas que teníamos en común. Aunque, ahí no hubo demasiado acuerdo y mucho menos honradez por su parte. A ella le parecía todo suyo y le costó admitir que el cincuenta por ciento es la mitad para cada uno. Le resultó complicado entender que las cosas particulares que cada uno de nosotros había aportado a la relación eran cosas personales; cosas como los discos, colecciones de cómics y la maravillosa y única colección de coches en miniatura que fui guardando desde que era un enano. Le fue imposible aceptarlo y tuve que ceder mucho para no perder esos tesoros con los que siempre había vivido y que por nada del mundo me iba a separar de ellos.

Carmen y yo vivíamos en un piso de alquiler y lo único de propiedad compartida que llegamos a tener fueron los muebles de IKEA, los pocos electrodomésticos, un BMW Serie 2 Cabrio y una cantidad de dinero en la cuenta corriente que no llegaba a los cinco mil euros. Al final opté por que se lo llevase todo y la mitad del dinero.

Lo que más me dolió fue cederle el coche. Deshacerme de aquella joya fue muy duro.

No recordaba haber acabado de ver la película. Cuando me desperté en el sofá el ordenador estaba encendido y la pantalla en negro. Lo apagué. Me dolía el cuello por culpa de la postura en la que me había quedado dormido. Me levanté, me cepillé los dientes, me desnudé y me ensobré bajo el nórdico. Tardé poco en volverme a quedar dormido.

Tan solo quedaban dos horas para que me sonara la alarma del móvil y marcharme para reunirme con aquel hombre.

Todo estaba por pasarme. No sabía que me deparaba las próximas horas, pero en muy poco tiempo lo iba a comprobar.

9

Me levanté temprano y salí a correr. Hacía una temperatura fantástica. Un día ideal para esa práctica deportiva. Había dormido en dos etapas pero me sentaron como si lo hubiese hecho durante dos días enteros, aunque mis huesos no sentían lo mismo que mi cabeza que parecía más despejada que nunca.

Hice un recorrido corto por la zona de Marianao. Mis pulmones se iban calentando a medida que en ellos entraba un aire fresco mezclado con la fragancia que desprendían los cientos de eucaliptos plantados a lo largo de las aceras de sus empinadas calles, unos inmensos y majestuosos árboles que muestran su fuerza con el entrono levantando con sus raíces el asfalto y los panotes de las estrechas aceras donde están plantados.

Subí hasta Santa Bárbara.

Resulta espectacular ver de la forma en que, en ese lugar, cambia el tipo de paisaje, quedando a tras esos altos troncos de color gris y blanco que parecen estar descarnándose mientras sus hojas verdes y largas, como puntas de lanza, desaparecen dando paso a un inmenso bosque de pinos por el que a sus pies se abre una senda que te invita a adentrarte en ella y seguir corriendo como si no te importara nada más en el mundo que eso.

Desde ahí llegué a Santa Coloma de Cervelló. En esta época los cerezos sin flor no es una estampa tan idílica como lo puede ser en primavera. Sin embargo, también tiene su encanto —siempre que te guste ver huertos y las esparragueras que hay a lo largo de las veredas de esos caminos rurales—. Ese es uno de los recorridos que más me gusta hacer, posiblemente porque no me suelo encontrar a nadie conocido.

Cuando llegué —a las diez y veinte—, mi cliente ya estaba sentado en una de las mesas del vestíbulo del hotel.

A pesar de que habíamos quedado a las diez y media, y que lo intenté, como suelo hacer con todas mis visitas, no conseguí llegar antes que él. Puede que hubiese dormido allí. No tenía ni idea.

Sobre la mesa tenía una taza de café vacía y un sobre de azúcar sin abrir. La luz era tenue a pesar de la cantidad de lámparas de diseño que colgaban del espectacular techo. El *hall* olía a la fragancia de uno de esos ambientadores caros y la música que sonaba era la del gran *Miles Davis* que, aunque no recordaba cuál era el título de aquella pieza, sabía que pertenecía al álbum “Kind of Blue”. Entendí que aquel hotel tenía mucho estilo y un gran gusto musical.

Lo celebré mentalmente.

Al señor López le encontré enfrascado delante de un portátil. Estaba ensimismado en la pantalla y con gestos de preocupación. Junto al ordenador vi una pila de documentos y un sobre grande y blanco en el que pude escrito a mano y en grandiosas letras estaba escrito: “LEANDRO VICENTE”.

Aquel individuo seguía desprendiendo el mismo desagradable tufillo. Mi pituitaria sufrió un picor que casi me obliga a estornudar delante de él. Hubiera sido todo un desacierto.

Di por hecho que, con los dos litros de esencia barata que se había rociado por todo el cuerpo, pretendía, sin éxito, reproducir el mismo efecto que el de la de la marca original. Lucía la misma corbata de gusto desafortunado y el mismo traje con el que me había visitado en todas las ocasiones anteriores. Entonces sí que estuve seguro de que era el mismo traje. Lo único que vi que tuviese algo de valor en él, fue el abrigo azul marino de paño que estaba recostado sobre una de las pequeñas y redondas butacas de piel color crema que rodeaba la, también redonda, mesa de caoba en la que él estaba apostado. Pude ver que esa prenda llevaba el sello de El Corte Inglés.

«Seguro que no lo ha elegido él» —pensé.

En el vestíbulo había seis mesas más. A la que él se sentó, era la única desde la que se veía perfectamente la puerta de entrada y a todo el personal que accediese desde la calle al hotel. Un lugar estratégico para que hubiera sido una casualidad el que estuviera sentado allí.

Yo al menos hubiera escogido el mismo.

—¡Buenos días! —dije cuando estaba frente a él y al mismo tiempo que le extendía la mano.

—¡Hola! Buenos días, señor Hierro —se quitó las gafas y se levantó para corresponder a mi saludo mientras trataba de disculparse por algo que no tenía la mayor importancia.

—Perdón, no le he visto entrar. Ha llegado pronto —se volvió a sentar—. Llevo un rato luchando con este ordenador que…

No llegué a comprender con precisión sí, con lo que me acababa de decir, trató de explicarme que estaba muy liado con lo que estaba haciendo, o si le sorprendió mi exceso de puntualidad. Pasé el comentario por alto. No supe detectar si el mensaje llevaba segundas intenciones.

El personal que en esos momentos se movía por el vestíbulo era escaso. Un delgaducho botones que, a través de los altísimos y ahumados cristales, miraba como si fuese un ave rapaz oteando desde lo alto del cielo a su ratón correteando por el bosque, éste intuí que lo hacía tratando de ver si se paraba en la puerta algún vehículo con clientes y salir raudo a por el equipaje, posiblemente esperando una más que aceptable propina.

«Esto no es Hollywood muchacho» —pensé.

—No se preocupe —le contesté a mi cliente—. El trabajo tiene eso. A veces nos absorbe demasiado.

Volvió a clavar sus pequeños ojos frente a la pantalla.

—Tiene toda la razón, pero lo que ocurre es que estoy algo liado con este portátil. Me tiene totalmente mareado. No es mío. Es el de mis abogados. Con los que, como le dije ayer, me he de reunir aquí mismo dentro de unos minutos —con ese comentarios estaba claro que trató de recordarme lo de su posterior reunión y que en ello volvía a poner todo su énfasis para que me diera cuenta de lo importante que era—. Este portátil tiene una configuración diferente al mío y… yo no puedo… ¿No sabrá usted por casualidad…?

Me miró con cara de sentirse desesperado. Enmudeció esperando mi reacción, pero, como no le contesté, lejos de desistir de sus claras pretensiones continúo pidiéndome esa ayuda.

Aquel hombre no medía más de metro sesenta. Debería pesar unos 70 kilos y, a pesar de ser bastante moreno, cuando hablaba la frente se tornaba de un color blanquecino y se le arrugaba formando tres surcos horizontales que me recordaba a esos huertos que veo junto al rio cuando salgo a correr por allí.

—Se trata de encontrar un archivo y yo no soy capaz de dar con él —me miraba mientras esperaba que fuese yo quien le solucionara el problema—. Se trata de un documento Word. En el que, tal y como usted me pidió, he anotado todos los datos que necesita; tanto los míos como los del trabajador al que tiene que seguir. En él también hay varias fotografías de Leandro, que es al que ha de vigilar. Se las quería mostrar junto a otros detalles que creo que le serán de ayuda para que pueda hacer mejor su trabajo.

—Bueno, no sé… —tomé una de aquellas pequeñas butacas y me senté junto a él—.

Probaremos a ver —. Cogí el ordenador y me dispuse a buscarlo.

«En esta profesión, a veces uno tiene que hacer cosas que no tocan» —me dije para mis adentros.

Me fije que en la pantalla tenía abierto un correo que al parecer estaba terminando de redactar. Lo minimicé automáticamente para evitar no parecer un curioso, aunque no pude impedir fijarme —cosas de la profesión— y vi que iba dirigido a una tal Amanda.

—Le minimizo este correo. Ya lo abrirá usted luego.

Sabiendo cómo era aquel cliente, di por hecho que algo me explicaría y así fue. Yo tenía la sensación de que aquel hombre necesitaba siempre contarme demasiadas cosas que…

para nada era necesario mencionar, pero…

—Ah, perdón. Sí, sí, es verdad. Le estaba escribiendo a mi secretaria de Madrid. No se preocupe, luego se lo enviaré. Lo haré

cuando usted y yo terminemos de hablar o después, cuando acabe con esa reunión que tengo. No se preocupe. Gracias.

Era la primera vez que mencionaba que tuviera una secretaria y mucho menos en Madrid. Me extrañó que no hubiera presumido de ello antes. Me pareció como una noticia nueva. Conociéndole, como ya le conocía, sin duda aquello se le había escapado. Supuse que se maldeciría de no haberse regocijado de ello y comentarme que tenía oficinas y delegaciones en varios sitios, e incluso explicarme que se tiraba a la secretaria, mujer a la que yo, fantasiosamente, daba por hecho que debería ser treinta años más joven que él y que se la chupaba por debajo de la mesa. No es que mis clientes me cuenten ese tipo de cosas, pero aquel hombre más bien me parecía uno de esos individuos petulantes que el tipo de empresario por el que se quería hacer pasar.

Estuve durante un par de minutos aporreando las teclas intentando localizar el archivo en cuestión. Vi que, salvo que el contenido lo tuviera en algún lápiz de memoria USB que tenía metido en una de las ranuras a tal efecto, en las tripas de aquel ordenador no había nada más.

Lo abrí para comprobarlo y observé que tal y como esperaba, así era, en el *pendrive* existía un archivo. Tras preguntarle si lo que buscaba era ese archivo llamado “Leandro Vicente” y contestarme que sí, cosa que yo evidentemente ya suponía, lo abrí.

Al observar la falta de contenido y de información que tenía aquel ordenador tuve muy claro que sus abogados trabajaban exclusivamente con discos duros externos. Era la forma más hábil y segura de trabajar sin que quede constancia alguna de lo que podían haber hecho en esa máquina. Me pareció un buen método de seguridad. Los ordenadores por norma general y por mucho que trates de evitarlo con procedimientos aleatorios, son unos chivatos. Se pueden infectar fácilmente de virus que posibilitan el averiguar lo que hay en ellos desde lugares remotos. Y la mayoría de los usuarios no son conscientes. No alcanzan a calcular las posibilidades que existen de que, expertos en informática, puedan entrar en las entrañas de cualquiera de estas herramientas de trabajo; y no con objetivos benévolos. Aquel ordenador apenas contenía información. Posiblemente en él solo se podría encontrar algunos de los correos que desde allí se hubieran enviado. Como era el caso del que estaba a punto de enviarle mi cliente a Amanda, su secretaria de Madrid.

—Menos mal —dijo intentando mostrarme su alivio al creer que ya lo había localizado—. Temí haberlo borrado. El caso es que anoche, después de hablar con usted por teléfono, estuve repasando los datos para asegurarme que se lo había anotado todo y ahora no lo encontraba. Que susto.

La verdad es que tampoco lo encontré excesivamente alterado.

Seguí con la tarea que me había encomendado, pero detecté un problema.

—Sí, el archivo está aquí, pero… —hice una comprobación más y me lo quedé mirando fijamente con cara de extrañado—. Aquí no hay nada escrito. Está totalmente en blanco. Está vacío. Es como si lo que se pudiera haber escrito en ese documento se hubiera borrado y ha quedado sin nada.

—¿Cómo? —sorprendido se acercó y miró cómo yo avanzaba por la pantalla sin que allí apareciese ninguna anotación.

Vio que era verdad. Por un instante puso cara de estar muy alarmado, pero reaccionó de inmediato.

Una exuberante camarera del hotel se acercó a retirarle la taza de café de mi cliente y nos preguntó si queríamos que nos trajera alguna cosa más. Los ojos se me fueron como un tiro hacia la blanca camisa que llevaba y que deduje que era dos tallas menos de la que realmente debía gastar. Observé que los botones podrían salir disparados de un momento a otro debido a los globos que, sin conseguirlo, intentaba guardar dentro de aquel apuntillado sujetador de color negro. Por un momento me imaginé la dificultad que debería tener cada mañana al vestirse; más que nada en el momento de atravesar su camisa con el imperdible para colocarse la chapita donde lucía el nombre de Sabrina y sin hacer reventar aquella exuberante masa de carne y silicona.

Miré al señor López y comprobé que ni siquiera se había dado cuenta de su presencia, cosa que me extrañó ya que la chica nos hizo la pregunta a los dos y que de pie, junto a la mesa, esperaba una respuesta por nuestra parte.

—No gracias. Muy amable —acabé por contestarle yo viendo que él la ignoraba.

Ella también notó ese gesto y me hizo una mueca como de desagrado hacia él. A mí me sonrió.

—Debe ser que lo borré sin darme cuenta —dijo mi cliente mientras Sabrina se marchaba—. Como le he dicho antes…, no entiendo demasiado este ordenador. Mejor dicho: nada. Menos mal que lo imprimí antes de cerrarlo. Bueno, no se preocupe —Cambió la cara de inmediato y tomó otra decisión. Me tenía contrariado—. Por favor retire el ordenador hacia un lado y coja ese sobre. Toda la información que precisa está ahí dentro.

Se hizo un silencio.

La gente que entraba y salía del hotel era más bien escasa y se notaba la categoría de los clientes. *«Es la diferencia que existe cuando un hotel tiene cuatro estrellas»* —pensé.

Algunos de los clientes que en aquel momento cruzaban la puerta fueron el piloto de una compañía aérea de Suiza y todo su sequito:

Cuatro rubias azafatas de impresionantes y claros ojos que llamaron mi atención con su taconeo y el sonido de las ruedecillas de silicona de su equipaje. Estábamos casi solos. Los de recepción ni siquiera se fijaban en nosotros. El Hilo Musical era agradable y el volumen el adecuado para que se pudiese conversar sin tener la necesidad de alzar la voz.

Tal como me acababa de indicar mi cliente, cerré la tapa de la pantalla y desplacé el ordenador hacia un lado de la mesa. Acto seguido cogí aquel sobre.

Se trataba del sobre que yo había visto encima de la mesa nada más llegar. De su interior saqué unas hojas de papel tamaño A4, unas fotografías que también había dentro, y otro sobre más pequeño. En aquellos folios estaban impresos todos los datos fiscales necesarios para poder hacer la factura, los datos personales del cliente y los del tal Leandro Vicente al que tenía que vigilar. Estaba todo perfectamente detallado, incluso demasiado. Mi cliente había hecho constar en esas notas, todos los lugares a los que ese trabajador podría acudir y lo acompañaba de varias fotografías impresas para que yo pudiera identificar sin dificultad, tanto a él, como a esos lugares.

El sobre pequeño fue lo último que comprobé. La solapa estaba abierta y vi que en su interior contenía varios billetes de cincuenta euros.

—Cuéntelo y asegúrese de que están los tres mil euros que me pidió como adelanto. No vaya a ser que también me haya equivocado en eso —esperando a que lo hiciese permaneció mirándome de forma fija como hasta ese momento no lo había hecho en ninguna ocasión.

Sonreí sin articular palabra alguna y procedí al recuento. Me llevó un rato.

Una vez revisado le di mi aprobación y guardé el sobre en el bolsillo interior de mi chaqueta americana. Me gusta ir formalmente vestido cuando trato con los clientes.

A continuación, empezamos a comentar el asunto y memoricé una serie de indicaciones que creí oportunas.

Me extrañó de gran manera lo que me dijo a continuación. De pronto me comentó que debía empezar el trabajo al día siguiente. Por lo visto le urgía.

«¡Manda cojones! Después de tantos días rumiando una decisión ¿ahora me vienes con prisas?…» —mascullé mentalmente.

Nunca acabaré de entender a los clientes.

Aclarados todos los pormenores, y para cerrar la solicitud del encargo, puse encima de la mesa el contrato que yo mismo había redactado. En él había hecho constar todos los detalles referentes al tipo de solicitud, los datos de ambas partes y la cantidad recibida como provisión de fondos.

—El original es para usted. Si es tan amable…, fírmeme esta copia, por favor —se la puse delante y le entregué mi propio bolígrafo.

Una vez firmado, tomé mi copia, me guardé el bolígrafo en el mismo bolsillo donde había metido el dinero y me despedí de mi cliente.

Ni siquiera se levantó. Todo estaba muy claro.

Hay empezaba lo que jamás podría olvidar.

Sin saberlo era como la cuenta atrás.

10

Salí del hotel sin querer hacer reflexiones sobre el comportamiento de ese cliente, ni tampoco de algunas de las curiosas y extravagantes peculiaridades que tienen otros tantos como él y con los que, en esta profesión, por desgracia, te tienes topar de vez en cuando. Pero aun así, este tipo se subía como ganador a lo más alto del pódium de los clientes raros. Me resultó un sujeto muy atípico y demasiado desconcertante.

Nada más salir del hotel miré mi móvil.

Durante el tiempo que había estado allí dentro me había vibrado un par de veces en el interior de mi bolsillo. Una de ellas coincidió en el mismo momento en el que llegó a la mesa aquella camarera de las tetas grandes, Davinia, o Sabrina, no recuerdo bien cuál era su nombre.

En cambio, de lo que sí me acuerdo perfectamente era que, en aquel mismo momento, y por motivos obvios, creí que las vibraciones que notaba no eran producidas por el teléfono móvil.

Vi que tenía una llamada de Roger, uno de mis dos *freelances*. Como no le contesté me dejó un *guasap* en el que me indicaba que al que estaba siguiendo lo había podido pillar trabajando como camarero en un bar de Castelldefels. Me alegré, se trataba de un caso de baja laboral y se suponía que la lesión que tenía en la espalda le impedía moverse con normalidad y hacer demasiados esfuerzos. Paso a ser otro objetivo más que caía en la cesta de los investigados pillados infraganti y mi cliente se iba a poner muy contento, con ello daría por bueno el dinero gastado por mis servicios, al margen del gustazo y de la cantidad de dinero que se iba a ahorrar en despedir a ese trabajador.

El otro motivo por el que el teléfono se había puesto nervioso dentro de mi bolsillo y me lo hiciera notar con aquel típico cosquilleo, fue un mensaje de Olga. Insistía en vernos y quería que la llamara para quedar.

Posiblemente acabaría aceptando el verme con ella. Al fin y al cabo no sabía lo que me iba a deparar el resto de semana con ese tema que me acababan de contratar y que debía empezar al día siguiente. Le puse un emoticono de esos con el dedo pulgar hacia arriba —creo que el de la mano izquierda—, una cara amarilla soplando un beso y un mensaje donde, de forma breve, le dije:

«ok. Nos vemos luego. Pero solo un rato que mañana tengo que salir pronto a trabajar».

No tardó ni un segundo en contestarme con otro de esos *guasaps*: *«Pues cenamos juntos. No prepares nada. Me encargo yo»*.

No debió entenderlo bien. Le acababa de decir “nos vemos…, pero un rato” y sin embargo ella lo empezó a organizar todo para cenar juntos. No comprendí qué era lo que no había entendido de aquel mensaje que hasta un niño de cinco años lo habría hecho. No quise repicarle. De todas formas…, pensé que no estaría mal despedirme con un buen revolcón.

Una vez en la calle, y a pocos metros de la puerta del hotel, me encontré por casualidad con mi amigo José María Abril —un compañero de profesión—. Nos saludamos y decidimos entrar en la cafetería que había justo enfrente. Hacía tiempo que no coincidíamos y acordamos que ambos podíamos perder unos minutos sin entorpecer ningún servicio.

Con José María había trabajado en varios asuntos. Se trata del típico colega con el que puedes contar para todo, cosa que en esta profesión no ocurre con demasiados. Me puedo sentir contento de contar con varios como él. Somos un grupo de detectives que nos reunimos de vez en cuando para comer e intercambiar experiencias. Es muy reducido, pero de grandes profesionales. José María, al igual que yo, también regenta una agencia en Barcelona. Lleva muchos años, algunos más que yo. En esto es lo que se dice “un perro viejo”.

Cuando aun no llevábamos ni diez minutos sentados, charlando amigablemente, y comentando una nueva sentencia en la que había salido favorable el siempre controvertido asunto de las cámaras encubiertas, mientras miraba por la ventana, observé que mi cliente salía del hotel.

No pude remediar el fijarme y tratar de averiguar qué era lo que iba a hacer a continuación. Me di cuenta que se dirigía caminando con relativa prisa hacia la esquina donde, en ese justo momento, vi que llegaba un Citroën Saxo —creo que de un color azul eléctrico y con el capo pintado de negro— vehículo al que le alzaba la mano y le hacía indicaciones para que estacionara unos metros más adelante.

Nada más observar aquello interrumpí la conversación con José María y le hice notar que había visto un detalle que me interesaba. Ambos prestamos atención hacia mi objetivo observando todo lo que ocurría allí fuera.

Mi cliente llevaba el abrigo puesto y de su hombro colgaba la cartera de cuero en la que di por sentado que debía llevar el ordenador. De inmediato se lo hice saber a mi colega para que supiese qué era lo que a mí me estaba interesando tanto. Lo entendió enseguida porque le había comentado el motivo por el que yo había acudido a aquel hotel.

—¡Hostias! Ese es el cliente con el que acabo de estar reunido. —se

lo dije señalándole al señor López para que viera a quién me refería exactamente.

—Pero…, ¿No me habías dicho que tenía una reunión? —comentó extrañado.

Le contesté afirmativamente y le comenté que suponía que se le debían haber cambiado los planes, aunque aquello me pareció muy extraño.

Seguimos observando lo que hacía y pudimos ver que, al llegar a la esquina, donde se había detenido aquel vehículo, se subía al coche y se marchaban calle arriba.

No le dimos la mayor importancia pero era algo tan irregular que nos llevó un buen rato de tertulia por esa extraña causa.

Durante unos minutos estuvimos hablando de ese mismo tema e hicimos cábalas intentando especular si aquel cliente me había estado vacilando para parecer un poderoso empresario o si le habían dado plantón los alemanes, cosa que también podía ser; aunque, con lo serios que son esos germanos, nos parecía algo bastante improbable. Aun así llegué a pensar que quizás lo habían calado. A esos cabezas cuadradas no les van nada ese tipo de farfollas. Y López sin duda lo era.

11

Sospechaba que iba a tener unos días duros de trabajo siguiendo a aquel comercial y no sabía lo que podría depararme ese servicio, así que opté por llamar a mi amiga Olga. Entre otras cosas para aclararle como quería que fuese el plan de esa noche, no me apetecía que ella llevase el timón del barco. Si le dejaba la menor oportunidad lo haría, empezaba a conocerla.

—No me digas que hay cambio de planes —soltó nada más descolgar y utilizando un tono muy melancólico.

Os puedo jurar que esa fiera sabe cómo engatusarme. Al margen de su cuerpo y de su manera de hacer el amor, tiene algo que…

No sabía que me estaba ocurriendo. Me había prometido hasta la saciedad el no colarme por ella. No quería pasar otra vez por lo mismo, pero aquella diosa del sexo me tenía más atrapado que una mosca en una telaraña. La diferencia era que yo no podía salir volando y sin embargo la mosca siempre tendría esa posibilidad, aunque fuera mínima.

Le expliqué que tenía que aprovechar la tarde para hacer unas cosas sin falta y que miraría de estar en mi casa sobre las siete y media o las ocho. Que me daría una ducha y que pasaría a buscarla para irnos a cenar. Antes de colgar le aclaré que tenía que acostarme pronto porque tenía que madrugar. Me contestó que estaba de acuerdo y que no me preocupase, que me dejaría a una hora prudente para que pudiera descansar.

De eso no estaba convencido.

Cuando la llamé yo acababa de comer en un pequeño restaurante que hay debajo del despacho de mi abogado. Había ido a verlo para recordarle que quería que me acompañara al juicio al que tendría que asistir por machacarle los huesos al hijo de puta aquel y para hablar un poco de ello. Teníamos algo más de una semana de tiempo, pero aun así quería que se preparase el tema con la debida pericia y, sobre todo, que anotara en su agenda que esa mañana era solo para mí. Los abogados siempre van agobiados de casos y de juicios y por nada del mundo le dejaría la oportunidad para que, por culpa de nuestra amistad, se le olvidara apuntarlo en su agenda.

Plaza —así es como se llama ese abogado amigo mío— es el que se encarga de defenderme cuando tengo algún tipo de litigio de esa índole. No es que ocurra a menudo pero….

Como no estaba en su bufete decidí comer allí mismo y esperar a que acudiese. Le envié un mensaje y me contestó que lo haría sobre

las cinco.

Yo ya había comido otras veces en aquel bar. Creo que dos, como mucho tres. No lo recuerdo bien. Una de ellas con él. Sin embargo, nada más entrar, el camarero se dirigió hacia mí como si me conociera de toda la vida y me estrechó la mano.

—Hola señor ¿Qué tal está? —sin que le hubiese contestado me puso la mano en el omóplato derecho invitándome a entrar hacia el salón interior.

—Bien. —le dije sin más tratando de hacerle creer que yo también me acordaba de él como él parecía acordarse de mí.

—Acompáñeme por favor —sus pasos eran decididos.

Se dispuso a caminar delante de mí hasta llegar a una de las mesas del fondo de un pequeño comedor. La diferencia de ese salón interior al que me llevó consistía en que las mesas estaban cubiertas con un mantel de cuadros rojos y blancos. En el de fuera era un simple trozo de papel rectangular donde, impreso a dos tintas, se podía ver un plato de espaguetis entre un cuchillo y un tenedor y, sobre ellos el nombre del local: "RESTAURANTE CAMILO". Sin embargo, lo que me llamó más la atención de aquel hombre fue el comentario que me hizo a continuación:

—¿Le acompañará el señor Plaza…? ¿O comerá usted solo?

Me dejó tan boquiabierto que tuvo que darse cuenta que yo estaba operado de las amígdalas; me debió ver hasta la campanilla. Aquel individuo con rastras, de no más de treintaicinco años y con dos agujeros en las orejas por los cuales se podía divisar quién andaba detrás de él, no solo se acordaba de mi cara, sino de que yo había estado allí comiendo con el señor Plaza Escudero.

«Joder que fisonomista…, ni los del CNI» —pensé.

Qué memoria fotográfica. De eso hacía más de tres meses. O quizá más.

—No, no. Comeré yo solo —le contesté mientras aun estaba alucinando—. Puede que él llegue a los cafés. Pero tampoco es seguro.

Me senté y comí mientras le esperaba.

El trasiego de comensales era notable. Aprecié que todos los clientes eran asiduos ya que aquel chico recibía y despedía a todos de una forma fraternal, aunque habiendo visto lo ocurrido conmigo ya no estaba del todo convencido en que fueran asiduos, podrían haber acudido un par de veces solo y ya los reconocería para siempre.

El olor a puchero invadía todo el local. El Camilo, o al menos sus cocineros, debían ser gallegos. En la carta imperaban platos que hacían descubrir ese territorio nacional donde la gastronomía se deja conocer sin dificultad. Pulpo "á feira", lacón con grelos, empanada, androlla, falloas, los conocidos pimientos de Padrón y como no: el cocido gallego, con su lacón, chorizo, garbanzos, naviza, jarrete de

ternera —evidentemente gallega— y pezuña de cerdo. Me hizo recordad cuando, por uno de mis servicios, estuve en Vigo y en Lalín.

Plaza llegó a las cinco menos cuarto. Apareció sudando como si acabara de salir de una sauna. Se había secado la frente antes de entrar y me fije que traía descolocado el flequillo de su peluquín, No se le notaba demasiado pero yo sí llegué a observarlo por estar sentado y él de pie frente a mí.

Me saludó, dejó el maletín en una de las cuatro sillas de la mesa donde yo estaba y se excusó para ir al lavabo.

—Me vengo meando —No era necesario darme ese tipo de detalles, ya lo había notado por la prisa que llevaba y su aspecto alterado.

Plaza no es lo que diríamos un tipo delgado, nada nervioso y muy competente, sobre todo en el área penal, que, aunque si es preciso abarca todos los casos que le puedan pedir los clientes, en ese es en el que le gusta trabajar. Tiene muchos tiros pegados y conoce prácticamente a todos los jueces y juezas de Cataluña, pero sobre todo a los que ejercen en la Ciudad de la Justicia situada en la Gran Vía de Barcelona, instalaciones judiciales en las que se mueve como pez en el agua. Su sexagenaria edad y con más de cuarenta de ejercicio, le han hecho merecedor de tanto conocimiento.

Cuando regresó del lavabo lo hizo bien peinado y con el bisoñé recolocado a la perfección. En el espejo se debió fijar que lo traía algo descolocado. Se sentó frente a mí y le echó el azúcar al cortado de Baileys que el camarero había dejado sobre la mesa entre tanto él había acudido al escusado. Aquel muchacho a mí me sirvió un café y un chupito de hierbas que me puso delante sin que yo le hubiera dicho nada. Me pregunté si también se acordaba de ese detalle o si se lo habría pedido Plaza.

Me empezaba a resultar peligroso aquel individuo. Me incliné a pensar que podría ser un espía de la KGB o de la CIA en alguna misión especial y que allí estaba como agente infiltrado. Fantaseé alimentando mi imaginación, más que nada, por si algún día me da por escribir novelas. Si lo hago será con una de esas de policías y asesinos en los bajos fondos.

Novelas negras. Es lo que a mí me fascina leer cuando tengo ratos libres; que por cierto son pocos.

—Invita la casa —dijo sin más y sin aceptar el billete de cincuenta euros que intenté entregarle para que se cobrara antes de que Plaza hubiese regresado de su micción.

En cuanto se sentó hablamos de varias cosas. Sin embargo, hasta que no subimos a su despacho no tocamos el asunto por el que yo había acudido a verlo. No sé si lo hizo para no hablar de eso allí, o para no tener que empezar a pensar en ese momento. Venía sofocado.

Arriba, en su lujosa sala de juntas, fue cuando arrancamos con esa

conversación en la que me hizo ver que no había demasiadas cosas que tratar. Me dejó bien claro que aquel tipo me había agredido delante de mucha gente y por una causa conocida y perfectamente probada después de haber salido del juicio por el que se le había juzgado. Me repitió lo que yo ya tenía muy claro: que yo, no solo usé mi derecho a defenderme, sino que procuré hacerle el menor daño posible, reduciéndole en el suelo y sin usar nada que fuera desproporcionado a su propio ataque. El resto, me dijo, fueron daños colaterales. Lo único que ocurrió es que aquel hombre tuvo mala suerte en el momento que traté de inmovilizarlo.

Lo que me explicaba era cierto, tenía toda la razón, yo en ningún momento llegué a golpearle y, aunque hubiera querido matarlo, en aquel momento solo pensé en sujetarlo. Más que nada, porque había demasiada gente mirando.

Me encantaba aquella sala en la que podías apostar, sin riego a equivocarte, que había sido decorada por una mujer o por un hombre posiblemente afeminado, en definitiva son los que mejor gusto tienen para estas cosas. Seguro que habrá otros de muy buenos, pero los mejores decoradores que conozco son mujeres o afeminados. Lo digo sin ningún tipo de acritud. No tengo nada contra la homosexualidad, ni mucho menos. Ya me gustaría a mí tener ese gusto tan refinado para hacer esas cosas.

Me refiero a lo referente a la decoración —que quede claro—.

En aquel despacho se respiraba una sensación de calma total. El mobiliario y paredes, conjuntado a base de colores pastel, armonizaban de forma espectacular con el negro y blanco del sofá de piel y con el cuero de las sillas de madera tallada que rodeaban la mesa de cristal sostenida por un solo pie de hierro forjado. Era la única mesa que existía en esa habitación y me hacía pensar en el cuidado que deberían tener las clientas que, frente a él, se sentaran allí en el caso que éstas acudieran con falda corta. Si no prestaban la compostura adecuada al sentarse, tal y como mandan los cánones de comportamiento en esos casos, le mostrarían su yo más íntimo.

Aquella ensoñación provocó que no permitiera concentrarme como debía hacerlo. De hecho, con solo tener esa fantasía noté que me hervía la sangre y temí que se fuese hacia una parte muy concreta de mi anatomía. Para esas cosas es una zona muy sensible.

Plaza me informó que, por medio del abogado de la otra parte, se había enterado que aquel individuo intentaba obtener un dinero por todos los días que había tenido que estar de baja tras la operación del brazo y las, según él, graves secuelas que yo le había provocado. Me tranquilizó que me dijera que eso era inviable y que así mismo se lo había hecho saber también a su colega, avisándole de que su cliente, es decir, un servidor, también podía argumentar secuelas y fuertes

dolores de espalda a consecuencia de la traicionera agresión que recibí por parte de su cliente, es decir de él, y que se guardaba estudiar esa posibilidad.

Salí de allí más calmado, lo cual no indica que antes no lo estuviese, pero…

La cosa parecía estar muy clara y era lo justo. La verdad es que cuando tu abogado te demuestra que él está muy tranquilo, te da un plus de serenidad y hace que te puedas relajar.

Por otro lado, el hecho de que saliera de allí más contento tuvo mucho que ver en mis dotes de imaginación erótica respecto a lo de la mesa de cristal de mi amigo. Tanto fue así que llamé a Olga y le dije que salía para mí apartamento y que más o menos en una hora podría estar en el de ella para recogerla.

Necesitaba descargar y no sabía si lo haría antes o después de la cena.

Posiblemente antes. Depende cómo, también después.

12

Estaba en la ducha cuando llamaron al timbre.

Maldije la inoportunidad del que había tenido semejante ocurrencia en ese exacto momento.

Cerré el grifo de inmediato. La suerte fue que me pilló ya sin jabón. Abrí la mampara y salí lo más rápido que pude. Tomé la toalla y como pude fui secándome por el pasillo mientras caminaba de puntillas hasta la puerta. Descolgué el interfono y pegunté: —¿Sí?

Nadie contestó. Volví a insistir y tampoco nadie me atendió.

En ese mismo instante alguien golpeaba con los nudillos al otro lado de la puerta. El que fuera había podido entrar. Había subido los dos tramos de escaleras y ya estaba allí arriba, delante de mi propia puerta.

No suelo recibir visitas sin previo aviso, por lo tanto aquello me inquietó.

Tenía el arma en mi habitación, en los bajos de mi mesilla de noche, donde siempre permanece guardada salvo cuando tengo que hacer algún tema que conlleve cierto peligro o en las ocasiones que me veo obligado a tener que hacer esperas y largas vigilancias en zonas en las que más vale ir bien preparado.

Opté por mover la redonda chapita de latón que protege la mirilla de la puerta y echar un vistazo sin contestar y sin hacer ruido, aunque eso estaba de más: el que pudiera estar allí detrás había tenido que escucharme hablar cuando estuve preguntando a través del teléfono del interfono.

No me lo podía creer. Tuve que asegurarme de que era cierto lo que mis ojos estaban viendo.

Cuando me convencí di dos pasos hacia atrás y, mientras con una mano sujetaba la toalla protegiendo mis vergüenzas, con la otra agarré el pomo, lo giré y abrí.

—¿Tú qué haces aquí? —no se me ocurrió ninguna otra pregunta.

Su sonrisa picarona lo decía todo aunque yo no comprendía nada.

No sé por qué, pero permanecimos sin movernos durante un tiempo hasta que se me ocurrió decir la palabra mágica:

—Pasa —acto seguido pude articular la frase más completa—. No te quedes ahí.

Sin saber el motivo mi mano seguía aguantando la toalla y protegiendo aquella parte del cuerpo mientras el resto seguía goteando hasta el extremo de haber causado un notable charco en el suelo, lo cual, de no remediarlo con prontitud, podría causar un grave

problema en el parqué.

Ella continuaba sujetando en sus manos unas cajitas de cartón que, aunque no sabía cuál podría ser su contenido, logré adivinar que se trataba de comida japonesa. Más que nada por el dibujo y letras que traían impresas.

«Es lo que tenemos los detectives. Somos unos sabuesos»

Como ninguno de los dos decía nada, fue ella la que rompió aquel extraño y grotesco silencio:

—Espero que no te sepa mal. Como me dijiste que tenías que madrugar… —me encantó la cara que puso de gatita mansa—. Pensé que lo mejor era cenar pronto y dejarte tranquilo para que pudieras acostarte lo antes posible. Quería estar contigo y despedirme.

La toalla dejó de estar sujetada de forma idiota y cayó al suelo.

Me acabé de secar mientras retozamos sobre la cama. Jamás la había desnudado tan deprisa.

Un animal desbocado salía de mi interior poseyéndola como no lo había hecho hasta entonces con ella. Ni con ninguna otra. Aquella mujer me estaba volviendo loco. Sin poder remediarlo me hacía perder mis planes de anacoreta civilizado. Ella jadeaba. Su aliento cálido me extasiaba. Sus uñas rasgaban mi piel mientras yo mordisqueaba sus negros pezones. Fue un coito sublime que nos dejó a ambos tumbados mirando el agrietado techo que al mirarlo desde aquella situación me avergonzaba.

—Tengo que mandar a que vengan a pintarlo.

Nos echamos a reír como niños mientras abrazados nos empezamos a hacer cosquillas.

Cenamos y charlamos de cosas banales, sobre todo de la comida japonesa y de los gustos sobre ese tipo de alimentación. Mi cabeza estaba en otro lado. Me preguntaba cómo y por qué se había dado aquella circunstancia.

Para nada estaba en mis planes que una mujer entrara en los aposentos de mi fortaleza.

Sin embargo, aquella diosa del sexo se había colado casi de forma irremediable. No salió ese comentario en toda la noche. En mi cabeza sí que barruntaba.

Cuando en el reloj de agujas largas que tengo en la pared de mi minúsculo salón cocina comedor dieron las doce, ella se levantó.

Entre los dos recogimos los platos de la mesa y, después de darle un aclarado bajo el grifo, los dejamos dentro del lavavajillas. Jamás olvidaré las veces que mi expareja me había hecho saber que el filtro se embozaba si no se tenía esa precaución.

Para que luego digan que no les hacemos caso. Otra cosa es que no queramos darles la razón.

—Bueno, me marcho —su voz sonó triste, como apagada—. Te

prometí que te dejaría descansar. Que tengas un buen viaje y que te vaya muy bien.

Se tuvo que haber fijado en la pequeña mochila que yo me había preparado con mis pertenencias y que había dejado sobre una silla. Por eso lo debió intuir. Yo recordaba que por teléfono le había comentado que tenía que madrugar, pero no que tenía que irme de viaje. O

quizá sí, no estaba seguro, pero me extrañaba. Entonces recordé que al llegar también me dijo que había decidido venir porque quería despedirse.

Preferí no crearme una absurda paranoia. Las mujeres son así de finas para esas cosas y eso tampoco tenía la mayor importancia.

Cuando estaba a punto de marcharse me lo pensé dos veces y reaccioné de una manera que, seguramente, me iba a costar arrepentirme, pero aquella noche iba a ser muy especial.

13

Me desperté a las seis de la mañana. Había puesto la alarma para que volviese a sonar media hora después, pero mi pene me indicaba que mi vejiga quería desahogarse. Aunque, al ver lo que tenía al lado mío, quizás podría estar indicándome otra cosa.

Por si las moscas, no le hice el mayor caso y me fui directo al lavabo.

No volví a acostarme. Sin embargo entré en la habitación y recogí los calzoncillos que, fruto del desenfreno, había tirado al suelo. Tomé unos limpios y, después de cerrar la puerta para que ella continuase durmiendo, acabé de vestirme en el comedor.

Sus largas piernas y aquella postura con la que estaba postrada bajo las sábanas me invitaban a despertarla y despedirme aprovechando esa media hora con la que no había contado.

No lo hice.

Estaba preparándome el café cuando alguien me abrazó por detrás besándome el cuello.

Sin moverme eché las manos hacia atrás y fueron a parar a su blanco y duro culo. Aun estaba desnuda. Me di la vuelta y me aferré a ella como un borracho se agarra a una farola esperando recobrar el equilibrio. Sus pechos se clavaron en el mío tal que dagas moriscas.

—Lo de anoche fue maravilloso —me dijo antes de llenar mi boca con su lengua.

Cuando me liberé le pude dar mi opinión:

—¿El primero o el segundo?

—Ambos.

Me encantó que me lo dijera. A los hombres eso nos hace subir la autoestima. En el tema del sexo estamos siempre por debajo de ellas, y no me refiero a la postura. Comentarios así hace que uno acabe sintiéndose más machote. Somos primitivos. Al menos yo.

Tomamos juntos el café. Yo vestido, ella no.

Le dije que podía volver a la cama y estarse allí hasta que quisiera. Sabía que tenía que irse a trabajar, pero suponía que antes tendría la necesidad de pasarse por su casa. No fue así.

Me contestó que no tardaría en marcharse y que, si no me importaba, se daría una ducha y después se iría directamente al trabajo. Me equivoqué.

—De acuerdo como gustes. No olvides cerrar bien las ventanas y la puerta. Me llevo las llaves, no tengo ninguna copia.

No era cierto, pero por nada del mundo le iba a dejar una llave.

Con la mochila al hombro salí de la que, hasta entonces, había sido

solo mi casa y que quería que lo siguiera siendo. No miré hacia atrás. No me hacía a la idea de que aquello pudiera parecer una despedida formal de pareja. No lo éramos.

Una vez en el coche, y preparado para iniciar aquel nuevo caso, me puse en marcha y acudí hasta la dirección de donde se suponía que debía salir mi objetivo. Era poco más de las siete de la mañana cuando llegué. Me di cuenta que controlar la salida de mi investigado en aquel edificio iba a ser algo complicado; como ocurre en tantas otras vigilancias, aunque aquella se llevaba la palma, era un enjambre de bloques cuyas escaleras y porterías daban a una pequeña plaza interior y desde ahí, por unos pasillos, se salía a las cuatro calles que rodeaban la manzana, por lo que hacía imposible estar allí sin que te detectaran; así que intenté localizar el vehículo con el que me habían informado que mi objetivo se iba a desplazar.

Lo encontré muy cerca y esperé a que llegase a por él. Por suerte a esas horas no hay demasiada luz y pude estar más o menos tranquilo de no ser visto por nadie. Hacía fresco y estuve agazapado en el asiento del conductor sin quitarme la chaqueta con la que salí de mi apartamento.

La palabra “mi apartamento” me retumbaba dentro de la cabeza como si un badajo golpease las paredes de bronce de una campana. Recordaba que allí se había quedado una mujer y que podía remover todas mis pertenencias con la mayor libertad del mundo. Agradecí ser tan desconfiado y precavido y tener ese fondo secreto donde guardo el revólver, munición y algunas cosas importantes como un pasaporte falso y lo que llamo material para urgencias y que ahora no viene a cuento explicar. Lo demás lo tengo en mi despacho, en la caja fuerte. Por ese lado estaba tranquilo, no podía descubrir nada de mí salvo que limpio la casa una vez por semana y que no plancho hasta que veo que ya no tengo camisas que ponerme, pero… No estaba del todo cómodo. En mi vida se había colado de nuevo una mujer y no estaba preparado para ello. Sin embargo, aquella hembra, diez años más joven que yo, estaba consiguiendo embaucarme de tal manera que empezaba a creer que la necesitaba como un yonqui necesita la heroína.

Mi cliente me había comentado que la zona era complicada y que lo mejor era esperar a que su trabajador llegara a coger su coche. Me aseguró que no se movía sin su Volkswagen Golf HDI de color negro y tenía mucha razón. Era poco más de las diez de la mañana cuando apareció caminando y se subía en él. Me alegré. Ya empezaba a tener un dolor de huesos terrible por mantener la misma postura.

Aquel hombre vestía un traje de color gris marengo, una corbata azul marino con unas finas rayas azules, camisa blanca y unos lustrosos zapatos negros que brillaban de forma exagerada. Ese

personaje parecía entender algo más de moda que su jefe, aunque no se le veía acostumbrado a vestir esas ropas. Me dio la impresión de que le molestaba la chaqueta y parecía no saber andar con aquellos zapatos con los que tuvo que sortear un par de charcos. Por lo visto había llovido un poco aquella noche. Algo que me pasó por alto mientras fornicaba placenteramente o cuando dormía a pierna suelta.

Ni me enteré. Si escuché ruidos…, cosa que no me acuerdo, era por otros motivos.

El individuo al que tenía que seguir, llevaba colgado de su brazo izquierdo un chaquetón y con su mano derecha tiraba de una maleta de ruedas.

Aquello me fastidió. No me gusta hacer grandes desplazamientos en coche y mucho menos tener que dormir fuera de casa, aunque, como siempre, iba preparado para ello. Por si acaso. El verlo con la maleta me hizo temer lo peor y di por hecho que iba a ser así.

Durante la primera hora aquel sujeto no hizo nada de interés. Al menos para mí cliente.

Su actividad no tenía nada que ver con su trabajo. Se limitó a desayunar en una cafetería mientras leyó la prensa. Más tarde hizo un par de compras en un centro comercial de donde al salir empezaron los problemas. Se trasladó directamente hasta el aeropuerto y entró en la zona de aparcamientos de la T2. Sacó su equipaje del maletero y se dirigió hacia la Terminal. Lo que había comprado minutos antes lo dejó en el vehículo, lo cual me pareció rarísimo, salvo que viniera a recoger a alguien.

Me vi obligado a estacionar en el primer hueco que vi libre. Lo hice todo lo rápido que pude y salí corriendo tras él. Tuve suerte, pude dejarlo relativamente cerca, cosa que no sucede demasiadas veces; la Ley de Murphy suele estar en contra de los de esta profesión.

Cuando le alcancé de nuevo comprobé que se encaminaba hacia uno de los mostradores de despacho de billetes del Puente Aéreo. Adquirió uno y vi que no facturó su equipaje de mano. Le imité, aunque me tuve que esforzar más de la cuenta en convencer a la morena del pañuelo en el cuello que me atendió para que me diese un asiento lo más atrás que pudiera. Le expliqué que me gustaba ver como el avión subía el morro cuando despegaba. Me miró como un bicho raro.

Mientras esperaba el aviso para el embarque recibí una llamada de mi cliente. Se interesó por cómo iba el tema y le puse en antecedentes. Pareció extrañarse de cómo estaba saliendo todo.

—¡Caramba! No sabía que tuviera que ir esta semana a Madrid. No contaba con ello, pero puede ser normal, Leandro va dos veces al mes. Seguro que acudirá directamente al Hotel Eurostars Madrid Tower, siempre va a ese. Imagino que usted habrá tenido que dejar su coche

en el aparcamiento del aeropuerto.

—Así es, y no crea que sin problemas. —Resoplé transmitiéndole el agobio que había sufrido. Eso ayuda a que te vea más eficaz.

—¿Cómo ha ido él hasta el aeropuerto?, ¿En coche o en taxi?

—En coche ¿Tiene eso alguna importancia? —Me chocó la pregunta.

—Sí, mucha —lo dijo muy convencido—. Eso significa que va solamente para quedarse un día, como máximo dos —me alivió el saberlo—. Seguro que vuelve esta misma noche, como mucho mañana. Cuando viaja para quedarse más días suele tomar un taxi, de esa manera no tiene que dejar el vehículo tanto tiempo en el aparcamiento del aeropuerto. Cuesta dinero y no se lo permitimos.

No sabía por qué, sin embargo, en esos momentos me parecía más empresario que lo que me lo había parecido hasta entonces. Ahora lo encontraba locuaz y resolutivo.

—El problema será localizar un coche para poderlo seguir por Madrid —intenté que comprendiera que aquello dificultaba mucho el poder seguirle una vez bajase del avión—. No sé si alquilará uno en el mismo aeropuerto o si se moverá en taxi.

—Ya se lo digo yo —volvía a imponer el mismo timbre de voz. Mostraba tal seguridad que parecía saber de antemano como actuaría el que yo estaba siguiendo—. Cogerá un taxi en el aeropuerto y cuando llegue al hotel ya tendrá uno de alquiler preparado. Es lo que siempre hace. Lo habrá pedido antes de salir. Siempre va al mismo, se trata del Le interrumpí. Aquello me parecía algo más complicado y para nada lo habíamos mencionado antes.

—Pues tendremos un problema si es así.

—Usted no se preocupe por eso —Respondió muy tranquilo y seguro—. Yo me encargaré de que cuando usted llegue al Hotel, también tenga un coche preparado. En recepción le entregarán las llaves. Trabajamos con una empresa de alquiler de coches muy profesional. Son muchos los vehículos que alquilamos. No habrá pega. Usted también tendrá reservada a su nombre una habitación disponible para dos días. Usted solo deberá pagarla en el mismo momento en el que llegue y se inscriba. No diga que es detective. No quiero que se sepa, y mucho menos que va de nuestra parte, le pueden informar a él de ello y no quiero correr riesgos —hizo una pequeña pausa y de nuevo arrancó como si de pronto tuviese más espíritu— . Y no se preocupe. Si por lo que sea tiene usted que dejar el coche y la habitación antes, no pasa nada. Yo le abonaré todos esos gastos en cuanto nos veamos, junto con el resto de la factura.

—Perfecto, gracias. Le dejo. Ya le iré informando.

Me encanta ese tipo de servicios en los que no existen problemas de dinero.

Normalmente los clientes actúan de forma contraria. Me cierran el grifo al máximo y muchas veces hasta me cuesta cobrar los gastos que se generan. Pensé que ese personaje debía estar fastidiándole mucho dinero como para que no reparase en ese tipo de suplementos que parecía que le iba a comportar el que yo le estuviese investigando. Estaba claro que tenía mucho interés en pillarle y echarle a la calle. Así me lo hizo saber una vez más: —Por favor, no le pierda por nada del mundo. Es muy importante saber dónde acude en todo momento, qué es lo que hace en Madrid y con quién se ve. Posiblemente visitará a algunos de nuestros clientes, pero seguro que se dedicará a la otra actividad que creemos que está llevando a cabo. Estoy convencido, pero tenemos que probarlo. No me falle.

—Descuide —colgué antes de que se pusiera pesado.

Me dieron ganas de contestarle: *«Eso es…, sin presión»*, pero no lo encontré profesional.

Por nada del mundo me podía imaginar lo que me iba a deparar ese nuevo y precipitado servicio. De haberlo intuido, jamás hubiera aceptado el caso.

14

El viaje fue algo movido. La lluvia que por la noche no había notado —cosa que agradecía—, ahora estaba mojando otra parte de la península donde estaba seguro que les iría estupendamente para llenar algún pantano y abastecer de agua a sus lugareños. El año había sido muy seco.

«La lluvia…, no solo en Sevilla es una maravilla» —pensé.

Vi que sobrevolábamos Valencia, o muy cerca, no estaba seguro, entre otras cosas porque las negras nubes que teníamos por debajo no me dejaban ver el paisaje; aunque tampoco lo hubiera podido acertar, desde arriba es todo muy parecido. El caso es que, de lo que si estaba completamente seguro era que el espacio aéreo que íbamos a ir cruzando hasta llegar a Madrid pertenecía a una parte geográfica en la que sus habitantes sí quieren seguir siendo españoles. Algunas de las turbulencias hicieron que lo pasáramos mal muchos de los que allí íbamos subidos. Me refiero, claro está, a lo del miedo a esas perturbaciones, no a lo de seguir siendo españoles, ni a lo de los problemas de independencia por los que estábamos pasando en Cataluña. Un tema candente que tenía a la mitad de la población dividida y al resto del país pensando que éramos unos desertores. Los políticos eran los responsables de estar creando un caos cuyas dimensiones no se planteaban, y si se lo planteaban, se la sudaba. Gobiernan pensando exclusivamente en tener poder y en sus intereses particulares; muy lejos de mirar realmente por lo que el pueblo necesita. La verdad es que esas cosas me dan asco. Tanto es así que, para no seguir pensando en ello, decidí sacar mi móvil, colocarme los auriculares y ponerme a escuchar las grabaciones que tengo de la fantástica India Martínez.

Mientras, desde mi asiento, seguía controlando el cogote de mi investigado.

He abierto mis ojos
cancelados mis enojos
y he sentido que te tengo un poco más.
Aprovecho y me cuelo enredándote en mi pelo
insistiendo en que me vuelvas a buscar,
90 minutos no puede durar el amor…
Pídeme más.

El vuelo no iba a durar los noventa minutos que decía esa canción, pero, escuchándola, recordaba a Olga. Me preguntaba qué era lo que

me estaba pasando. Qué veneno me había inoculado esa mujer que me estaba haciendo perder la cabeza. Las ganas de estar con ella combatían con la desconfianza que me provocaban según qué cosas suyas. Había algo que no me dejaba ver claro ni lo uno ni lo otro.

Todo ocurrió tal y como mi cliente me había comentado.

Después de aterrizar y coger cada uno un taxi, llegamos al hotel directamente.

Llegamos rápido y fácil, se encontraba cerca del Paseo de la Castellana y del Parque Norte. Ya había estado trabajando otras veces por esa zona. El hotel se ubicaba justo en una de las famosas torres, concretamente en el tercero de esos rascacielos que se ven una legua antes de llegar a la capital del reino.

« *No se hospedaba mal y el pájaro este*» —pensé.

En recepción me tenían preparada una reserva a mi nombre y las llaves de un turismo.

Tuve suerte, me dieron la habitación número 130. A Leandro le habían entregado la 131. Todo estaba saliendo rodado.

Normalmente no se tiene tanta fortuna. No es habitual. Brindé por ello.

Subí y di un vistazo rápido a mi habitación. Sobre todo quería asegurarme de que el último huésped que la ocupó no hubiese sido un fumador. No lo soporto.

Bajé inmediatamente y me dirigí hasta donde me habían informado que se encontraba mi vehículo. Lo habían dejado estacionado en una de las plazas, junto a la entrada. Metí en el maletero mi mochila. No quise dejarla en la habitación, por si acaso, podría no volver. Nunca se sabe. Después me dirigí a la cafetería y desde allí esperé a que bajara mi objetivo.

La zona donde se ubicaba la recepción era bastante pequeña, enfrente tenía una especie *hall*, también reducido, y una pequeña cafetería, aun así lo encontré acogedor, pero eche a faltar una música más adecuada, lo que salía por los altavoces eran sonidos de agua y campanillas, algo más bien propio de una sala de masajes o de un Spa.

Llegó la hora de comer y aquel individuo no aparecía. Yo empezaba a estar nervioso porque ignoraba si pudiese existir otra salida que yo no hubiera descubierto cuando hice la primera inspección, así que me levanté y me acerqué a la barra de la cafetería para preguntar ese detalle y quedarme más tranquilo.

Justo en el momento en el que me estaba asegurando que no existía ninguna otra forma de salir del hotel que por aquella única puerta que yo estaba controlando, a ese mismo camarero, su compañero, con una bandeja en la mano, le avisaba que se marchaba a llevar la comida de la habitación 131.

Vi el cielo abierto. Fue entonces cuando yo me dispuse también a

comer. Pedí dos bocadillos y dos botellas de agua, los pagué y me volví asentar en el mismo sitio. Me pareció carísimo, pero llevarme aquello al estómago me sentó a gloria bendita.

Intenté deducir a que se debía la falta de movimiento de mi objetivo, pensé que quizá el contacto con el que se tenía que ver mi objetivo no estaba a punto o que fuese él quien viniese al hotel.

Esperaba que el haber viajado hasta Madrid hubiese sido algo con lo que mi cliente tuviese motivos para poder despejar sus dudas. Me da mucho coraje hacer un informe negativo, siempre se tiene problemas para demostrar que has hecho bien el trabajo, cuando consigues imágenes positivas no existe ese problema. La gente es desconfiada por naturaleza y tiende a no creer lo que no ven sus ojos.

Sobre las cuatro de la tarde por fin hizo acto de presencia. Lo hacía llevando bajo el brazo una cartera portadocumentos —de esas habituales de cuero negro con cremallera—.

Salió del edificio y fue directamente hasta un coche que estaba estacionado cerca de donde lo estaba el mío. Se puso en marcha de inmediato y salí tras él.

Madrid tenía una temperatura bastante parecida a la de Barcelona, aunque notaba la diferencia de humedad. Me extrañó ver en el salpicadero del coche que marcaba dos grados menos. Ahí me convencí aun más de que el estar cerca del mar es mucho más agradable pero te transmite una mayor sensación de frío. Aun así lo prefería. Por muchos motivos.

Circulamos durante un buen rato por la M-30 hasta que nos desviamos al llegar la salida de la Avenida América. Aquel tipo conducía muy tranquilo, sin prisas. Me fue muy fácil seguirlo. Había bastante tráfico, supuse que se debía a la salida de los colegios y de muchas de las empresas. Madrid es por excelencia una ciudad de funcionarios y es mucha la gente que tiene las tardes libres, de ahí a que a partir de las seis y media o siete, las cafeterías estén llenas de personal tomando una copa acompañada de un pincho o tapa mientras charlan amigablemente. Cosa que envidio. Barcelona no es igual. En eso nos ganan.

El tipo aquel se detuvo después de callejear varios minutos. Estacionó en una calle bastante céntrica y se apeó. Yo me vi obligado a hacer lo mismo cuatro coches detrás de él. Me encantó que no fuese una zona azul.

Sin que en sus manos llevara aquella carpeta negra, se dirigió andando hasta una terraza protegida por unas mamparas de madera y cristal. Vi que estaba provista de una de esas estufas para que los clientes no pasen frío mientras disfrutan llenando sus pulmones de nicotina. Hacía más fresco que cuando llegamos. El sol se estaba poniendo y de repente parecía que oscureciese. Aunque la polución

ayudaba a crear esa atmósfera, la culpa de ello la tenía el cielo que amenazaba con descargar en cualquier momento lo que sus negras nubes habían estado almacenando durante gran parte del día.

Rondaban las cinco de la tarde cuando se reunió con aquellos dos hombres que sin duda le estaban esperando sentados a una de aquellas mesas.

En ese lugar permanecieron tomando copas durante cuatro horas. Durante esa larga y tediosa espera, estuve apostado, alternando mi vigilancia entre un banco público y varios puntos estratégicos desde donde los podía ver sin que ellos me vieran a mí.

En el momento en el que vi que a mi objetivo y a sus acompañantes les servían otra ronda más, acudí al bar que tenía justo enfrente de donde les estaba controlando. Mi vejiga llevaba rato aguantando y aproveché para vaciarla. Podría haberlo hecho en un árbol, como un perro o entre dos coches. Sé que es indecente y que está prohibido, pero en aquel caso hubiera evitado salir haciendo arcadas del asqueroso y apestoso retrete al que acudí y en el que me tuve que remangar los bajos de mi pantalón para que no se mojaran de la cantidad de orines que tuve que pisar.

Cuando salí de nuevo comprobé que aquellos seguían en el mismo lugar. Fue entonces cuando me acordé de mirar mi móvil. Los nervios que aunque pueda parecer mentira, y a pesar de los años que llevo en esto, sigo teniendo, me hicieron olvidar que lo había puesto en modo avión. Como no podía ser de otra manera no me había acordado de volverlo a activar y al hacerlo vi que tenía dos llamadas con mensajes de voz y un *guasap* de Olga .

El *guasap* de Olga no lo leí, solo escuché los mensajes de voz. Eran de mis pupilos a los que tenía trabajando. Les devolvería la llamada cuando pudiese hacerlo. No corría prisa, sabían lo que tenían que hacer.

Finalmente, y algo animados por los efectos de tanto alcohol, aquellos tipejos se levantaron, se desplazaron hasta el coche de Leandro y éste los llevó en su coche hasta una zona de bares de la calle Orense; lugar donde, después de dar varias vueltas, acabaron por entrar en un local de esos llamados “de ambiente”, de esos de neones rojos y azules donde dicen que te pueden ofrecer un final feliz. En el caso de que sea eso lo que necesites y realmente te haga feliz.

En ese antro continuaron bebiendo hasta pasadas las once de la noche.

Me hice cruces preguntándome cómo narices podía conducir aquel hombre sin matar a nadie después de lo que yo le había visto consumir.

Por suerte Santa Bárbara se apiadó de mí y Eolo colaboró soplando para que el cielo quedase despejado y yo seco.

Por fin aquel individuo decidió dar por acabada su particular fiesta y dejó a sus acompañantes en aquel local. Por lo visto aquellos tenían más aguante que él, o quizá habían ligado. He visto tantas veces a pardillos creer que se han ligado a una puta que no me extrañaría en absoluto.

Yo soy de los que se apuntan a un sarao sin contemplaciones y me gusta como a nadie disfrutar de la juerga tomando copas. Pero, el saque que tenían estos individuos me pareció escandaloso. Y mucho más teniendo que conducir. Al menos el que yo estaba siguiendo, los otros no sé cómo se marcharían de allí.

Supuse que algo interesante debían haber tramado aquellos tipos durante todo aquel tiempo, de otra manera no sé qué cojones pintaba mi objetivo allí. Hacer un viaje así, para juntarse exclusivamente a tomar unas copas, no es lo que se dice muy normal. El problema recaía en que yo no tenía ni la más remota idea de lo que podía estar maquinando con aquella gente con la que se había reunido, y por lo tanto, era evidente que yo no podría darle a mi cliente demasiadas explicaciones. A pesar que lo intenté, resultó imposible sentarse cerca de ellos y escuchar su conversación. Se habían colocado de tal manera que no pude; ni en el restaurante ni en el club al que finalmente acudieron.

Ignoraba como se lo iba a tomar el señor López. Pero…, no había más.

Esto funciona así, independientemente de que en las películas parezca otra cosa. La tele y el cine nos están haciendo mucho daño.

Siempre tenía la esperanza de que hiciera algo al día siguiente.

15

Cuando Leandro, después de salir de aquel puticlub, se puso de nuevo en marcha, sentí un alivio. Todo había salido como la seda, en todo el momento lo tuve controlado y había obtenido imágenes de todos los sitios a los que había acudido y de los dos individuos con los que se reunió. Solo faltaba regresar al hotel y eso parecía que iba a ser mucho más fácil.

Circuló en aquella dirección y lo hizo tranquilo y muy despacio.

Un par de calles antes de alcanzar nuestro destino, se detuvo para entrar en un restaurante que estaban a punto de cerrar. Por lo que vi, al camarero no le gustó la idea de tener que servirle, aunque al final, tras su insistencia claudicó y, sentado en un taburete, junto a la barra, le acabaron sirviendo un bocadillo y una cerveza.

Hasta que salió esperé en el coche durante algo más de media hora, cuando lo hizo lo agradeció el personal del local que, con descaro, y para que se diera cuenta, estuvieron barriendo y fregando el suelo con las sillas sobre las mesas. Di por sentado que lo hacían para forzarle a que tuviera la decencia de largarse de una vez.

Lejos de acudir hasta su vehículo, aquel individuo decidió caminar hasta el hotel.

Entendí que en su estado habría decidió no coger el coche. Aunque me incliné a pensar que lo más probable era que se hubiese olvidado que había venido conduciendo.

Su comportamiento me volvió a extrañar porque en lugar de entrar, pasó de largo y estuvo dando otro largo paseo por los alrededores del hotel, por el parque de la Avenida Monforte de Lemos. La verdad es que la noche invitaba a ello, pero no me pareció que aquel lo hiciera en sentido romántico mirando la oscuridad de aquella noche en la que la luna trataba de asomarse entre dos negras nubes dejando en su intento un intenso tono violeta que la oscuridad trataba de borrar y donde no se podía ver ninguna estrella.

No lo entendía. Quise creer que esa manera de proceder se debía a que lo estuviese haciendo para que se le pasase el efecto que le habría producido la desmesurada ingesta de alcohol.

Entró tres cuartos de hora después.

Creí que no iba a ocurrir nunca. Yo ya estaba derrotado. En realidad no había hecho nada más que esperar, ir en coche y caminar un poco. Pero, aunque no lo os lo podáis creer, esas cosas me agotan demasiado. Será la edad.

Cuando me aseguré que se metió en su habitación y que se

quedaba en ella decidí ir a por mi coche. Me imaginé a aquel tipo tumbándose sobre la cama tal y como llegó, sin ni siquiera quitarse los zapatos.

Yo había dejado la bolsa con mi muda dentro del maletero y para nada me apetecía dejarlo en la calle. Madrid no me parecía seguro. Al menos de noche.

Al llegar donde lo estacioné pensé que me había equivocado de calle o de sitio. No fue así. Cuando me aseguré que era allí donde había dejado mi coche y que no se trataba de un lugar prohibido como para que la grúa tuviese algo que ver en ello, fue el momento en el que tuve la certeza de que me lo habían robado.

Aquello era lo último que pensé me podía pasar. No podía ser posible. Nada más me faltaba eso.

«Con lo bien que había ido todo hasta ese momento» —pensé.

Debía de apresurarme. Era fundamental que solventase ese conflicto lo más rápido posible. No solo tenía el problema de tener que poner la correspondiente denuncia, sino que si quería seguir a mi objetivo cuando saliese por la mañana, era necesario conseguir de inmediato otro vehículo. Así que decidí ir hasta la recepción para que avisaran a la policía y para que me pidieran otro coche, aunque esto último, a esas horas, iba ser muy complicado.

¡Mierda! —grité.

16

Cuando entré de nuevo en el Hotel, vi que, frente al mostrador de recepción, dos individuos hablaban con el recepcionista y con el guarda de seguridad. Como no quería interrumpirlos, para ganar tiempo —que por cierto era poco el que tenía—, opté por aprovechar y subir antes a la habitación, asearme un poco y bajar enseguida. Estaba cansado y no hacía demasiado buen aspecto. Y mucho menos el adecuado como para personarme en recepción diciendo lo que me había ocurrido. Explicar aquello en esas condiciones podría resultar embarazoso y a la misma vez difícil de hacerlo creíble.

Era curioso cómo van los ascensores de rápidos a esas horas. Por el día te puedes tirar una eternidad esperando a que se abriese uno de los dos que allí había. Al menos, eso, a mí, es lo que siempre me ocurre. Aunque con la mala suerte que empezaba a estar teniendo, pensé que igual era algo innato en mí y nunca antes había reparado en ello.

Nada más llegar a la puerta de la habitación vi que, del pomo colgaba el letrero de “NO

MOLESTEN”. Me extrañó porque yo no lo había colocado. Por un momento creí que me había equivocado de habitación. Para asegurarme tuve que mirar la placa donde figuraba el número.

Aquella era la mía.

Metí la tarjeta y el *led* de color verde se encendió liberando el anclaje. Empujé la puerta y entré. La televisión estaba encendida, con el volumen muy bajo. Aquello me alarmó en exceso. No esperaba a nadie y por supuesto aquello no era ni Cuba ni Santo Domingo, lugar donde, en ocasiones, cuando llegaba a mi habitación, tenía un regalo de carne y hueso por gentileza del recepcionista, siempre que hubieras sabido decirle cuales eran tus gustos y haberle dado veinte o treinta euros de propina. El regalo se pagaba aparte. Yo siempre las elegía morenas, muy pechugonas, juguetonas y sobre todo que me dijeran “mi papito”. Para otro tipo de mujeres —me refiero a las de propuestas más largas y serias—, tenía mi España.

Entré con cuidado; fue entonces cuando pensé que debía ser un espejismo. Aquello no podía estar sucediéndome. Debía de estar soñando.

En mi cama, totalmente desnuda, se encontraba tendida una despampanante mujer rubia. Una chica de unos escasos treinta años, de una larga y rizada melena pelirroja como el fuego y con unos pechos como globos visiblemente operados. Una exuberancia de

mujer, pero muerta.

Desde donde estaba pude ver que aquella chica tenía el cuello rebanado. La habían degollado.

Mi ángel de la guarda me había abandonado aquella noche y antes de hacerlo debía haberse emborrachado. Si ya no puedes confiar en él, en quién vas a hacerlo. Cuando fuese al cielo le pondría una queja que se iba a cagar.

Las sábanas estaban totalmente empapadas en sangre. De sangre de una mujer a la que yo no conocía de nada, absolutamente de nada. Os juro que jamás la había visto.

Perplejo, continué en aquella estancia de pie. Sin moverme. Sin saber qué hacer ni cómo reaccionar. Si en aquel momento me hubieran pinchado, dudo que hubiera derramado ni una sola gota de sangre. Las sombras de la vida, de las que muchas veces había oído hablar en boca de los santeros, ahora las estaba viendo alrededor mío envolviéndome con su manto de espesa niebla.

Ahí volví a pensar que estaba claro que me había equivocado de habitación.

Sobre la mesa escritorio, junto al televisor, vi que había un ordenador portátil. No era mío. Estaba encendido. Y por la pantalla correteaban, de arriba abajo y de izquierda a derecha, múltiples estrellas de diferentes tamaños y colores. El salvapantallas. No quise tocar nada, algo raro estaba pasando, pero se escapaba de toda lógica. Debía actuar con la mayor rapidez posible. Me preguntaba qué era lo que debía hacer cuando, de repente, llamaron a la puerta.

—Toc, toc. —Dos golpes secos que alguien propinaba con sus nudillos. A continuación, una voz grave. De hombre.

—¿Señor Hierro…? ¿Puede abrir la puerta, por favor?

Su tono era duro aunque muy educado.

No lo dudé ni un momento. Quién quiera que fuese sabía mi nombre. Yo tenía que responder, pero debía hacerlo de una manera segura e inteligente. Decidí no abrir hasta prepararme una posible huida. Nada de aquello era normal. Tener una muerta en la cama no lo era.

Abrí la ventana y luego contesté. Cabía la posibilidad de que me tuviese que ver obligado a tener que saltar por ella. La altura desde un primer piso no sería empresa fácil, pero no tenía ni idea de quién era el que me solicitaba la venia para entrar y mucho menos los motivos que le propiciaban a ello.

—¿Quién es? —respondí.

—Policía —Era la misma voz y detrás de esa locución, escuché un rumor. Había alguien más con él.

Tenía que asegurarme de no hacerle compañía a la pelirroja de las tetas de silicona. No era mi intención acudir al barrio a donde la

acababan de enviar a ella.

—Si son policías, podrán abrir ustedes mismos. —contesté de ese modo para que fuesen ellos los que tomasen la iniciativa. Se hizo un silencio.

Unos segundos más tarde se escuchaba de nuevo aquel sonido. Alguien metía una tarjeta en la ranura del lector y automáticamente la puerta se desbloqueaba. Un empujón se encargó de abrirla de par en par.

El aire caliente de la habitación, con olor a muerte y a peligro, se mezcló con el más frio que provenía del pasillo. Noté un fuerte olor a tabaco. En la medida que pude forcé la vista, pero no vi a nadie. Solo pude distinguir que lo que asomaba era el cañón de un revólver.

De repente descubrí, de forma intermitente, la cara de un hombre de unos cincuenta años. Miraba hacia dentro y de inmediato volvía a protegerse ocultándose de nuevo. Un ejercicio muy policial que me hizo confirmar que se trataba de un poli de verdad. Los gestos a los que estoy acostumbrado a ver en las películas en ese tipo de acciones, son siempre burdas imitaciones. Eso únicamente se hace de forma correcta cuando tienes realmente miedo a que, al mostrar tu cara, te puedan hacer un agujero difícil de volver a rellenar, salvo que el que se cuide de ese menester sea un tanatopráxico, aunque para entonces, en momentos como ese te importa un bledo como te quede tu puta cara.

Mis dudas seguían sin disiparse. Me preguntaba por qué estaban ahí y cómo podían saber ellos lo que yo acababa de descubrir dentro de aquella habitación.

—Muéstreme la placa —dije para asegurarme.

Cuando la vi, sabía que era real. Levanté las manos, me puse de pie en mitad del pasillo y les dije que podían entrar. Entonces comprobé que eran los dos individuos que había visto en recepción cuando llegué minutos antes.

—Soy detective. No conozco de nada a esta mujer. Me han tendido una trampa —callé inmediatamente.

Fue lo único que me apresuré a decir.

Cavilé en que tenía que darles esa información lo antes posible, aunque no sabía si valdría la pena o si serviría de algo, pero era la única manera de que no entraran a saco a por mí. Esperaba que eso les hiciese pensar y calmaran sus impulsos más primitivos.

Pasados unos segundos, quizá décimas, y comprobada su reacción traté de seguir explicándome:

—Podéis comprobarlo con mis credenciales. Estoy haciendo una investigación sobre una persona y no tengo nada que ver con esta mujer. En el bolsillo llevo una cámara de vídeo con la que he ido haciendo alguna grabación que demuestra lo que os estoy diciendo.

Aquellos policías no daban crédito a lo que estaban viendo en mi habitación, ni a lo que acababa de salir por mí boca.

Quiero pensar que eso mismo fue lo que les hizo optar por proceder a dialogar conmigo, aunque con todas las precauciones del mundo, sin arriesgarse. Sé de buena mano que un policía en un momento como ese no sabe hacia dónde decantarse y… por si acaso…, ha de sospechar lo peor. Por lo que habían visto sobre la cama, estaban delante de un sospechoso de asesinato.

Yo también era muy consciente de ello y tenía que actuar en consecuencia.

—Caballero. De momento túmbese en el suelo, con las piernas abiertas y las manos en la nuca —dijo el único al que le había podido escuchar su voz. El otro de momento permanecía mudo aunque también me apuntaba.

Obedecí. No tenía otra posibilidad. Uno de ellos continuó amenazándome o persuadiéndome con su arma —depende desde qué punto de vista se mire— mientras el otro se acercaba a la chica. Y aunque su estado parecía evidente, intentó buscarle el pulso tomando una de sus muñecas. Estaba claro que en el cuello no podía hacerlo. No lo consiguió, estaba muerta aunque todavía caliente. Así se lo hizo saber a su congénere.

Aquello me perjudicaba de forma considerable. La situación de por sí ya me era conflictiva, pero el que estuviera caliente me ponía en un gran aprieto ya que para ellos les podría parecer que la acababa de matar, aunque yo intuí que el que lo había hecho tenía que haber salido de la habitación hacía muy poco.

En ocasiones la vida da un giro de ciento ochenta grados y se tuerce todo sin posibilidad de que puedas evitarlo. Yo me encontraba en esa tesitura.

Tras uno de ellos ponerse en contacto por radio con su comisaría y explicarles con lo que se habían encontrado, solicitó que lo comunicaran rápidamente al juzgado para que se procediera al correspondiente levantamiento del cadáver por parte de la comitiva judicial y que enviaran también un equipo de la científica para la toma de huellas y proceder a localizar vestigios con los que incriminarme.

Bueno, así no fue como lo dijeron, pero fui lo primero que pensé. Lo siguiente fue rezar para que encontraran suficientes rastros de identificación del que realmente lo había hecho y poder salvarme de lo que aun no entendía.

Mi temple y sangre fría, aun en aquella situación y estando allí tirado en el suelo respirando los microbios de una moqueta a la que, de forma urgente, le hacía falta la visita de una aspiradora, me sirvió para intentar persuadirles. Tenía que tratar por todos los medios de

convencer a aquellos agentes de que yo no tenía nada que ver en esa muerte.

A veces, en el desierto, el viento sopla en contra tuya. En esos momentos no tienes más remedio que cerrar los ojos lo máximo que puedas e intentar no dejar de intuir el camino que tienes que seguir andando. Si te muestras valiente y los abres, acabas cegándote y te sales de él.

Entonces es cuando estás perdido.

Uno de los polis se acercó a mí. Se puso unos guantes de látex y me obligó a ponerme de pie, contra la pared. Obedecí, y me puso las esposas. A continuación me cacheó mientras su compañero protegía cualquier movimiento que no le gustase que yo pudiera hacer.

Me despojaron de las llaves del coche que me acaban de robar en la calle, la tarjeta de la habitación, unos billetes y varias monedas, el móvil y la cartera con toda mi documentación; comprobando entonces lo que un minuto antes les acababa de decir. También me cogieron la mini grabadora de vídeo que anteriormente les había comentado y de inmediato uno de los agentes —el que parecía que mandaba—, la manipuló para visionar las imágenes que yo había grabado.

Por suerte, como es normal en mi trabajo, había ido grabando a Leandro desde que salió de Barcelona. Por lo tanto lo captado en la grabadora dejaba claras evidencias de que, tal y como les dije, yo había estado en una calle de Barcelona esperando al individuo aquel hasta que se subió a un Golf —me dejaron explicarles que aquello era una localidad llamada Cornellá en la que mi objetivo tenía su domicilio— y que desde ahí se vería cuando mi objetivo entró en el Aeropuerto, el momento en que cogía el coche en el hotel y cuando se apeaba y se reunía en un bar con unos tipos —eso era ya Madrid y no hizo falta explicarle nada porque lo reconocieron fácilmente—. A todos ellos se les podría llegar a reconocer de forma clara gracias a los primeros planos que les había hecho con la intención de que mi cliente los pudiera identificar en caso de que esos sujetos fueran los responsables del contacto que se suponía que su trabajador debía tener ahí en Madrid. Las siguientes grabaciones eran en el club al que acudieron y cuando el tal Leandro estuvo paseando por el parque minutos antes de entrar en el hotel.

Creí que después de visionar las imágenes me dirían: « *Vale. Usted no es, pues entonces dígame qué es lo que ha pasado*». No fue así.

Aquel hombre me hizo entender, con un solo comentario, que era muy pronto para analizar las cosas y que nada le iba a influenciar si no lo tenía claro.

—Lo estudiaremos. Pero esto no me dice nada. Cualquiera puede haber hecho esas grabaciones para hacernos creer que usted estaba en otro lugar.

Me dejó sin palabras. Tenía lógica lo que acababa de argumentarme, sin embargo no era así y me vi en la obligación de aportar algún dato para que lo comprobaran.

—No voy a decirle que no tiene razón. Eso sería factible si realmente hubiese sido yo el autor de la muerte de esta chica. Pero no es así y pueden comprobarlo.

La cara de aquellos dos policías era tan fría como la de David de Miguel Ángel. Sin expresión alguna. Me vi obligado a continuar.

Tienen el domicilio de esa persona de Cornellá y tienen también el teléfono de mi cliente, me hizo una llamada cuando yo aun estaba en el aeropuerto de Barcelona. Pueden mirarlo en mi móvil. Llámenlo y se darán cuenta de que lo que digo es verdad. Él se lo podrá explicar todo.

—No se preocupe lo averiguaremos. Vuelva a tumbarse en el suelo boca abajo.

Aquel hombre no parecía querer escuchar lo que le intentaba explicar, si lo hizo no me quiso dejar creerlo. Obedecí.

Mientras me tumbaba de nuevo, y estando aún de rodillas, aproveché para continuar seguir intentando explicarles que yo no tenía nada que. Tenía que insistir y esforzarme en convencerles.

—Por favor… Permítanme.

No me contestó. Pero con la mirada, aunque con cara de muy mala uva y con un prolongado silencio, me invitó a que expusiera lo que les quería decir.

—Vamos a ver —me dirigí a los dos, aunque yo miraba directamente al que definitivamente decidí que era el que partía el bacalao—. Sé que estáis haciendo vuestro trabajo y tenéis que presumir que soy yo quien ha matado a esa chica. De todos modos, permitirme que os haga una pregunta: ¿Quién os ha llamado? ¿Cómo podía saber el que lo ha hecho que esa mujer estaba aquí?

Se creó silencio tal que me escuchaba latir el corazón.

No me atreví a continuar hablando. Había tensado tanto las cuerdas de mi guitarra que podían romperse. De momento esperé su reacción. Tenía que jugar mi baza. No quise decirles que hacía yo en aquel hotel, supuse que me lo preguntarían en breve.

Esperando una respuesta a mis dos preguntas, giré un poco el cuello y, de reojo, pude observar que ambos se miraron como transmitiéndose una respuesta en común.

No sabía si me la iban a dar. El tiempo en aquel momento parecía haberse detenido pero realmente fuer una fracción de segundos la que pasó hasta que finalmente, el jefe accedió a dármela.

—Hemos recibido una llamada informándonos que… una persona…, en este caso un hombre, había entrado en el aparcamiento del hotel, estacionó y golpeó a una mujer contra el salpicadero del

coche. Al bajarse continuó golpeándola obligándola a entrar en una de las habitaciones de la primera planta —hizo una pausa para analizar mis gestos y continuó—.

Cuando hemos llegado hemos preguntado en recepción si había algún cliente con el vehículo que nos había descrito por teléfono y a partir de ahí hemos podido comprobar que se trataba del suyo. Por eso hemos subido hasta aquí. El resto deberá explicarlo usted. Aunque…, creo que es muy evidente.

Se hizo otro de esos sepulcrales silencios que parecían pesar más que el aire que se respiraba en aquella habitación donde se mezclaba mi miedo, el sudor y la sangre. De inmediato prosiguió.

—No sé si usted tendrá alguna explicación para ello. Yo sí creo tenerla.

Lo dijo de forma contundente, casi dándome a entender que con aquello estaba todo muy claro. Luego, esperó una respuesta por mi parte.

Estaba claro que me habían utilizado, pero ignoraba quién y por qué. Me iba a costar mucho inclinarles a creer en mi versión de los hechos. De momento aquel hombre me había dado muy buenas sensaciones, incluso entendía que pensara que yo pudiese ser el responsable de aquella muerte. Sin embargo me tranquilizaba que quisiera escuchar una declaración mía y seguir ofreciéndome la opción de explicarme.

Cuando iba a empezar pude ver que, en el pasillo, había otras dos personas más. Supe enseguida de quiénes se trataba. Solamente les llegué a ver las piernas, pero aquel pantalón negro y las zapatillas marrones con una "X" azul marino de la marca *Munich*, eran del recepcionista y los zapatos negros brillantes y aquel pantalón marrón con una tira de color amarillo en el lado, subiendo desde el tobillo hacia la cintura, no podían ser más que del vigilante de seguridad.

Tomé aire y empecé con mi propia interpretación de lo ocurrido. Al fin y al cabo yo lo había vivido en directo.

Bueno todo no. El final de mi historia me la fabricaron otros y estaba fuera de mi guión.

—Sé que no servirá de nada repetirles que yo no tengo nada que ver. Entiendo que les costará creerme, pero insisto. Es así —me animé a intentarlo y puse todas mis fuerzas—. En primer lugar…, si me permiten ustedes el atrevimiento, creo que tendríamos que salir de la habitación y dejarla libre para que cuando vengan los del juzgado y sus compañeros de la científica puedan hacer su trabajo y encontrar huellas y pistas suficientes que demuestren que yo no he sido. El haber entrado en esta habitación ya me compromete y no deseo continuar dejando más restos epiteliales ni capilares que me puedan implicar más de lo que estoy. Estarán conmigo que ya la estamos

contaminando demasiado.

No es por fanfarronear, pero aquel hombre percibió, sin ningún tipo de dificultad, que estaba ante un entendido en la materia. Lo noté por el silencio que hizo y su momento de reflexión. Sin embargo, en su compañero observé todo lo contrario. Me pareció que a éste le cayó muy mal que yo me hubiera tomado aquella libertad. Estaba seguro que a él le pareció demasiado impertinente. El gesto agrio de su cara lo decía todo. me pudiera defender.

Después de mi pequeña pausa, como nadie decía nada, continué con mi disertación. Me tenía que defender y, al no preguntarme sobre lo que yo hacía en el hotel, decidí explicárselo y ahorrarme tiempo.

—Si les parece bien les explico todo lo que he hecho desde que he llegado al hotel.

Habrán visto en mi documentación que no soy de aquí. Pueden comprobar que todo esto es un montaje —hice otra pequeña pausa, la justa y suficiente como para interpretar que aquel hombre me dejaba continuar. Como no abrió la boca, seguí—. Para empezar les diré que el coche que yo llevaba me lo han robado. Lo dejé fuera estacionado y cuando fui a buscarlo, antes de subir a la habitación, ya no estaba donde yo lo dejé. Con eso se darán cuenta de que, tal y como ustedes me han explicado, yo no he podido ser al que vieron hacerle eso a la chica.

Yo…

Nada más oír lo que le acababa de decir, aquel poli, que no había dejado de encañonarme, soltó una carcajada exageradamente ruidosa a la vez que alzaba la otra mano y me obligaba a callar. No parecía estar de acuerdo con mi razonamiento, al menos no con lo último que le dije sobre el vehículo.

Mi sabio profesor de Aikido, como ilustrado y anciano, sabía mucho del comportamiento de la mente humana y hacía un gran uso de meditaciones ancestrales para que comprendiéramos algunas técnicas. En aquel momento recordé lo que me explicó sobre los huracanes. Me explicó que: ante su virulencia, el árbol más fuerte y robusto sería arrancado de la tierra al oponerse a él, sin embargo el bambú, siendo mucho más débil, al ceder y dejarse llevar sin afrontar resistencia, seguiría en el mismo lugar sin ser separado de la tierra donde se encontrase plantado.

No sabía muy bien quién era aquí el huracán, pero si lo era aquel hombre, yo esperaba comportarme como la caña de bambú.

—Ja, ja. Amigo —soltó mostrándome con ironía su desaprobación —. Para empezar…, como tú dices…, vamos mal. Tu coche no te lo han robado. Está abajo. Estacionado en una de las plazas de aparcamiento del hotel. No esperaba que me mintieses aunque entiendo que lo hagas. Estás en tu derecho, pero te has equivocado.

Engañarme no es el paso correcto.

No me podía creer lo que me estaba contando, y el hecho de que me hubiese dicho amigo y empezase a tutearme era una mala señal. De ser cierto ese dato, yo lo empezaba a tener todo mucho más claro, sin embargo, también reconocía estar mucho más jodido. Se trataba de algo muy bien preparado, así que debía de empezar por el principio. Ese fue el momento en que decidí pedirles que me dejaran contarles para lo que yo realmente había ido a Madrid y les informé de todos los detalles. Traté de hacer mucho hincapié en que si el coche que me habían robado estaba dentro del hotel, donde él decía, era porque alguien lo había traído hasta ahí y no había sido yo. Hecho que demostraba que todo era un montaje para que pareciese que yo fui el que había traído a esa mujer y me la había cargado en la habitación.

Después de escucharme, y sin tener la seguridad de si yo le estaba mintiendo o no, comprendió que lo mejor era dejar aquella habitación libre. Además, no era un buen lugar para proceder a realizar un interrogatorio, motivo ese por el que le ordenó al guardia de seguridad que se quedara en la puerta para que no entrase nadie sin su autorización y después le pidiera al joven recepcionista que le indicara dónde había una sala para utilizarla mientras estuvieran allí.

Todos salimos de la habitación.

Mientras caminábamos detrás del chico del hotel en busca de un lugar donde ubicarnos, aquel hombre se me presentó.

Me pareció un indicador de empatía hacía mí. Deduje le causé un mínimo de confianza y me concedió un plus de cordialidad. Me dijo que se llamaba Germán y que era el Inspector Jefe de grupo de investigación de la comisaría central de Madrid y que su acompañante era el oficial de policía Raúl, el cual seguía detrás de mí desconfiando que en cualquier momento me pudiera escapar.

Aunque yo seguía esposado, aquel pipiolo no dejó de empuñar su arma en ningún momento. Germán sí.

Me tranquilizó. Al menos no estaba hablando con quien tuviera que pedirle permiso a nadie para tomar decisiones. Salvo que su Comisario fuera uno de esos cagados que nunca llegan a tener la total confianza de sus mandos inferiores. A ese tipo de jefes el miedo en que sus subordinados la caguen les hace ser muy reservados a la hora de conceder privilegios de autoridad.

Tener algo de credibilidad sobre aquel hombre me hacía pensar que había ganando mucho.

17

Cuando el Inspector Germán por fin me dejó darle mi versión al completo y con todo lujo de detalles, alucinó.

Me pareció que eran muy grandes los esfuerzos que aquel hombre hacía por creerme.

Aun así yo tenía muy claro que le costaría llegar a comprender el final de la historia. Ni yo mismo tenía la más remota idea de por qué me habían elegido a mí para llevar a cabo aquel asesinato.

Tenían que haberse equivocado. No tenía ningún sentido que me hubieran elegido a mí.

Mi cabeza iba a mil por hora, totalmente revolucionada. Tanto que empezaba a sentir un principio de jaqueca. Como si la sangre no me llegase con fluidez al cerebro. Temí que de seguir así me pudiese dar un *shock*.

El sudor se escapaba por todos los poros de mi cuerpo y recorría mi piel causándome algún que otro escalofrío. Debía de ser por los nervios.

El hotel nos habilitó un cuarto a modo de sala de interrogatorios —por no llamarle "calabozo de campaña"—. Allí permanecimos hasta que acudieron los de la científica y la comitiva del juzgado. Gracias a Dios no tardaron demasiado.

Germán mandó a su pupilo Raúl a que bajara con aquel chico hasta la recepción y comprobase los datos de la persona que yo había dicho estar investigando, el de la habitación 131 al que, desde Barcelona, había seguido hasta allí.

El frío se apoderó de mí por dentro. No era la temperatura de la habitación que acabábamos de ocupar, más bien todo lo contrario, sino la desesperación e impotencia de no estar entendiendo nada de lo que me estaba ocurriendo. Mil cosas empezaron a navegar en mi mente como el barco que en la tempestad intenta cabalgar las olas que tratan de engullirlo sin compasión alguna. Traté de repasar nombres y situaciones que me trajesen algo de luz a lo que estaba sucediendo. Resultó inútil, por más vueltas que le daba seguía pensando que yo no tenía a nadie con motivos suficientes como para hacerme algo así. No le encontraba ningún sentido.

Aquello tenía que ser fruto de la casualidad y el estar en el lugar equivocado en el momento menos oportuno. Me pasó por la cabeza la posibilidad de que tuviera algo que ver José Jurado, el personaje por el que tenía pendiente el juicio un par de semanas después. Le di vueltas y más vueltas. No podía ser de ningún modo. Él no sabía que yo había tenido que desplazarme a Madrid. Ni siquiera sabía nada de

mi vida. No podía de ninguna manera tramar algo así, ni por asomo. Entonces recordé a Olga.

No quería pensarlo, era una estupidez, pero me hizo recapacitar en varias cosas a las que yo no le podía dar ningún tipo de explicación. Me pregunté cómo una mujer de bandera, mucho más joven que yo, e invitada a la fiesta por mi amigo, había podido acabar enrollándose conmigo en lugar de con él. En aquellos momentos, en la fiesta, mi exceso de autoestima, aunque de forma inconsciente, me hizo sobrevalorarme en comparación con mi amigo Pedro y jamás me lo pregunté, pero ahora…, ahora me hacía reflexionar. Y de qué manera.

¿Por qué no sabía nada de ella? Ni de dónde venía, ni dónde trabajaba. Ni siquiera si estaba soltera, casada o separada. No le había preguntado nada. Solo me la estaba tirando.

Como si mis instintos animales hubieran aflorado en mí de la manera más estúpida; sin importarme nada más que eso. Con ella solo pensaba en sexo y en evitar que entrara en mi vida por miedo a que se estableciese en ella. Sin embargo lo había hecho y sabía más de mí que yo de ella. Se había colgado de mí como un koala a un árbol y lo había hecho con todo el cuidado y sigilo del mundo, en silencio, sin llamar la atención. Ahora me venía a la cabeza que incluso la había dejado sola en mi casa. Cómo había podido ser tan imbécil.

En ese momento recordé todas las llamadas que me hizo queriendo siempre saber qué iba a hacer y dónde estaba. Todas las preguntas sobre mi trabajo intentando estar informada por si tenía armas y esas cosas que yo pensaba que era por el puro morbo que da saber de mi profesión.

Mis dudas se debatían entre esas dos posibilidades, entre esos dos personajes que pululaban por mi vida: José Jurado y Olga. Incluso el que ambos hubieran formando un complot. Todo ello sin ningún tipo de seguridad porque no había nada más que me acercara a dilucidar el qué estaba pasando. Era fiebre lo que sentía. Mi frente se perló de un sudor frio que surcaba mis cejas y me congelaba la cara. Temblaba como lo hace el agua dentro de un vaso en un terremoto. Un escalofrío me recorría todo el cuerpo y mi palidez se hizo notable.

Germán la advirtió.

—¿Estás bien? —dijo sensiblemente preocupado.

Asentí con la cabeza, pero no estaba seguro de haberle dicho la verdad. Quise pensar que sí.

Lo que estaba claro era que, de momento, no le iba a decir lo que me inquietaba.

Tampoco tenía base para ello. Esperaba que ninguno de ellos tuviera nada que ver en esa rocambolesca historia.

Después empecé a sentir calor, mucho calor.

18

Cuando Raúl llegó con la información que le habían dado en recepción, yo trataba de sospesar cómo iba a salir de aquel entuerto.

Se la entregó a su jefe y me miró con cara de pocos amigos mientras se frotaba las manos conociendo la información que le acababa de aportar a Germán. Estaba claro que si hubiese estado en manos de aquel tipo, ya me habría metido en un calabozo y estaría esperando entregarme para que me encerraran por asesinato. Cuando me examinaba con aquella perversidad, me lo imaginé con una medalla colgando de su pecho y una sonrisa de oreja a oreja por haber trincado al autor del asesinato. Gracias a Dios tenía un jefe que frenaba esos impulsos tendenciosos que tienen los polis que creen a pie juntillas lo primero que deducen.

Éstos, normalmente, acaban teniendo que cambiar de opinión. Lo bueno es que, la mayoría de esos novatos, con el tiempo y experiencia aprenden a cambiar su actitud en tratar de tipificar los delitos a su gusto y hacer de verdugos justicieros. Lo malo es que un porcentaje, aunque minoritario, sigue campando a sus anchas dejando muy mala imagen del colectivo al que representan.

Mientras Raúl seguía esperando que su jefe terminase de leer la nota que acababa de entregarle, se percató de que yo ya no tenía los grilletes puestos. Le vi poner cara de extrañeza.

Germán también se percató de ello, pero no le hizo ningún comentario.

El Jefe comprobó que yo estaba ansioso por conocer esas noticias que le acaban de proporcionar. Mis cansados ojos clavados en los de él se lo hacían comprender con total claridad. Me miró con mucha intriga. Supuse que no daba crédito a todo lo que estaba acaeciendo, pero la realidad era la que era. Le vi leyendo el contenido con mucho interés.

—Lo siento, pero esto se te está complicando.

Me extrañó, esperaba mejores noticias.

—Me informan que no existe ningún Leandro Vicente hospedado en este hotel. La persona que ocupa esa habitación 131 es un tal José Luis Reyes, y según consta aquí, la tiene pagada hasta mañana, que es cuando tiene dicho que la abandonará.

No podía ser. Era imposible. Yo había estado siguiendo a ese tal Leandro y su habitación era esa. Lo había visto meterse en ella hasta en dos ocasiones.

Todo empezaba a liarse mucho más. Lo positivo era que iba en un solo sentido. La información hasta ese momento era que el coche que

me habían robado resultaba estar en el aparcamiento y el cabrón al que yo estaba siguiendo no se llamaba como se suponía. La madeja dejaba un cabo suelto por donde tirar de ella. Debía de ponerme rápidamente a tirar de ese hilo para desenmarañarla.

Germán amplió la información ofreciéndome unos detalles muy interesantes, aunque no por ello dejaban de ser inquietantes:

—Al parecer, ese supuesto José Luís Reyes, cuando llegó pagó al contado y por cierto… —sus pausas me ponían nervioso. Estuve a punto de decirle que si seguía así me iba a dar algo—, el hotel no tiene constancia de que tú tuvieses ningún coche alquilado. Y mucho menos de que ellos se hayan encargado de hacer esa gestión directamente. Dice el recepcionista que una persona se personó esa misma mañana y les dijo que cuando llegara al hotel el señor Gumersindo Hierro, es decir: tú, te debían hacer entrega de las llaves del coche que él mismo dejó estacionado en el aparcamiento.

La balanza romana de mi suerte se inclinaba hacia un lado que no me ayudaba en absoluto. Debía intentar poner peso en el otro platillo para que se decantara a mi favor. Se me ocurrió una proposición que por suerte aquel hombre acabó aceptando: —Eso es fácil de averiguar. Ese Leandro, o José Luis Reyes, como quiera que se llame; tiene que estar en la habitación 131. Como os he dicho, yo mismo le vi entrar hace unas horas, cuando llegamos. Vine detrás de él. Comprobarlo y saldremos de dudas.

Germán no lo dudó ni un momento. De inmediato hizo llamar al recepcionista para que acudiese con la llave maestra y cuando se presentó salimos de aquel cuartucho donde estábamos con intención de ir a verificarlo. Yo detrás de ellos, o mejor dicho, en medio de ellos, porque Raúl no dejaba de pensar que yo me iba a escapar de un momento a otro.

Cuando llegamos a la habitación 131, comprobamos que estaba vacía. Nadie había dormido allí y nadie había usado ni toallas ni nada. Era como si no se hubiese tenido huésped alguno. Sin embargo, se pudo averiguar, por las cámaras de seguridad instaladas en recepción, que aquel hombre —el que según el hotel era el señor Reyes y el que según yo era Leandro— entró delante de mí esa misma noche. Tal y como yo decía.

Por suerte en el hotel había un dispositivo de videograbación y se pudo verificar, aunque por desgracia era el único y solo apuntaba a la zona de recepción. En aquel momento me acordé de la asquerosa ley sobre las cámaras de vigilancia y la obligación de tener un letrero bien visible que indique que están instaladas. Esa Ley es tan estricta, y a mi juicio tan absurda, que muchos ni se plantean instalarlas, salvo para poder evadir las intenciones de robo, cosa que les da muchas oportunidades a los delincuentes. Éste era uno de esos casos.

Aunque tanto la comitiva judicial, como los miembros de la científica, trataron de no hacer demasiado ruido, al llegar al hotel se armó un revuelo importante y algunos de los clientes de aquella planta terminaron por averiguar lo ocurrido. Varios se quejaron por las molestias causadas. Los policías de uniforme trataron de hacerles entrar en sus respectivas habitaciones pidiéndoles las disculpas pertinentes. No todos obedecieron. Curiosos siempre hay y en casos como ése; al no ocurrir afortunadamente a diario, dan mucho morbo y es difícil resistirse a fisgonear. Tal y como ocurre en los accidentes de tráfico donde parece imposible no reducir la marcha al pasar por el lado del lugar del siniestro y comprobar qué es lo que ha ocurrido, ver cómo está el panorama y comprobar si hay sangre. A partir de ahí, durante unos kilómetros, conducimos prudentemente y a una velocidad…, digamos que adecuada. Luego nos olvidamos y, como si no hubiese pasado nada, el pie se hunde como si el pedal no existiese. Claro que yo no. Ni a ninguno al que le preguntes.

Después de que el forense hiciera su examen, y que su señoría decretara el levantamiento del cadáver, entraron en el escenario del crimen una serie de individuos que se encargaron de meter aquel cuerpo que horas antes había estado regalando placeres a cambio de unos euros, en una bolsa negra que cerraron con una cremallera. Todo ello sin que la pobre desgraciada pusiera objeción alguna. Aún no he conocido a nadie quejarse por el trato recibido en esos casos.

El circo continúo con la aparición en escena de unos sujetos vestidos con monos de papel de color blanco y equipados como si la habitación estuviese contaminada por el virus del Ébola. Estos revisaron tanto la habitación en la que yo me alojé como la de mi objetivo.

Aquella inspección ocular, como yo había supuesto, dio resultados negativos respecto a mis intereses. Encontraron muy pocas huellas y casi todas inservibles por ser muy antiguas.

Las que había estaban borrosas y superpuestas. Los especialistas tenían claro que debían pertenecer a los muchos clientes que habían pasado por allí. El servicio de limpieza había dejado aquello como una patena cada vez que la habitación cambió de huésped. De mí, sí que encontraron algún rastro, como era de cajón. Yo ya daba por hecho que iba a ser así. Mis improntas dactilares y palmares estaban en aquel teclado del ordenador y en la tapa. Fue entonces cuando recordé haberlo cerrado yo mismo cuando fui al hotel en el que me esperaba mi cliente. Además de un archivo en blanco con el nombre de mi investigado y la existencia de varios *e-mails* que se suponía que el señor López le estaba enviando a su secretaria de Madrid y que luego resultó que se los había enviado yo, desde un correo a mi nombre, a una tal Amanda Montané; supuestamente una querida con la que yo

mantenía, desde hacía tiempo, una relación un poco extraña y que según rezaba en aquellos mensajes, la chica era una mujer — por no llamarla prostituta, ya que ahora, aunque esté muerta, me parece una falta de respeto hacia ella— que trabaja en un club de alterne a la que, de forma insistente, parece ser que yo le pedía que dejara de ejercer esa profesión.

Germán me informó, ampliando ese tipo de detalles, que el último mensaje, que se suponía que yo le había enviado, era de ese mismo día y en él la amenazaba diciéndole que esa misma tarde iría a recogerla al club donde trabajaba y que me la llevaría de allí para siempre.

Ya no podía desprender más gotas de sudor. Empezaba a sentir rampas en brazos y piernas. Temí que fueran espasmos y que derivara en algo peor para mi salud.

Hubo un momento en que vi a la Juez hablando con Germán mientras Raúl me custodiaba con más esmero que lo haría el propio cancerbero de tres cabezas en la puerta del infierno. Su señoría era una mujer esbelta, relativamente joven. Su cara transmitía cierta indolencia, posiblemente acostumbrada a verse en esos trances bastante a menudo. Yo estaba seguro que ella no quería tener un problema como aquel en su juzgado y le había pedido que se resolviese de un plumazo. No tenía cara de gustarle salir en los medios y menos por un caso así. Noté que dirigió la vista hacia mí y que asentía con la cabeza alguna cosa que Germán le estaba refiriendo. Algo que me hubiera gustado saber. Quise averiguar qué narices era y hubiera pagado por ello. Pensé que él me podía estar haciendo responsable directo de aquella muerte y que le estaría explicando que me iba a poner de inmediato a su disposición, o quizás, y así lo preferí pensar, que estuviese tratando de convencerla en que él me creía inocente y que iba a proceder a buscar el verdadero culpable.

Deseaba que fuese esa segunda opción.

Suelo rezar pocas veces, pero aquella vez lo hice. Me encomendé a Dios y a las vírgenes de Fátima y del Pilar. Puede que también lo hiciera con algún santo más. En ese momento toda ayuda era poca, aunque fuese celestial. Aun así me arriesgaba a que pudieran echarme encara que me acuerdo de Santa Bárbara solo cuando truena.

19

Estaba muy confundido. Por un lado tenía la impresión de que el tiempo pasaba muy deprisa. Desde que encontré a aquella mujer muerta en mi habitación todo sucedió demasiado rápido: la llegada de la policía a la habitación, mi detención como autor del crimen, la presencia de la juez y todos los que vinieron con ella…, y sin embargo, por otro lado me parecía que todo iba muy lento. Tanto tiempo tratando de oficializar todo y sin embargo nadie se decidía a ir a por el verdadero causante de aquella muerte.

Si ellos pensaban que lo tenían delante estaban equivocados. Y yo perdido.

Me dejaron una de esas toallas con el anagrama del hotel para que me pudiera lavar la cara y asearme un poco. También unas de esas toallitas húmedas y aromáticas, creo que de limón —seguro que me la trajeron de la cocina porque era de esas que te ponen cuando comes marisco—. Me la ofrecieron para que me pudiera quitar la tinta con la que cubrieron las yemas de mis dedos. Habían impregnado mis crestas capilares con uno de esos tampones para que los especialistas comparasen mis improntas con todas las habían encontrado en la inspección ocular. No hubo manera de que me quedaran los dedos limpios. Deberían usar un escáner; es mucho más limpio y ya toca que vayamos modernizando a nuestra policía. En el CSI he visto ese procedimiento mucho más innovado.

La madrugada se empezaba a hacer muy larga. Una pareja de uniforme se quedó custodiándome mientras Germán y Raúl mediaban con sus compañeros de la Policía Judicial y un par más de miembros del grupo de investigación que el propio Germán capitaneaba. Esos fueron los últimos que acudieron al espectáculo al que yo, sin voluntad alguna, se suponía que les había invitado. Lo que no recordaba era haber repartido entradas. De haberlo hecho, las habría cobrado y habría obtenido una pasta gansa. Allí ya éramos demasiados.

El policía de uniforme que me acompañó al lavabo se encontraba a mi espalda, viendo y oyendo como mi chorrito golpeaba, como una cascada amarillenta, la imagen de una chica que se desnudaba al tiempo que yo la iba mojando. Nunca he entendido la gracia que tiene eso, y daba por supuesto que en el inodoro de las mujeres deberían haber colocado la imagen de un tío cachas y con unos abdominales de escándalo, o con un miembro de esos artificiales y que en la vida real no existen, salvo el de Nacho Vidal y sus hermanos, en el caso que tenga alguno —al menos eso es lo que les digo a mis amigas para que

puedan creer que mi tamaño en más bien el de la media. Jamás he conseguido engañarlas—. En una ocasión, mi amigo Bauti, el del bar "Ke Kafé" donde suelo acudir a cenar una vez por semana —a veces dos— , me reconoció que esas cosas se ponían para tratar de que los tíos apuntaran a la pegatina y no se mearan fuera. En ese caso y desconociendo si era así, no entendía el uso que le podían dar las chicas. A ellas les debería resultar muy complicado apuntar mirando el adhesivo sin levantar el culo de la taza. Mi consejo, que solo tenía utilidad para los tíos, fue que pusiera en el techo la foto de una tía en pelotas, de esa manera se verían obligados a sentarse si la querían ver bien. Con la chorra dentro era más difícil mearse fuera; tal y como les pasa a ellas. Sería la forma de mantener limpios los lavabos de los caballeros.

No os lo vais a creer, pero lo hizo. La colocó como le dije, y un par de semanas más tarde me comentó que ninguno de sus clientes le comentó haberse dado cuenta de que estaba allí enganchada. Como el suelo se le seguía inundado de inmundas y asquerosas meadas, volvió a colocarla otra vez en el interior.

Algo más despejado, pero inevitablemente abatido, pude ver como finalmente todo aquel séquito de funcionarios se marchaba y dejaban de hacer acto de presencia y ruido. Los hombres de blanco, a los que solo les faltaba que en su espalda estuviese el símbolo de la Nasa para hacer creer a los curiosos que eran astronautas, también recogieron sus maletines y artilugios. Lo que no pudieron llevarse fue todo el polvo de color negro que dejaron adherido en las dos habitaciones.

Cuando se marcharon los profesionales encargados de localizar las posibles evidencias, nos quedamos en la habitación Germán, Raúl, un servidor y Fernando, otro componente de su equipo de investigación.

El rictus serio de Germán, cuyo mentón me parecía cada vez más cuadrado, contrastaba con la tez lechosa de Raúl o el exceso de bronceado de máquina que mostraba la nueva incorporación, al que, por su comportamiento hacia mí, entendí que Raúl le había transmitido una información imparcial y confusa del caso y, sobre todo, lo que pensaba de mi posible autoría. Lo deduje porque Fernando me miraba con la misma desconsideración que lo hacía él, solo que éste, me pareció algo más amable gracias a los hoyuelos que se le formaban en los mofletes cuando sonreía y el azul profundo de sus separados y achinados ojos. Esperaba que este fuese más analítico y profesional. Raúl no me lo parecía.

El jefe decidió ponerse a investigar de verdad y quiso hacer las últimas pesquisas en el lugar de los hechos. Me dio la sensación que había decidido ponerse manos a la obra. Cosa que me animó.

Bajamos al aparcamiento. Vi que mi coche estaba allí. Se suponía que me lo habían robado, No lo entendía, pero así era.

Observé que también lo habían registrado e inspeccionado al detalle, en este caso el polvo con el que habían tratado de buscar huellas era de color blanco en unas superficies y negro en otras.

Germán, que daba por hecho que yo lo sospechaba, se vio obligado a informarme que ese reconocimiento se había llevado a cabo con la intención de localizar evidencias que le llevaran a encontrar alguna hipótesis con la que despejar dudas, y así fue.

En el maletero vi el sobre con los datos de la persona que yo estaba vigilando. El mismo Germán me informó que le habían dicho que, tanto en el sobre, como en los folios que había en su interior, solo se encontraron huellas mías, de nadie más. Dato que no me sobresaltó en absoluto. Yo, eso, ya lo suponía. Era mi sobre y en ello, los interesados en culpabilizarme, habrían puesto todo el cuidado del mundo.

También estaba la bolsa con mis pertenencias personales.

No me dijo nada más pero comprendí que con su mutismo quería darme a entender que eso no significaba nada ya que podía haberlo preparado yo perfectamente como coartada.

Ni la brisa fresca de aquella mañana, que aun parecía no querer despertar, ni el color ámbar con el que el amanecer empezaba a teñir el cielo, me daban buenas esperanzas. Veía tan complicado demostrar que yo no tenía nada que ver en todo aquello, como que a estas alturas se pudiera descubrir el paradero de Cristina Vergua, la chica que desapareció en Cornellá de Llobregat y de la que jamás se volvió a saber nada a pesar de que su cuerpo se llegó buscar por todos lados, incluso removiendo el vertedero del Garraf. Siempre pensé que todo fue una lenta y mala actuación policial como lo pienso en el caso de Marta del Castillo. Esperaba que el mío no acabase con la misma gestión policial y que Germán fuese más resolutivo.

En el asiento del copiloto habían encontrado varios cabellos de la fallecida y, sobre el salpicadero, sangre de la misma mujer que apareció en mi cama. Alguien, tal y como les explicó el testigo que lo vio, debió encargarse de aplastar allí su hermosa cara dejando unas ilusiones que nunca iba a poder obtener y que, con toda seguridad, le habrían prometido cuando la pusieron a trabajar como prostituta. Aun así, los expertos no encontraron ninguna huella mía en el volante. Ni la de nadie. Aquello estaba tan limpio como una patena. Alguien se había encargado de esa parte de la limpieza a fondo. Me parecía que, desde que yo había llegado a Madrid, la gente se había convertido en seres mucho más cuidadosos y pulcros que de costumbre.

Aunque nada cuadraba del todo, eran muchas las evidencias en mi contra. Lo tenía realmente mal y empezaba a verlo todo muy oscuro y complicado.

Para los policías aquello empezaba a apestar por todos lados, lo cual conducía a que el inspector Germán tuviese que hacer increíbles

esfuerzos por creerme. Yo sabía que lo intentaba y que se esforzaba en aceptar como autentica aquella historia que yo le había contado.

Debía de insistir en hacerle comprender por todos los medios que aquello era una trampa muy bien preparada. Así que opté por empezar a tomar mis propias iniciativas y llevarlo a un terreno en el que él pudiera seguir una línea de investigación. Al fin y al cabo, el que sabía exactamente lo que yo había hecho, era yo mismo.

Ahora solo faltaba que él pudiera comprender y aceptar lo que yo no había hecho.

20

El coche acabó siendo retirado y conducido al depósito municipal para posteriores inspecciones. Nosotros regresamos a la sala donde el hotel amablemente nos había dejado estar durante las últimas horas.

No tenía tiempo. Si no actuaba rápido seguramente me trasladarían a comisaría y empezarían a rellenar las diligencias de mi detención, me tomarían una declaración, me leerían oficialmente mis supuestos derechos, me comunicarían aquello de que si no tenía abogado podría solicitar uno de oficio, me harían las correspondiente fotografías de frente y desde distintos ángulos, me volverían a efectuar el siempre y desagradable procedimiento de la toma de huellas, que en esa ocasión sería para cumplimentar la ficha como detenido por homicidio, y después, por último, me llevarían ante la juez para que ella pudiese decidir si decretaba mi ingreso en prisión o si me ponía en libertad provisional bajo fianza, lo cual significaría que, en cualquiera de los dos casos, quedaría como imputado en un delito de asesinato, tanto si era culpable como si no. Y yo, no lo era.

La cabeza parecía estallarme. Era consciente que de ser así saldría en todos los medios de comunicación: televisión, prensa, radio…, y quedaría marcado de por vida por algo que nunca llegué a hacer. Si no se acababa averiguando la verdad, cumpliría una injusta condena, encerrado en alguna prisión maloliente e inmunda, a la espera de un juicio sin posibilidades de salir indemne. Se convertiría en unos años de una pérdida de libertad que nadie me devolvería jamás. Y si, en el mejor de los casos, tenía la suerte que finalmente se solucionase y que se pudiese demostrar que yo no era culpable, entonces, quedaría en libertad. Pero…, jamás se limpiaría mi imagen. Sin duda quedaría destrozado como persona. Como le ocurre a otros tantos.

Me preguntaba cuántos hombres y mujeres podrían encontrarse en esa misma situación por culpa de ese tipo de injusticias. Vivimos en un mundo en el que no nos importa lo que le pueda ocurrir al prójimo. Un universo en el que cuando un juez le pone a alguien la etiqueta de imputado, ahora investigado, nosotros mismos somos los primeros en creernos a pie juntillas que se merecen ese castigo sin pararnos a pensar el daño que podemos estar haciendo en el caso que no sea cierto y que se hayan equivocado.

Germán había estado muy pendiente en saber lo que ocurría tras la presencia de la juez y las pistas que pudiesen haber encontrado sus compañeros. El caso era que, hasta ese momento, nada le hacía decantarse hacia ninguna hipótesis y yo se lo notaba. Me di cuenta

que en su libreta había ido tomando varias notas. Algunos detalles y pormenores que, por lo que yo pude apreciar, tampoco le llevaban a ninguna conclusión. Le vi retorcer varias veces su bigote.

Yo solo gozaba de una oportunidad y me tenía que tirar al ruedo sabedor que iba a lidiar con una bestia con los cuernos sin afeitar y eso, era un peligro porque me obligaba a tener cintura y ser muy esquivo con todo aquello que él pudiera ver en mi contra o que le hiciera pensar que trataba de engañarle. Sin duda yo era muy consciente de la cantidad de elementos que tenía en mi contra. En aquella situación nadie apostaría en mi favor, era un caballo perdedor. Sin embargo, estaba dispuesto a sacar la capa y dar los primeros lances, consciente de que en el momento que él creyese que le pudiera estar mintiendo me empitonaría sin compasión. Tenía que ser muy preciso. Me lo jugaba todo a una sola carta.

—Germán, no te conozco de nada. Pero me pareces un tipo que sabe reconocer a distancia a un asesino y diferenciarlo del que no lo es —su mirada se centró en mí como si quisiera descubrir segundas intenciones—. Te agradezco la compasión que estás demostrándome, porque sé que te la estás jugando. Son muchas las circunstancias que te pueden hacer pensar que yo soy el responsable de esa muerte, pero déjame que te haga una pregunta —la pausa fue minúscula, no podía dejar que me impidiera seguir exponiendo lo que quería transmitirle —: Con el montón de pruebas que parece que he ido dejando por donde he pasado, ¿De verdad crees que me hubiera quedado en la habitación esperando a que me pillaseis? ¿Me crees una persona capaz de cometer tantas gilipolleces y ser tan ingenuo?

Aquel hombre seguía observándome fijamente. Sin pestañear. Me estudiaba. Sin embargo sus compañeros, atónitos, lo miraban tratando de adivinar su posterior reacción.

Continué.

—Por lo que habéis podido averiguar; se supone que he limpiado todas las huellas que podría haber dejado en el coche, pero aun así, después me he dejado ver pegándole una paliza a una mujer. Además, en la habitación os dejo un ordenador con mis huellas y todos esos correos para que me podáis pillar ¿No crees que eso sería totalmente absurdo?

No contestó. Se rascó su huesudo mentón mientras mordía el pulsador de su bolígrafo y me miraba de forma pensativa. Luego vi que anotó algo en su bloc y a continuación les hizo una señal a sus ayudantes para que salieran con él al pasillo.

—¿Lo dejamos solo? —preguntó Raúl ante la mirada de Fernando, el último que se había acoplado al grupo de mis custodios.

Germán le clavó una mirada inquisidora que yo interpreté como un: *«no me toques los cojones. Sé que piensas que es el asesino, pero hay*

que demostrarlo», o al menos así quise imaginarlo y eso me dio una especie de alivio. Pensar lo contrario sería idiota por mi parte.

Recé para que fuese así. Confiaba en aquel hombre.

Olía a leche y café.

Deduje que estábamos muy cerca de las cocinas del hotel y que ya estaban empezando a preparar los desayunos para sus huéspedes. Me imaginé a toda aquella gente alrededor del bufet de las pastas y pastelitos de crema y chocolate mientras comentaban lo que allí había ocurrido esa noche y la reacción de los clientes de otras plantas que, ajenos a lo ocurrido, ponían cara de sorprendidos.

— *«Si. Yo lo escuché. Cuando me duchaba me pareció oír un ruido, como el de un disparo con silenciador»*

— *«Yo tenía la tele puesta y no me enteré de nada, pero cuando escuché ruido en el pasillo y salí, vi que estaban sacando a una persona en una de esas camillas de enfermería.*

Era una bolsa negra como las que se ven en las pelis»

Entre tanto que Germán y sus esbirros estaban charlando en la puerta, recapacité en mi cliente y en la posibilidad de que él tuviera algo que ver en todo aquello. Me debatía entre la eventualidad de que ese tal Leandro, ignorando que su jefe le pudiese poner un investigador, aprovechó ese viaje para cargarse a su puta, o aún mejor, que aquello hubiera sido algo tramado por el propio cliente y que su comercial fuese tan solo un mandado para distraerme y poder llevar a cabo su plan. Pero…, de ser así… ¿por qué? ¿Qué podría tener ese hombre en contra mío como para hacerme algo así?

Por otro lado, me pregunté por José Jurado, el tío que me agredió en la puerta de los juzgados. Coincidía en el tiempo. También cabía la posibilidad que él tuviera algo que ver.

Éste sí que tenía un motivo: la venganza. Aunque lo veía demasiado desproporcionado. Lo que le hice no fue para tanto. O quizá para él sí. Sin embargo esa hipótesis me parecía bastante inviable. Él no sabía que yo me iba a Madrid. Era imposible que él me hubiera montado todo eso, a no ser qué…

No… No podía ser…

Eso que en ese momento me vino a la cabeza de Olga era imposible.

21

Germán y los chicos entraron de nuevo en aquel reducto de sala donde me tenían encerrado. De pie, junto a la puerta, el jefe se me quedó mirando fijamente mientras se seguía rascando su mentón. Ahora el bolígrafo lo tenía en la boca a modo de cigarrillo. Supuse que podría ser fumador y que echaba de menos aspirar el humo caliente y envenenado de nicotina, aunque deseché rápidamente esa posibilidad, su ropa no olía para nada a tabaco. No podía decir lo mismo de su compañero Fernando.

En ese justo momento sonó su teléfono. Miró la pantalla y comprobó que era alguno del equipo de investigación de su comisaría. Lo mencionó en voz alta. Por lo visto les había encargado hacer algunas gestiones.

—Si dime.

…

—Ajá. —clavó sus ojos en los mío. Su semblante me mostraba una exagerada seriedad.

Tanto, que me puso muy nervioso.

…

—Gracias Pablo. Seguid y cualquier cosa me llamáis, aquí nos queda ya poco que hacer. Pero de momento nos quedaremos. Tengo que aclarar algunas cosas y este es el mejor lugar para hacerlo. Ya os avisaré cuando decida regresar a la Comisaría.

Cuando terminó de hablar se dirigió a mí. Su silencio me taladraba el alma. Me sentía como un pajarillo en el nido esperando a que su madre le ponga algo de comer dentro de su pico.

—Gumer. Te están creciendo los enanos —mostró una cara de incredulidad y parecía enfadado conmigo—. Me acaban de informar que anoche, sobre las diez, fuiste al Club Model's a recoger a la misma mujer que encontramos en la cama de tu habitación y que ahora está de camino a la mesa del Anatómico Forense para que le hagan la autopsia. La chica trabajaba allí y hay cámaras en las que se te ve llegar con el coche y a ella subirse después en él ¿Qué tienes que decir a eso?

Me quedé pensativo durante un segundo. Enseguida reaccioné.

—¿Se me ve a mí, o el coche? —se lo pregunté consciente de saber la respuesta que me iba a dar. No había otra.

—Me han dicho que nadie bajó en ningún momento del vehículo. Pero eso no me importa para nada. Está claro que ella debía saber que tú estabas abajo esperando para recogerla. La podrías haber llamado antes. La matrícula del coche es la misma del que está abajo aparcado.

—Ah, claro… —traté de que viera que me parecía ridículo—. Pues entonces…, si crees que es así, mira en mi móvil y comprueba si existe esa llamada. Si la llamé para decirle que estaba allí esperando debería estar hecha desde mi teléfono. La matrícula sabes perfectamente que la pueden haber doblado para que parezca que era yo el que acudió ahí. Estamos hablando de un vehículo en el que no habéis encontrado ninguna huella mía.

—Sabes perfectamente que podrías haber utilizado otro móvil y haberte desecho de él, y las huellas del coche haberlas limpiado —Germán demostraba ser un gran policía. Un sabueso acostumbrado a tratar con maleantes escurridizos y aquello hacía que no fuese fácil que aceptara cualquier pretexto que yo le pudiera dar como respuesta. Yo tenía que afinar mucho más si quería que me creyese.

—Sí, claro. Y luego voy y cometo el resto de errores. Soy un tío tan listo que me preocupo de tener dos teléfonos para poder llamar a esa tía y sin embargo voy a buscarla al puticlub donde dices que trabaja. Acudo allí tan tranquilo, con un coche alquilado que han dejado en el hotel a mi nombre y cuando todo el mundo sabe que esos antros tienen cámaras por todas partes. Luego le doy una paliza en el mismo coche y seguidamente la remato en mi propia habitación; degollándola. Habitación donde además tengo un ordenador con mis huellas y con todos los correos que le he ido enviando diciéndole que me la iba a llevar a Barcelona.

Eso sí —dije a modo de comentario irónico para que entendiera con rotundidad que lo que le estaba exponiendo era totalmente viable y cierto—: Después de cometer todas esas idioteces limpio el coche para que no podáis encontrar mis huellas ¿Tú te lo crees? —hice otra pausa que todo el mundo respetó mientras parecían estar digiriéndola. De inmediato continué—. Puedes decir lo que quieras Germán. Pero sé que tú no te crees esa historia. Sabes igual que yo que es un montaje para encalomarme este marrón. La putada es que no tengo ni puta idea por qué me han hecho esto a mí. Te lo juro.

El pupilo de Germán alucinaba. No podía creer lo que allí estaba pasando. El asesino de aquella mujer y su jefe estaban enfrascados en una disertación sobre las posibilidades que existían para demostrar que yo no había sido el autor y que alguien había montado todo aquel circo.

— *«Estos dos son mejores que el guionista de la película The Game».* —deduje que estaría pensando.

Germán continuó.

—Vale. Puede que hayan montado todo esto para que parezca que tú eres el responsable, pero tienes que aceptar que no te va a creer nadie. Tienes demasiados elementos en tu contra. Tendrás que demostrarlo y no te va a valer con explicarle a la juez lo que me estás

contando a mí. Sabes que si no aportamos alguna prueba concluyente no podrás convencer a nadie.

Ciertamente hay cosas que son irrefutables y aquel hombre tenía más razón que un santo.

—Lo sé. Pero tú sí puedes ayudarme a conseguirlo. Tú eres el único que puedes dar con los responsables de esto. Solo tienes que decidir si quieres ver a un inocente en la cárcel o si realmente quieres meter en chirona a los que hayan montado este sarao. No será fácil, lo sé.

Pero si me haces caso, y confías en mí, esto puede acabar siendo para ti un servicio muy grande y a mí me salvas la vida. Piénsalo, por favor. Sé que puedes intentarlo. Te necesito.

Implorarle a aquel hombre era la única posibilidad que tenía y no dudé en hacerlo.

Germán se me quedó mirando sin decir nada, después giró hacia sus compañeros, que por cierto, ellos también lo estaban observando con caras de búho. Ambos tenían los ojos como platos y la boca abierta como peces. Incluso me recordaron a la misma boca que pongo yo cuando los miro detenidamente en el acuario que existe en la tienda de animales frente a mi casa.

—¿Tienes algún plan maravilloso para salvarte? ¿O debo ser yo el que busque el salvavidas? —Lo tomé como un imperativo para que me pusiera a pensar y le señalara el camino a seguir.

—Déjame que piense un momento. No he tenido demasiado tiempo para hacerlo. Todo ha sido muy rápido.

Me lo concedió y me puse a repasar todo lo que me hiciera evocar algo con lo que saber quién, cómo y por qué alguien podía querer hacerme aquello a mí.

Bajé la cabeza, coloqué cada una de mis manos junto a mis orejas y clavé los codos en las rodillas. Un minuto después comprobé que Germán, de pie y con un semblante imperturbable, estaba esperando de mí una respuesta.

22

Mientras ordenaba mi cabeza para poder trazar un método a seguir, opté en adelantarme y contarle a Germán lo que me parecía conveniente que debería hacerse en primer lugar y de manera urgente. Sin saber cómo, él había puesto la baraja en mi mano y ahora me sentía como un *crupier* repartiendo juego en una partida en la que yo era uno de los jugadores y precisamente el que más tenía a perder.

—Creo que deberías solicitarle a su señoría el que te permitiera sacar la noticia en prensa, pero haciéndolo de un modo concreto. Mostrando la información que necesitamos que se sepa. Debes tener amigos en los medios, estoy seguro. Sabes a ciencia cierta que a estas horas, esos buitres de los medios de comunicación ya se habrán enterado de lo ocurrido y que sacarán esa noticia como les plazca. Deberías adelantarte y controlarla para que lo que se diga en prensa sea lo que más nos interesa para la investigación. Entiendo que lo primordial es que se conozca que se ha detenido al autor, sin dar datos míos. Eso les mola y queda muy bien lo de: “se mantiene el secreto de sumario”. Los que han llevado a cabo este crimen deben estar esperando leer esa noticia. Si conseguimos hacerles creer que su plan ha salido a la perfección actuarán con normalidad. Estarán confiados y tendremos mucho a nuestro favor.

Germán no dijo nada, esperó a que yo continuase. Sabía de sobras que tenía alguna cosa más que decirle. Y así era.

—Tenemos que saber quién es en realidad Leandro Vicente y si existe ese tal José Luis Reyes. Como bien sabes, es con ese nombre con el que quisieron que Leandro estuviera inscrito aquí en el hotel. Sobre todo tenemos que averiguar quién es mi cliente. Según me dijo, se llama Manuel López y después de darle muchas vueltas quiero creer que todo este desagradable suceso es algo tramado exclusivamente por él. Los datos suyos y los de su empresa están dentro del sobre que habéis cogido del maletero. Es importante que sepamos quién y desde dónde han llamado para hacer mi reserva y la de la persona que yo he venido siguiendo, tanto si se llama Leandro o José Luís, o como narices quiera haberle puesto su maldita madre. No quiero decirte cómo has de plantearlo, pero no estaría de más saber quién y desde dónde se ha hecho la reserva del hotel y la de los coches alquilados. Estoy seguro que mi coche era un duplicado del que ellos han puesto aquí; es imposible que hayan podido ir a buscar a la chica con el que me han robado, traerla hasta aquí, golpearla contra el salpicadero, estacionarlo dentro del hotel y subirla a la habitación en tan poco tiempo. Han tenido toda la tarde para hacerlo mientras a mí, mi

supuesto cliente, me hacía dar vueltas por Madrid detrás del cebo que me había preparado. Por eso intuyo que tiene mucho que ver en esta trama. Es evidente que mientras mi objetivo se paseaba por el parque, haciéndome creer que quería que se le pasara la falsa borrachera, fue cuando metieron el otro coche aquí dentro. Imagino que cambiaron mis cosas del maletero y que luego se llevaron el coche que yo conducía. Por eso no están mis huellas en el que está estacionado abajo en el aparcamiento. No porque yo las haya limpiado, sino porque no es el coche que yo había estado conduciendo. Ellos debían tener las llaves de los dos vehículos.

La memoria cognitiva no la puedes controlar. Te retrotrae en el tiempo como si tuvieses dentro de tu cabeza un teletransportador imaginario que te lleva a lugares y momentos en los que si quisieras recordarlos de forma expresa, posiblemente no lo conseguirías. En aquel momento mi memoria, sin yo quererlo, me situó en un escenario de cuando yo estaba trabajando con Antonio y Manolo en los Servicios de Información de la Guardia Civil, un servicio interno inicialmente creado con el único sentido de informar a los jefes de lo que pudiera cocerse dentro del cuerpo por los propios miembros, independientemente de su graduación. Grupo que alcanzó tanta eficacia, por riguroso y disciplinado, que al final acabó siendo uno de los mejores servicios de inteligencia del país y de donde partieron años después los servicios antidrogas, antiterrorismo e independentismo, delincuencia organizada y otros tantos departamentos que demostraron una superior efectividad en comparación con el resto de estamentos similares en otros cuerpos. Antonio era el jefe del grupo donde yo campeaba. Era el cabo y por lo tanto el que decidía, pero no el que llevaba la batuta. Le sobraban conocimientos pero le faltaba el temperamento de líder. Éramos un grupo homogéneo y él confiaba tanto en nosotros dos que se dejaba llevar por nuestras impetuosas y muchas veces arriesgadas decisiones. Hicimos numerosos servicios. Tantos, que ahora esas reminiscencias se dejan ver colgados en su pecho en forma de medallas y todo tipo de condecoraciones cuando viste el uniforme oficial. Galardones que muchos envidian, aunque de forma sana, yo entre ellos. Aún así me enorgullece saber que muchas de ellas están ahí gracias a mi cooperación.

Con Germán volvía a tener esa misma sensación de nuevo, la de director de orquesta, la de líder. Mientras yo exponía mis ideas él iba asintiendo con la cabeza a la vez que, en su pequeña libreta, tomaba nota de todos aquellos detalles que parecían que le estaban convenciendo.

Yo daba por hecho que se fiaba de mí y que estaba dispuesto a apoyar mi versión. Él no perdía nada. Si no podía probar que todo

hubiese ocurrido, tal y como yo se lo estaba relatando, ya tenía al culpable detenido frente a él. Fuese como fuese, él ya tenía el caso resuelto.

Como mientras tomaba notas no decía nada, opté por hacer un comentario más: —Evidentemente, todo eso más lo que a ti se te ocurra. Seguro que te vienen mejores ideas que a mí para traer algo de luz a este asunto tan oscuro. Pero… ¡Por Dios!… Necesito que me creas y que confíes en mí.

No hizo ningún comentario al respecto, simplemente me observó y se quedó pensativo.

Luego reaccionó.

—Ahora vengo —dijo dirigiéndose a sus compañeros Raúl y Fernando.

Con un gesto hizo salir de la habitación a Fernando.

Cuando los dos estaban en el pasillo se dirigió a Raúl.

—Raúl. Tú quédate con el señor Hierro —nosotros vamos a comprobar un par de cosas.

Se hizo un silencio que advertí como si pesara en la atmosfera húmeda que respirábamos y que nos estaba calando hasta los huesos. Antes de que se hubiese marchado le agradecí su apoyo y sobre todo que no me hubiera puesto en ningún momento más las desagradables esposas. Se lo hice saber a conciencia de que otros lo escuchaban.

—Espero no equivocarme —me dijo sin mirar atrás.

—Gracias. Mientras trataré de refrescar mi memoria para probar si recuerdo algo interesante —le solté cuando ya había perdido de vista su imagen en el pasillo y sin saber si me había podido escuchar.

Fue una noche muy larga.

Desde que Germán se marchó con Fernando, todos los del equipo de investigación de aquella comisaría estuvieron haciendo gestiones que más tarde supe que él les había encargado.

El caso podía acabar siendo el de un simple asesinato por parte de un detective gilipuertas que se había enamorado de una puta madrileña y al que ese romance, con tintes de celos y machismo, se le escapó de las manos. O todo lo contrario. Se podría convertir en uno de esos casos de dimensiones descomunales que acaban colocando medallas a toda una comisaría.

Raúl aprovechó el tiempo mejor que yo. Durante mi custodia dio algunas cabezadas, aunque intentó disimularlo sin conseguirlo. Menos mal que durante ese rato yo estaba más pendiente de intentar buscar algún motivo para averiguar quién había querido meterme en aquel embolado que de pensar en escaparme.

No recuerdo exactamente cuánto tiempo estuve allí custodiado por Raúl mientras me rompía la cabeza pensando la forma de desenmascarar a los responsables. Tenía muy clara la situación, pero

estaba muy lejos de saber quién había detrás de todo aquello, o mejor dicho: quiénes. Daba por hecho que debía tratarse de una organización bastante grande. Para hacer lo que hicieron se requería mucho dinero y personal. Debían estar implicadas varias personas. Lo complicado iba a ser demostrarlo e identificarles. Por lo que yo se sabía hasta ese momento, sus identidades eran falsas.

Demasiado montaje para achacarle una muerta a un pobre diablo como yo.

A Germán no le mencioné en ningún momento mis sospechas sobre José Jurado. Me parecía ridículo que aquel hombre pudiera montar semejante movida cuando ni siquiera fue lo suficientemente inteligente ni para evitar que yo le pillase trabajando en negro para otra empresa mientras él decía estar padeciendo una grave lesión de espalda que le impedía trabajar.

La operación que habían montado estaba muy bien organizada. El desplazamiento hasta Madrid, los viajes en avión, las molestias en acudir tantas veces a mi despacho, los coches alquilados, los gastos de hotel, el dinero que me dieron como adelanto y toda aquella infraestructura. A mi juicio llevaba implícito un montante de varios miles de euros, mucho personal y bastante tiempo de preparación y ejecución. Ese hombre no tenía esa posibilidad ni esa capacidad. Tenía que descartarlo y lo descarté.

Tampoco le había comentado a Germán nada sobre mi duda respecto a Olga. La forma con la que apareció en mi vida y el interés que puso tanto en acercarse a mí como en conocerme. Todo lo referente a ella me parecía muy extraño. Me preguntaba qué podría tener ella que ver. En todo caso Olga solo les serviría para dar información sobre mí y poderles decir dónde estaba yo en cada momento. Podría ser que, sin yo enterarme, me hubieran tenido totalmente controlado. Por eso, aquel hombre, acudió siempre a mi despacho cuando yo estaba dentro. Yo ignoraba si se podría haber presentado en alguna ocasión en la que yo no estuviese, jamás me lo comentó, más bien todo lo contrario. Siempre vino cuando sabía que me podía localizar allí y eso es bastante difícil con mi movilidad y tipo de trabajo. Al despacho solo voy cuando tengo una visita concertada o para redactar mis informes, poco más. Mi trabajo está en la calle.

Ahora tenía dudas, y no sabía si debía hacerle saber a Germán mi preocupación en ese sentido y contarle mis sospechas sobre Olga y su posible autoría.

Esperaría a sopesarlo mejor.

23

Sobre las ocho de la mañana, quizá un poco antes, llegaron Germán y Fernando. El inspector traía en su mano una bolsa de papel llena de porras recién hechas. Su olor impregnó la sala nada más hacer acto de presencia.

Una de las camareras del hotel venía detrás de ellos con una bandeja en la que, sin ninguna dificultad aparente y con extremado equilibrio, soportaba varias tazas de porcelana blanca con el anagrama del hotel y una jarra humeante de café que, con su característico aroma, invadió la estancia que yo ocupaba de buen grado. Lo normal hubiese sido que hubiese dormido en un calabozo. Estar allí fue un regalo concedido por el bueno de Germán.

Era curioso lo que en aquellos momentos sentía. Mi trayectoria profesional me había dado la oportunidad de salvar a varias personas que habían sido secuestradas por terroristas y de ellos siempre me llamó la atención lo del *"Síndrome de Estocolmo"* . Aunque también lo había estudiado en psicología policial, me parecía imposible que se llegara a ver como a una buena persona a quien te había tenido afinado en un zulo, mal comido y junto a tus propios meados y excrementos. Lo veía lamentable e insólito. Sin embargo, en aquel instante era yo el que me encontraba en esa tesitura. Aquellos policías me tenían privando de libertad por algo que yo no había hecho y en cambio, por el solo hecho de que Germán fuera condescendiente conmigo y me permitiera la posibilidad de estar en una sala de un hotel en lugar de en un calabozo, me parecía la persona más generosa del mundo.

—Buenos días chicos —Raúl se asustó. El brinco que dio en la silla no pasó desapercibido para Germán.

Todos nos dimos cuenta. Aun así, nadie comentó nada.

—Venga repongamos fuerzas —dijo Fernando cogiendo la mesa y colocándola de manera que todos pudiéramos sentarnos alrededor de ella y alcanzar las tazas y los churros.

Advertí en Fernando una actitud diferente a la que había tenido hacia mí durante la noche anterior gracias a los comentarios que Raúl le había ido haciendo. Comentarios que, aunque jamás escuché, sí que los pude interpretar. Deduje que Germán había ayudado a ese cambio de opinión sobre mí.

—¿Cómo va el tema? —pregunté.

El inspector me contestó con rapidez.

—Los chicos están trabajando en ello —su respuesta me recordó a

la famosa frase que dio Aznar imitando el acento tejano—. Yo he echado una cabezada en la comisaría. Si no descanso al menos media hora no puedo trabajar —realmente daba la sensación de estar mucho más relajado—. Hace unos minutos que acabo de llamar a los míos para preguntarles lo que habían averiguado y me han contado varias cosas que nos van a ayudar. Pero antes desayunemos.

Estaba claro que aquel hombre no medía el tiempo igual que lo hacía yo.

Germán observó de reojo a Raúl. Se dio cuenta de que estaba hecho polvo y se dirigió a él de inmediato mientras estiraba el brazo para coger una taza.

—Anda. Tómate el café y unas porras y márchate a descansar. Te necesito aquí dentro de tres horas como nuevo y bien fresco. Fernando se quedará conmigo, él también ha descansado un poco.

Raúl se acercó a la mesa obedeciendo las órdenes de su jefe. No tardó ni cinco minutos en marcharse de allí. El resto desayunamos con avidez.

Después de abrir su libreta y repasar algunas notas, Germán empezó a darme cuenta de algunos de los detalles que había obtenido de su equipo. Me percaté de que traía anotada mucha información. Me dijo que en su opinión, después de ver todo lo que habían montado, debía de tratarse de unos verdaderos especialistas y que sin duda alguna, aquellos tipos eran unos profesionales del crimen organizado. Comprobó que lo habían preparado a la perfección y que estaba seguro que debía existir algo muy especial y demasiado importante como para que esa gente me hubiera elegido a mí como señuelo para llevar a cabo un asesinato de aquella envergadura y cargarme a mí el muerto.

Mejor dicho: la muerta.

—En esta historia no hay nada ni nadie que sea real. No existe ninguno de esos individuos. Todos esos nombres son simulados. Ni Leandro, ni ese tal Reyes, ni tan siquiera el señor López. Y mucho menos la empresa de tu falso cliente. Según hemos podido saber, el número desde el que han llamado al hotel para hacer las reservas es el de un marroquí que vivía en Cornellá y que hace tres años que murió en la cárcel; en la Modelo de Barcelona. Ese es el mismo número de teléfono desde el que te llamaron cuando estabas en el aeropuerto de Barcelona. Número que por cierto ya nadie contesta a ninguna de las llamadas que le hemos hecho. Se ha comprobado también el domicilio de esa localidad de Cornellá donde se supone que debía vivir tu objetivo. En ese piso vive un matrimonio de más de ochenta y seis años, evidentemente jubilados y con un hijo deficiente de treinta y siete años, hijo del que estoy seguro que esos padres deben de estar

rezando cada día para que se muera antes que ellos por miedo a no saber quién se hará cargo de él cuando ellos falten. Hemos averiguado que no tienen más familiares.

Me quedé helado con el último comentario. No venía a cuento, pero me imaginé que, o aquella noticia le había afectado lo suficiente como para que la introdujese mientras me estaba explicando lo de esos tipos, o lo hizo para descolocarme y observar mi reacción. Notó mi perplejidad y enseguida continúo con el resto de la información.

—El coche con el que han traído a la chica hasta el hotel figura como robado desde hace tres meses. Es propiedad de una empresa de alquiler de vehículos situada en Sitges, se llama ANEM. La propietaria, una tal Teresa, nos ha dicho que está denunciado y lo hemos comprobado. También nos ha manifestado que ese mismo día les robaron dos vehículos de la misma marca y modelo. El servidor y la IP desde donde se supone que tú le has ido enviando los correos a la chica, está dado de alta a tu nombre particular desde hace un año y se hizo desde un locutorio de Sant Boi que lleva cerrado seis meses. El Golf con el que el supuesto Leandro fue hasta el aeropuerto de Barcelona también consta como sustraído. En cuanto a la chica… —cogió la última porra que quedaba. Me lo quedé mirando con cara de escepticismo ¿La queréis alguno? —preguntó.

Nadie contestó.

Sus pausas me ponían nervioso, pero sin duda lo hacía para eso. Fernando que lo conocía bien se sonrió sin más. Germán engulló la porra, le dio un sorbo a su café y prosiguió.

—De la pobre chica que se cargaron en la habitación se ha podido saber que llevaba trabajando en ese club solo tres meses. Al parecer venía de Andalucía, sin embargo nadie sabe con certeza de dónde, ni siquiera recuerdan quién la llevó hasta ese local. Por la información que nos han proporcionado pudiera ser que la chica hubiese aparecido pidiendo trabajo, pero eso no se lo cree nadie. Imagino que la traerían expresamente para ser parte de este circo, pero… —me miró para tranquilizarme—, pasémoslo por alto. Ese dato acabaremos averiguándolo. De momento no tenemos más información sobre ella.

Todos sabíamos que aquello no podía ser, pero igualmente éramos conscientes de que en ese tipo de antros lo más normal era que las chicas estén sin papeles y las pocas que los tienen están protegidas por fantasmas y tipejos que no rezan en ningún lado y que viven a costa de ellas.

—No es seguro —prosiguió Germán—, pero creemos que es Ucraniana o de un país de esos. Y puede que la hubiesen traído hasta aquí desde un club de Marbella. Mis chicos siguen haciendo gestiones en ese sentido.

Yo no tenía ni idea de todos esos datos, en cambio, había

imaginado que los tiros debían ir por ahí. Aquello me empezaba a parecer demasiado grande y seguía preguntándome por qué a mí.

Toda la información que me aportó era algo con lo que contaba, sin embargo hubo dos cosas que me llamaron la atención: el que hiciera tres meses que aquella chica llevase allí y el que pudiera venir de Marbella.

Eso me sonaba tanto que algo golpeó dentro de mi cabeza como el badajo de una campana en la noche de fin de año. Ese era el tiempo que más o menos yo llevaba conociendo a Olga. Intenté hacer memoria y así era. Hacía tres meses y una semana exactamente. Recordé que fue para el cumpleaños de Antonio. Y también me vino a la memoria que Olga me dijo que había estado viviendo en Marbella mucho tiempo y que venía de allí. En ese momento no estaba demasiado seguro, pero era algo así. Me inquietó que coincidiese ese tiempo y esa localidad.

Seguí sin comentarle nada de eso a Germán. Decidí de momento guardar esa información. Quizá no tuviera ningún sentido y que solo fuese fruto de la casualidad.

—Chico, piensa —me dijo Germán notando que me había quedado como despistado—.

Tiene que haber alguien con muchas ganas de meterte en el talego. Esto no lo han hecho porque sí.

Traté de disimular.

—Lo sé. Pero no tengo ni idea de quién y mucho menos de por qué. Le he estoy dando mil vueltas al tema y no consigo ver nada claro. Yo no soy tan importante para nadie. Se deben haber equivocado de persona.

Las venas de las sienes me iban a explotar de un momento a otro. Intenté aliviarlo haciéndome unas friegas con los dedos corazón. Noté que las gotas de sudor me corrían por la patilla. Hacía tiempo que no sudaba por nervios y eso no era bueno. La falta de concentración no era lo que mejor me iba en aquellos instantes de mi vida.

—Pues lo tienes muy mal. Es evidente que te han preparado una trampa, pero la juez no podrá excluirte de responsabilidad solo porque le digas que tú no has sido. Tienes que ponerte a estrujar esa materia gris que me has dado a entender que tienes ahí dentro. Piensa. Eres el instrumento de un crimen hecho a medida y lo fácil sería creer que lo has preparado a la perfección para que parezca una trampa y no poder encontrar a los verdaderos causantes y que de esa manera nadie pague por ello. Pero sabes que eso no funciona de esa manera. Así que no dejes que puedan pensar eso.

Tenía toda la razón. Aquel hombre me estaba dando la posibilidad de que yo hiciera algo por mí mismo. Me había dejado de forma sucinta un evidente mensaje. Me daba su confianza, pero comprendí

que en la letra pequeña también me dejaba muy claro que no tenía demasiadas esperanzas si no era yo el que le entregara la llave para que el abriera esa caja de pandora y poder dar con los verdaderos responsables. En definitiva…, que tenía que espabilarme y empezar a darle detalles que solo podía aportarle yo.

—Lo he estado repasando todo paso a paso. Desde que ese tal Manuel López vino por primera vez a mi despacho para interesarse por mis servicios, pero no hay forma. No consigo atarlo. Todo parecía una investigación normal y si embargo…

No sabía cómo expresarme, ni qué más decir. Nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos. Fernando estaba atento a nuestra conversación. Suponía que uno de los dos continuaría manifestando ideas que aportaran algo. Fui yo el que lo hizo y seguí expresándome en voz alta y lamentándome de haber sido tan ingenuo.

—¡Qué idiota fui! Me tragué que aquel hombre no sabía encontrar un archivo en el ordenador —me observaron los dos sin entender a qué me refería. Se lo aclaré—. Por eso estaban todas mis huellas en el portátil. Estaba preparado expresamente para que yo pusiera mis zarpas en él ¡Cabrones! Todo estaba orquestado desde el principio para que yo pareciese el responsable de este asesinato y caí como un imbécil. Puse mis huellas inocentemente y…

De pronto levanté la cabeza y mirándoles me quedé inmóvil, pensativo, con los ojos abiertos como platos. Me escrutaban esperando saber a qué se debía mi extraña e impetuosa reacción y que les dijese de qué se trataba. Fue como si en mis manos tuviese un décimo de lotería mientras comprobaba que mi número era el premiado con el gordo de Navidad. Noté como si mi cara hirviese y de inmediato se volviera tan blanca como la leche. Pegué un grito: —¡MIERDA! —no me pude contener.

Germán me miró alucinando mientras esperaba que dijera lo qué se me había ocurrido.

Pero yo no parecía poder continuar.

—¿Qué…? —dijo Germán nervioso.

Los tenía a todos en vilo. Aun así tardé unos segundos en reaccionar. Quise asegurarme de que, lo que acababa de venirme a la cabeza, tuviera visos de servir para algo.

—¡Ahora me cuadra todo! Estos cabrones han cometido un fallo. No. Mejor dicho, han cometido dos fallos. Pero…

—¿Qué pasa? ¡Cuenta, cojones! —exclamó Germán paranoico total.

Había conseguido sacarlo de sus casillas. Lo noté, pero en aquella circunstancia me importaba muy poco.

De pronto, como si alguien hubiese encendido un foco delante de mis ojos y me hicieran recordar aquel instante como si estuviese

pasando en ese mismo momento, lo vi todo muy claro. Estaba convencido. Aquella información haría que todo girase a mi favor.

¡Ya era hora! Lo necesitaba.

24

Cuando estaba dispuesto a seguir con mi explicación y argumentarle aquello tan importante que había podido recordar, sonó el teléfono de Germán.

No sabía qué hacer. Dudó entre atender la llamada o hacerme seguir y escuchar lo que estaba a punto de decirle. Miró la pantalla y me indicó con la mano que esperase un momento.

Por lo visto era importante.

Germán salió al pasillo para atenderla. Mientras, Fernando me miraba al tiempo que movía la cabeza. Intentaba hacerme saber que acababa de dejarles en ascuas, como fuera de juego. Salvo que estuviese equivocado, yo en aquellos momentos tenía la impresión de que había encontrado el arca perdida, y que con lo que acababa de evocar en mi agotada memoria podíamos dar con los responsables y yo, por fin, salir airoso de toda aquella farsa en la que me habían metido sin venir a cuento.

La conversación que mantenía Germán con su interlocutor, parecía no tener fin. En aquel instante, encontrándome solo frente a Fernando, estuve a punto de preguntarle el motivo por el qué había cambiado su comportamiento hacia mí, pero no lo hice. Deduje lo que me podría responder y obvié la pregunta. No me apetecía llevarme mal con el pobre Raúl. No es en absoluto entendible ni justificable, pero sé por experiencia que a muchos novatos les pasa lo mismo. Dan por hecho demasiadas cosas sin ningún tipo de información que las sostenga.

Luego se pegan el gran tortazo. Yo esperaba que en este caso fuese así.

Aquel hombre continuaba hablando en el pasillo. Me empezaba a poner de los nervios.

Estaba deseando contarles aquello que para mí era tan importante. Él debía estar hablando con algún superior porque lo trataba de usted y claudicaba algunas veces sin terminar la frase de lo que, sin lograrlo, intentaba explicar. Hasta el final de la conversación, y haber escuchado la palabra “su señoría”, no supe con quién lo hacía.

La Juez le había autorizado poner en práctica el tema relacionado con la prensa.

Aunque cuando colgó, y nos informó de ello, me guiñó el ojo y me dijo que ya lo había hecho antes de que ella le diera su permiso. Se la había jugado.

Mientras él había estado hablando, yo, mucho más clamado, estuve pensando en cómo iba a terminar de contarles lo que acababa de recordar. Las cosas con calma se expresan mejor.

Me quedé mirando las manchas de humedad que aquella pared tenía debajo del marco de aluminio de la ventana. Por allí debía colarse el agua de la misma manera que aquel día se había colado el diablo en mi cuerpo. Las manchas grises y pardas sobre el blanco de aquel tabique me hacían evocar los miedos de mi niñez cuando me asustaba al ver las sombras de la noche sobre la pared de mi habitación. Una pared en la que se creaban imágenes diabólicas que se movían convirtiéndose en fantasmas que luchaban por cubrir mi lecho y apoderarse de mí para llevarme a un inframundo del que estaba seguro que no volvería a salir jamás. O cuando buscaba figuras imaginables y caras de animales que aparecían en el papel pintado que cubría el tabique. Momentos en los que el miedo se apoderaba de mí y que, poco a poco, me fui familiarizando hasta poder vencerle.

Una vez que Germán estaba dispuesto a seguir escuchando mi versión. Me invitó a que continuara desde donde lo había dejado mientras se sentaba al revés en una de las sillas, colocando los brazos sobre el respaldo a modo de un jinete montado en su corcel.

Estaba claro que su expectativa era de carácter nervioso y había olvidado un poco su compostura. Eso me beneficiaba.

—Como te estaba diciendo…, esos tipos han cometido un par de fallos y eso nos puede ayudar. En el hotel de Barcelona, donde me reuní con mi cliente cuando me encargó este asunto de vigilar a Leandro, y donde yo estuve toqueteando aquel ordenador, acordamos empezar la investigación y me dio un sobre con dinero para que empezara el servicio al día siguiente de forma inmediata. Es decir…, ayer.

—¿Y…? —preguntó Germán impaciente y no encontrando sentido alguno a lo que yo le estaba diciendo.

Observé su reacción mientras tomé una de las botellas de agua que aquella camarera había traído junto al café. Bebí un trago. Sudaba y tenía la impresión de tener boqueras. Me limpié la comisura de los labios pasándome la palma de la mano por la comisura de los labios y continué.

—Recuerdo que en ese mismo instante, para formalizar la contratación del servicio, le puse delante el contrato que yo llevaba preparado y se lo hice firmar —ambos pusieron una cara de asombro, como si no entendieran a donde quería ir a parar. Ni abrieron la boca ni dejaron de mirarme esperando a que continuase—. Para que lo firmara le dejé mi propio bolígrafo. Fue un acto inconsciente. No sé si él tenía o no. El caso es que firmó con el mío.

Fernando seguía tan perplejo como si le hubieran dicho que en invierno llueve más que en verano o que en verano hace más calor que en invierno. Sin embargo el jefe sí que reaccionó de inmediato. Él sí se dio cuenta de la importancia de aquel comentario.

—Y ¿dónde coño está ese… —dijo excitado y poniéndose en pie de repente.

Casi tumbó la silla.

No había acabado de hacerme la pregunta cuando yo ya estaba abriéndome la chaqueta para que viese que lo tenía en el bolsillo interior de mi americana, de donde pudo ver que asomaba la parte del pulsador de metal de mi Inoxcrom y el clip de sujeción con el que se aferraba al bolsillo.

Se lo mostré como el niño que muestra un regalo nada más quitarle la envoltura.

—Es éste. Pero no lo voy a tocar. Como comprenderéis necesitamos tomar las huellas para ver si podemos tener suerte y salen las suyas en él. Si fuera así; podemos intentar identificar al que me contrató y con el que me vi en tres ocasiones. Si ese tío no es el cerebro…, deber ser la mano derecha del capo. Esto nos tiene que conducir al cabrón que ha tramado todo esto.

Germán volvió a sacar otro guante de látex de uno de sus bolsillos del pantalón. Ese hombre iba muy preparado; pocos lo hacen. Yo estaba seguro de que ni Fernando ni Raúl llevaban un par de guantes como lo hacía él.

Mientras se disponía a sacar con mucho cuidado el bolígrafo de mi bolsillo, le pidió a Fernando que fuese a recepción para que le proporcionaran un sobre de papel.

Me encontraba eufórico en aquellos momentos, tanto fue así que incluso le gasté una broma a Germán. Luego pensé que quizás no había sido tan graciosa como yo creía.

—No te acerques demasiado a mí, creo que me huelen los alerones. Una ducha y cambiarme de muda no me vendría mal.

Me miró con cara de pocos amigos.

—Reza para que tengas suerte y aciertes con esto. En caso contrario, lo que te va a oler mal no solo van a ser los sobacos.

Olvidé tanto mi gilipollez como su advertencia y pasé a explicarle que estaba seguro de no haber vuelto a utilizar el bolígrafo para nada, así que las huellas de aquel sujeto debían de estar latentes en él. Esa era mi esperanza y estaba convencido de ello.

Mientras Fernando corría a recepción, por el sobre, Germán aprovechó para hacer una llamada solicitando que alguien lo viniera a buscar y que intentaran obtener urgentemente alguna impronta que fuera válida.

Nos alegramos. Estábamos entusiasmados porque, por fin, teníamos algo con cara y ojos, algo de dónde tirar. Yo era el más interesado en que así fuese, pero muy consciente de que para ellos también lo era. Cuando un policía coge un caso y se pone a investigar, entra en una especie de estado anímico en el que te olvidas que estás

trabajando para esclarecer el caso de una persona. Algo muy especial sucede y lo llevas como si se tratase de un problema personal. Eso es lo que precisamente diferencia a unos policías de otros y hace que te tomes el trabajo tan en serio que, de no encontrar la solución del problema, sufres tanto o más que el verdadero perjudicado. Es difícil evitarlo y para el resto de humanos resulta imposible de entender, y mucho más de creer.

Germán me recordó que faltaba por explicarle algo más.

—Habías dicho que han cometido dos fallos ¿Cuál es el otro?

Yo lo había olvidado. Había perdido el hilo de la conversación. La euforia te lleva ese tipo de lagunas mentales.

—Ah, sí, perdona. También he recordado que después de haber ultimado todo con mi cliente, haberle hecho firmar el contrato y guardarme el dinero, me despedí de él y me marché.

Nada más salir del hotel me encontré con un colega, un detective amigo mío. Hacía tiempo que no nos veíamos y decidimos tomarnos juntos un café. Frente al hotel había una cafetería y nos desplazamos hasta allí. Entramos dentro, hacía frío y ninguno de los dos fumamos.

La sensación de tener esas dichosas boqueras me ponía nervioso. Volví a pasarme la mano por la boca y le di otro trago de agua a la botella. Solo pensar que podía tener esa especie de baba pegajosa en la comisura de los labios me hacía poner la piel de gallina. No soporto estar hablando con alguien y verle ese hilillo que se forma en los labios y que, cuando tu interlocutor los separa al hablar, ves como se estira y se encoge como un chicle. Me resulta muy asqueroso.

Le puse el tapón azul a la botella, lo enrosqué, la dejé sobre la mesa y continué. Me dio la sensación de haberme contagiado de las pausas de Germán y que tan histérico me ponía.

Pedí disculpas y proseguí.

—Desde aquella cafetería donde estábamos charlando mientras tomábamos café, pude ver por la ventana, cómo salía mi cliente del hotel y se montaba en un coche. Aquello me extrañó porque me repitió varias veces que me había citado allí porque esa misma mañana tenía, en una sala de ese mismo hotel, una reunión muy importante con sus abogados y unos empresarios. Pero claro…, aquello era mentira. Era parte del plan. En aquel momento no le di mayor importancia. Se subió en aquel coche y se fue. Ahora es cuando lo entiendo todo. Le vinieron a buscar expresamente. Estaba todo planificado. Después de haberme hecho el encargo le recogieron a unos metros del hotel, en la misma esquina. Luego desaparecieron. En ese momento ya habían conseguido meterme en lo que me habían estado preparando y que tenían perfectamente planeado.

Germán y Fernando entendieron a la perfección lo que les acababa de explicar, sin embargo seguían sin ver en ello un dato relevante.

Aquello no tenía mayor importancia para ellos a no ser que yo a continuación les relevase una información de interés y, como era previsible, Germán sí que reparó en ello y me lo preguntó de inmediato: —¿Recuerdas el coche? —El Inspector empezaba a estar emocionado. De contestarle afirmativamente, con esa información, podrían averiguar algo más.

Intenté hacer memoria solo para no equivocarme en la respuesta, porque realmente me acordaba perfectamente.

—Sí. Era un Citroën Saxo. Era viejo y de color azul, creo que azul marino o algo así.

Aunque no estoy del todo seguro, recuerdo que tenía algo pintado de negro, el techo o el capó, ahora no lo podría asegurar. La matrícula era…, déjame pensar…

Me esforzaba en conseguir que aquellos datos llegasen a mi cabeza. Presumo de tener muy buena retentiva, sin embargo, en aquellos momentos no era capaz de evocarla con claridad. Suponía que era por la tensión del momento y por la importancia del dato. Suele pasar. Cuanto más necesitas una cosa más difícil te resulta conseguirlo. Ya lo dice el refrán: te acuerdas de Santa Bárbara solo cuando truena, y en aquellos instantes no tronaba. Ni mucho menos. Por no haber, no había ni amenaza de lluvia.

Parece mentira como el cerebro es capaz de retener y archivar la información que tus cinco sentidos detectan sin ser consciente de ello, y en cambio, sin práctica, lo complicado que resulta traerlos a la mente cuando lo necesitas. Recordé cuando estuve estudiando ese tema; el de la memoria a corto y largo plazo. No se me olvidará jamás que nuestros recuerdos más recientes, los de corto plazo, se quedan retenidos en la corteza prefrontal y que los recuerdos antiguos los tenemos ordenados en el hipocampo, una palabra que me encantaba porque en las películas de ficción los alienígenas siempre les arrancaban a sus víctimas el hipotálamo y eso tardé en dejar de confundirlo. Llegó el momento que tuve que aprendérmelo muy bien para saber con cuál de ellos retenía los recuerdos de pequeño y cuál era el encargado, entre otras cosas, de regular los niveles de energía, los ciclos del sueño, el hambre o el comportamiento sexual. Cuando lo entendí comprendí que si algún día iba a Marte, y me arrancaban el hipotálamo, podría seguir recordando pero quizás no podría continuar con mi actividad sexual.

Esperaba que, de arrancarme algo, me extirparan el hipocampo, de esa manera podría seguir fornicando aunque no recordase con quién.

Como por suerte de momento no me habían extraído nada, traté de continuar esforzándome en utilizar el hipocampo y la corteza prefrontal para traer a mi cabeza aquella matrícula.

El caso es que me resultaba imposible, no había hecho nada por

memorizarla en aquel momento y ahora era una quimera. Intenté forzar mis neuronas al máximo. Sé que tengo muy buena memoria fotográfica y debía conseguirlo, pero en ese instante, bajo aquella tensión, me resultaba complicado y se lo hice saber a todos.

—No puedo. No la recuerdo ¡Jodeeeeeer!

Me cabreó mucho. Eso era importantísimo y sin embargo no tenía narices de acordarme de nada.

Germán me vio muy apurado y decidió darme un descanso.

—Estamos cansados y entiendo que así te resulte muy complejo. Trata de descansar un momento; luego continúas. Seguro que de esa manera te será más fácil.

Lo agradecí. Acepté su invitación.

—¿Quieres que te traigan algo? ¿Tienes sed o hambre?

—No gracias —le contesté—. De momento no. Pero agradecería una aspirina. Me duele ligeramente la cabeza.

Fernando se levantó sin decir nada y salió de la habitación. Supuse que en busca de una.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos durante unos minutos.

Germán, en la puerta, contestó a otra llamada que le acababan de hacer.

En mi cabeza golpeaba de nuevo Olga, pero yo no estaba para atender a esa duda y traté de dejar mi mente en blanco esperando la dichosa aspirina.

25

Mientras Fernando regresaba, con la analgésico que no logró encontrar, aproveché para conversar con Germán.

Conseguí arrancarle —con todos los lógicos recelos— que él tenía claro que yo no era el responsable de lo ocurrido y que se la estaba jugando por mí, aunque no me dio explicaciones del por qué se había decantado en mi posible inocencia. Aun así me aseguró que estaba convencido de que íbamos a esclarecer aquella muerte y dar con los autores.

Le pedí que me dejase mirar el móvil por si mi cliente me hubiese podido llamar durante esas horas, aunque ambos estábamos totalmente seguros de que no iba a ser así.

Realmente no era eso lo que más me interesaba averiguar en aquel instante, tenía la certeza de que era inviable. Además, en aquel mismo instante, recordé que fue el señor López quien siempre me había llamado a mí. Se puso en contacto conmigo en dos ocasiones y lo hizo en los dos casos desde un número oculto; una cuando me dijo que había decidido iniciar el asunto y otra en el aeropuerto, justo cuando estaba a punto de embarcar. Por lo tanto, en el caso de que me hubiera vuelto a llamar, no se habría quedado reflejado en mi teléfono. Le hice saber ese extremo a Germán, hasta ese momento no había caído en ello pero me contestó que él si había reparado en ello y que ya habían hecho gestiones para poder averiguar de qué número se trataba. Me puso al corriente de que también estaban comprobando los datos que yo tenía de él en la bosa que estaba en el maletero del coche, aunque los dos sabíamos que tampoco iban a ser reales.

Cuando me entregó mi teléfono empecé a examinar lo que realmente quería saber. Para eso se lo había pedido, quería averiguar si tenía algún mensaje más de Olga y, de paso, comprobar si mis chicos, a los que tenía trabajando en otros temas, se habían querido poner en contacto conmigo por alguna causa operativa. A Germán le hice saber ese interés. Pero, evidentemente, omití lo de Olga.

Yo estaba con la mosca tras la oreja sobre la posible relación de ella en ese asunto. La tenía constantemente en el pensamiento y en esa ocasión no era por un tema de sexo. Estaba deseando poder verla y saber más cosas de su vida, cosas que hasta entonces no me habían preocupado en absoluto y que en ese momento se convertía para mí en un misterio.

Germán me dejó el móvil sin ningún tipo de escrúpulo, aunque reparé en que estuvo muy pendiente de lo que yo miraba y hacía. No

perdió ojo. No me molestó que lo hiciera.

Comprobé que todavía lo tenía en modo avión. No lo había utilizado desde que llegué a Madrid. La tensión del trabajo a veces me provoca que me olvide de cosas tan necesarias como esas, aunque para mí el teléfono es algo que solo utilizo para trabajar, o en casos totalmente imprescindibles y vitales. Vamos…, en casos de vida o muerte. Es un aparato al que odio porque te tiene esclavo. Cuando estoy ocupado en un seguimiento, o en una vigilancia, suelo tenerlo en silencio o apagado ya que si escuchas el sonido de una llamada, o de un mensaje, te crea la imperiosa necesidad de tenerlo que coger para averiguar como mínimo quién es. Yo prefiero verlo cuando realmente puedo, o al acabar lo que estoy haciendo en ese momento.

Todo el mundo sabe que, si no coges la llamada, te pueden dejar un recado en el buzón de voz, un SMS, o un *WhatsApp.* Que para eso están.

Advertí que no tenía ninguna llamada, pero si mensajes. Se lo hice saber a Germán y me dejó revisarlos.

Eran de Olga. Los abrí.

Me había puesto varios. Uno a las tres de la tarde del día anterior, justo cuando estaba en la cafetería del hotel esperando a que Leandro saliese. En él me preguntaba cómo me iba todo y si estaba bien. Otro lo envió a las siete y media, ese coincidía en el momento en que estaba realizando el seguimiento a Leandro. Lo que me puso en ese era un texto algo más romántico, pero acababa preguntándome si estaba fuera de Barcelona y por qué no le contestaba. Me parecía que tenía demasiado interés en preguntar y saber cómo me estaba yendo y dónde estaba, además de tener una puntería exagerada en llamarme en los momentos en los que yo estaba más inquieto (cuando estaba en el hotel esperando a que saliera mi objetivo y durante el mismo seguimiento). En aquellos momentos tampoco supe responderme el por qué ella tenía que deducir que yo pudiera haber salido de la provincia de Barcelona.

Quizá solo eran cosas mías, pero me extrañaba. El mensaje de las once y media de la noche era mucho más largo y alarmante, al menos así me lo pareció. En él me pedía que por favor le contestara; que estaba muy preocupada por mí y que quería comentarme una cosa que había hecho y de lo que estaba arrepentida. El mensaje lo acababa con un “cariño” y un emoticono de esos con un corazón. No me gustaba ni una cosa ni la otra; al menos en aquellos precisos instantes. No llegaba a alcanzar a qué venía tanta insistencia en querer saber cómo me iba y dónde estaba y, mucho menos, la necesidad de tener que comentarme algo de lo que estaba arrepentida de haber hecho. No quería pensar mal, pero empezaba a alarmarme demasiado.

Nunca se había preocupado tanto. Hasta entonces nos veíamos o

yo le llamaba, quedábamos, follábamos y punto. El que en esos momentos estuviese inquieta por mí era la gota que colmaba el vaso. Si ya tenía dudas de cómo y por qué se había metido aquella mujer en mi vida, a partir de ahí crecieron como lo hace la espuma de afeitar cuando la agitas con la brocha.

Germán no me quitaba ojo y controlaba lo que yo hacía con el móvil. Estaba claro que no podía dejarme utilizarlo libremente. Aunque había depositado su confianza en mí persona, yo seguía siendo su detenido por asesinato. Se había fijado en que todos los mensajes que leí tenían el nombre de Olga.

Me lo preguntó:

—¿Es tu mujer?

Lo miré con una mueca arrugando el morro y con media sonrisa desganada.

—No, no. Estoy soltero y sin compromiso. Es una amiga.

Me debatía el comentarle lo que me rondaba en la cabeza sobre ella. No lo hice, pensaba que podía enturbiar el asunto por el que yo estaba allí retenido como posible causante de una muerte.

—¿Y tú?, ¿estás casado? —quise desviar su atención para que no continuara preguntándome sobre ella. Lo conseguí.

—Sí. Por dos veces. Las personas no aprendemos nunca y tropezamos con las mismas piedras hasta que viene alguien y te las quita del camino. Nosotros somos incapaces de verlas o de levantar el pie cuando pasamos junto a ellas.

Aquello fue muy filosófico. Deduje que ese hombre no era lo feliz que le gustaría serlo, al menos respecto a su vida familiar. Seguramente su trabajo tendría mucho que ver en ello.

Conozco a muy pocos policías de investigación que sigan con su primera mujer. Es algo muy complicado. Está estudiado. No hizo falta explicarme que esos grupos operativos, donde jamás hay hora de irse a casa, se hace muy difícil el llevar una vida normal y los matrimonios suelen romperse tarde o temprano. La única manera de que no ocurra, es saber cuándo dejarlo y dejarlo a tiempo, pero eso resulta complejo. Esa profesión se te engancha al alma como la leche hirviendo a la piel o un cubito de hielo a la lengua. Es un trabajo que está hecho para una casta especial y no todo el mundo vale para llevarla paralelamente con una vida familiar.

—¿Hijos? —fui muy escueto.

El semblante le cambió. Se notaba que de aquello estaba algo más orgulloso, o más resignado. No supe interpretarlo.

—Sí, tres. Carla y José de mi primer matrimonio. Ella es la mayor, tiene 24 años, José 21. De mi segundo matrimonio tenemos a Andrés. Está a punto de cumplir los 11. Es buen estudiante y juega al fútbol en el filial del Leganés. Si tiene suerte podrá ir subiendo hasta llegar al

primer equipo y triunfar como portero. No es porque lo diga yo, pero es muy bueno.

—Me alegro. Ojalá tenga suerte. Siempre será mejor que ser policía ¿No?

Su mirada fue como de resignación, pero no hizo ningún comentario.

—Carla hace cuatro años que se marchó a vivir a Londres. Trabaja como ingeniera informática en una multinacional Alemana.

Con un hilo de voz y mucha melancolía me comentó que ella se ganaba muy bien la vida, sin embargo lamentaba que solamente se pudiesen ver para vacaciones y en navidades; al margen de alguna escapada que él hacía de tanto en tanto si el servicio se lo permitía.

—El otro —se refería a su hijo José— ha seguido mis pasos —Ahí entendí el por qué me había mirado de aquella manera cuando le hice aquel desafortunado comentario. A veces debería saber estar callado —. Está de inspector en una comisaría de Sevilla. Se marchó para allí porque se enamoró de una compañera y lo arrastró al lado de su familia. Eso es algo típico en las mujeres.

Me hizo gracia que me diera a entender que las mujeres suelen acabar casi siempre viviendo cerca de sus padres. La verdad es que a mí también me lo parecía. Pero en este caso, el pobre, por una cosa o por la otra, no vivía cerca de ninguno de sus dos primeros hijos.

Supuse que eso sería algo con lo que le costaría vivir.

Tras esa pequeña e íntima conversación, en la que parecía que nos habíamos olvidado por completo de lo que nos ocupaba, reaccionó como si despertara de nuevo el interés por reactivarme y hacerme recordar aquella matrícula o alguna cosa más que me viniera a mi escasa memoria. No supe valorar si quizá lo había hecho para cambiar de conversación; se estaba abriendo demasiado y eso mostraba algo de debilidad en él. Aun así hizo algo con lo que me confirmó que confiaba en mi inocencia.

—Bueno, sigamos con lo que nos ocupa. Guárdate el móvil y mira si puedes concentrarte de nuevo.

Me alegró tanto escuchar aquello que fue como si me hubieran reavivado. Tuve la sensación de encontrarme con las baterías cargadas y me puse a funcionar mentalmente a toda máquina.

—Lo hago —unos segundos después reaccioné—. Recuerdo que ese C4 era de un modelo de más de diez años.

Intenté cerrar los ojos y pasar las imágenes como si se tratará de una película. Esa técnica empezaba a funcionar y recordé que la placa de matrícula tenía dos números repetidos y que esos números estaban en el medio. Se lo hice saber y volví a concentrarme.

—¡Mierda! No puedo recordar con claridad esos dos tristes números.

—¡Inténtalo! Es muy importante.

—Lo sé, lo sé.

Traté de tranquilizarme. Sabía que era vital.

De golpe, como si me hubieran iluminado con un flash, me vino un comentario que le hice a José María cuando estábamos en la aquella cafetería.

—Ahora lo recuerdo. La matrícula acababa en 69.

—¿Seguro?

Lo preguntó casi con incredulidad. No quería alegrarse por nada que luego tuviera que arrepentirse.

—Sí. Estoy seguro porque mi amigo y yo hicimos coña con ello. Le dije a mi colega que ese tío era un guarro por mentirme y que era tan guarro como lo era el número con el que acababa aquella matrícula. En 69.

Germán estuvo muy rápido. Mientras apuntaba en su libreta ese número 69 reparó en un detalle sumamente importante.

—Pues si dices que acababa en 69, y antes has dicho que los números del medio eran iguales, por narices los tres últimos números los tenemos. Esa placa tenía que acabar en 669.

Aplaudimos su rápida y astuta intuición.

—Sí, eso es. Muy bien Germán. Ahora iría bien saber cuál era el primero, pero no lo recuerdo y no creo que llegue a tanto —dije algo decepcionado.

Fernando quiso poner su granito de arena y pareció despertar de su letargo. Aunque no hacía mucho que se había incorporado de nuevo con nosotros y sin haber conseguido traerme algo que aliviara mi molesta jaqueca. Hasta ese momento había permanecido muy callado, como acostumbrado a que el que siempre pensase fuese su jefe. Quizá Germán pensaba por todos porque no podía esperar mucho más de ellos. Un pupilo como Raúl que siempre pensara que los presuntos o sospechosos son los malos de la película sin tener ninguna prueba para tomar esa decisión, y otro como Fernando, que estaba más pendiente de su estética, atusándose continuamente el pelo hacía detrás de las orejas como si se estuviese mirando en un espejo para mostrar sus atractivos a no sé quién, no era en realidad el equipo que uno quisiera tener para esclarecer los caos de manera rápida y eficaz. Pudiera ser por eso, o tal vez no. A saber.

Aun así, por malos que sean en algunos aspectos personales, estos policías de investigación suelen ser perros sabuesos y siempre tienen alguna virtud que demuestran que están donde están por algo.

—Y las letras ¿Recuerdas la serie?

—Bien dicho Fernando. Creí que no estabas aquí —comentó riéndose Germán mientras acto seguido se dirigió a mí— ¿Qué me dices Gumersindo? ¿Las recuerdas?

Nadie me llamaba así desde hacía mucho tiempo. Los que me conocen me llaman Gumer y los que no, Hierro.

La presión que yo tenía era mucha, pero Germán debía insistir y hacía bien, aquello podría ser fundamental para esclarecer el caso.

Otro de esos fogonazos se produjo de nuevo dentro de mi cabezota. Pudiera ser que, tal y como dicen, solo utilicemos nuestra materia gris en un diez por ciento de la capacidad que en realidad tenemos y que entrenándose se puede alcanzar más de un cincuenta por ciento. Yo estaba muy lejos de acercarme a esa cifra; a la del diez me refiero.

—Espera… —me vino otro dato importante—. Sí. Me acuerdo. Cuando mi compañero y yo estábamos mirando por la ventana, le conté que aquel tipo era el cliente con el que acababa de reunirme y le mostré mi extrañeza en que se estuviese marchando de allí. En ese momento, riéndose a carcajada limpia, José María me dijo: « *un cliente, cabrón y mentiroso*».

¡Eso es! Eso fue lo que me dijo. Estoy totalmente convencido.

—¿Qué tiene que ver eso ahora? —preguntó Germán alucinando con la tontería que yo acababa de soltarles.

Tal vez Dios, la virgen de Fátima o la mismísima virgen del Pilar, a las que me había encomendado, tuvieron que ver algo en aquello, o que solo fuese fruto de la providencia, pero lo que estaba claro es que había conseguido recordar un dato con el que sin duda empezaríamos a tirar de verdad de una beta que nos pudiese llevar hasta noticias agradables y que me acabaran liberando de aquel oprobio. Aunque tuve que explicar cuál era la deducción a la que había alcanzado porque ellos no la entendieron.

Estaban esperando a que acabase de explicarme.

—Me dijo aquello porque ese era el juego de letras de la placa de aquel coche. Se trataba de la serie de aquella matricula. Las iniciales CCM correspondían a lo de “cliente, cabrón y mentiroso”. Lo recuerdo perfectamente, por esa misma ocurrencia nos estuvimos riendo durante un buen rato.

—¡Qué bueno! —Comentó Germán sin poder evitar el echarse a reír por aquel comentario—. Perfecto. No te preocupes. Ya solo nos falta el primer número. Intentaremos mirar esas diez placas. Buscaremos cuál de ellas pertenece a un C4 y espero que éste no sea robado. Supongo que en esos momentos esos tipos aún no se habrían tomado tantas precauciones como han hecho aquí en Madrid, para entonces aun estarían confiados. Estos cabrones saben muy bien lo que se hacen. Estamos delante de unos verdaderos profesionales.

Germán se marchó al pasillo. Supuse que para hacer las correspondientes llamadas a la comisaría. Fernando sin embargo se quedó conmigo. Lo vi contento. Empezaba a verle decantado hacia mi lado de la balanza. Me alegró y no pude evitar hacerle el comentario

que tenía en mente desde que Germán y Raúl entraron en la habitación.

—Te llamabas Fernando ¿verdad? —quise entrarle suave.

—Sí, todavía me sigo llamando así—me pareció bien aquella respuesta, indicaba que ya no me veía igual, aunque irónico, aplicó un gesto de broma y sonrió.

—Parece que esto va teniendo visos de que podáis descubrir a los hijos de puta que me la han querido jugar —asintió con la cabeza mientras apretaba los labios y hacía morritos mostrando su conformidad y posiblemente arrepentimiento—. A Raúl le va a costar admitir que yo…, no soy el asesino que él pensaba.

Fernando mostró su lado más infantil. Se ruborizó como un crío. Por un momento se quedó perplejo y sin saber reaccionar. Luego se vio obligado a dar una respuesta en ese sentido y me presentó sus escusas.

—Perdónale. A veces Raúl es muy impulsivo. No te quepa la menor duda de que es un gran profesional.

—No. No me cabe la menor duda. Sin embargo, debería aprender a contenerse hasta tener elementos que determinen la autoría de culpabilidad de las personas a las que tenga delante como “posibles autores de lo que sea” —puse énfasis en esa palabra para que entendiese mi ironía y mi malestar—. Él no puede tener una cárcel para él solo, al igual que tampoco se puede tener un cementerio privado para llenarlo con todos los que, cada uno de nosotros, quisiéramos matar.

Creo que lo entendió.

El rojo de sus mejillas tardó en desaparecer.

26

Empezaba a estar reventado. La adrenalina había desaparecido al sentirme algo más aliviado de mi responsabilidad en aquella muerte. El cuerpo es sabio y responde a esos impulsos.

A partir de aquel momento ya podía creerme liberado. Hacía falta mucho trabajo y mucha suerte, pero me encontraba mucho mejor.

Unos minutos más tarde Germán entró bastante eufórico. Nos informó que había dado órdenes para que empezaran a rastrear en la base de tráfico todas aquellas matrículas. A partir de ahí era solo cuestión de buscar entre diez placas. Teniendo los tres números finales y sabiendo que la serie era aquella, parecía coser y cantar.

Por lo visto Germán también habló con su jefe, el Comisario. Y, aunque no lo dijo, se intuyó por lo que acto seguido nos comentó:

—Recoger vuestras cosas que nos vamos para la Comisaría. Continuaremos las gestiones desde allí —eso último lo dijo para que yo no me creyese que ya estaba salvado del todo. Se le notó mucho. Era un hombre de apariencia dura pero no podía evitar ser sensible—.

Fernando, por favor, baja tú a recepción y diles que nos marchamos. Agradéceles su amabilidad y pídeles que no entren en ninguna de esas dos habitaciones hasta que la juez lo autorice. Que aunque estén precintadas no vaya a ser que alguna de las que se encargan de limpiarlas entren a saco y la caguen, esas mujeres van como locas para poder hacer toda esa cantidad de servicios en el tiempo que les piden que lo hagan. No estará de más advertirles.

El corazón iba entrando en calma dentro de mi pecho y las pulsaciones se sosegaban como lo hace un caballo después de haber trotado al galope. Aun no tenía nada claro de forma definitiva, pero parecía que les había podido convencer de que los responsables eran otros. El hecho de haberle facilitado aquellos datos, y que todos esos nombres resultaran de personas desaparecidas o muertas, junto a que esos coches fueran robados y que las matrículas fueran falsas, ayudó en un porcentaje muy alto a que se decantaran en mi inocencia. De todos modos se me ocurrió otra idea para ayudarme aun más a mí mismo:

—Espera. Germán…, déjame hacerle una llamada a mi amigo. Intentaré preguntarle por si él recuerda al completo esa matrícula. Es un tío con bastante memoria.

Germán me miró dudando acerca de lo que debía hacer. Quería confiar en mí, pero no podía dejarse engañar.

—De acuerdo. Llámalo. Pero no le digas de qué va esto. Solamente pregúntaselo.

Entendí por qué me lo decía. Asentí con la cabeza mientras marcaba. Mi amigo José María Abril respondió al cuarto tono. Cuando le pregunté si por casualidad se acordaba de la matrícula de aquel coche me respondió:

—¿Cuál? ¿La del jodido cliente, cabrón y mentiroso? Pues claro que me acuerdo, aún me estoy riendo de la ocurrencia. Sabes que soy un tío muy dicharachero, el sentido del humor es mi característica principal. Si tuviera muchas ingeniosidades como esa triunfaría escribiendo monólogos, y seguro que me ganaba mejor la vida que con esta mierda de profesión en la que no hacen más que sacar leyes para controlarnos y jodernos vivos.

José María y yo somos de la vieja guardia, aunque, mal que le pese, es mayor que yo.

Esos años de diferencia también los lleva de experiencia. Él ha trabajado siempre como detective privado. Ese no es mi caso. Yo procedo de una práctica anterior en un cuerpo policial en el que estuve durante unos años en un grupo de investigación de la Guardia Civil. Hemos tenido escuelas totalmente diferentes, ni mejor ni peor, pero diferentes. Sin embargo ambos reconocemos que, al margen de la preparación académica y de la universitaria, la calle es lo que más nos ha enseñado. Ahí es donde, a diario, te curtes luchando contra la dura realidad. En un terreno que como él acababa de recordarme, luchas más contra las instituciones, que no hacen más que ponernos barreras, que contra las adversidades y dificultades que tiene el vigilar sin ser visto, el seguir sin que te detecten o el competir contra intrusos y malos profesionales que no hacen más que dejar la profesión por tierra mostrando, en *realitys shows* y programas de mierda, la forma en la que trabajamos y algunos de los medios que utilizamos.

—Venga no te tires el rollo José María. —Le tuve que frenar. Aquel no era el momento de discrepar sobre eso—. Sí. Esa misma matrícula es la que me refiero. Necesito los números para pedirle a tráfico que me diga quién es su titular; de la serie ya me acordaba yo —le mentí — ¿Por casualidad te acuerdas?

—¡Coño! De eso no ¿Cómo me iba a acordar? De las letras sí, por la coña que hicimos, pero de los números… ¿Qué pasa? ¿Es muy importante?

Como había activado el altavoz para que se escuchara la conversación, Germán me hizo un gesto con la cabeza para que no le diera ningún tipo de explicación.

—No. Lo que ocurre es que estoy haciendo el informe y quería vacilarle para que se diese cuenta de que estoy en todo y que me había fijado hasta de ese detalle. Ya sabes…

—Pues lo siento tío, pero no me acuerdo. Solo sé que era capicúa, pero no recuerdo más. No te puedo ayudar.

Nos miramos haciendo un gesto de alegría que consistió en cerrar el puño con fuerza.

Fue curioso porque tanto Germán como yo lo hicimos a la vez de forma inconsciente. Me despedí de mi amigo sin poder explicarle el favor que me acababa de hacer. Sin él saberlo me acababa de proporcionar la matrícula entera. Me acabada de decir que se trataba de la placa 9669-CCM.

Cuando colgué definitivamente Germán me estrechó la mano. Tenía la codera manchada de grasa, seguro que mientras estuvo en el pasillo hablando por teléfono se debió arrimar a unos tubos que salían de la cocina. Me fije que de uno de ellos goteaba un líquido aceitoso y oscuro que me dio por suponer que se trataba del conducto del aceite quemado que escupían las campanas extractoras.

Yo le correspondí a su amable y espontáneo gesto poniéndole también mi otra mano sobre su hombro.

—Los tenemos Gumersindo, los tenemos.

Un nudo en la garganta me anuló la posibilidad de articular palabra. No sé si lo más fuerte para mí fue comprobar que por fin se veía la luz al final del túnel, o todo lo que aquel hombre estaba demostrando hacia mí. Debió comprender mi silencio porque me colocó su gran mano en la espalda y me invitó a abandonar la estancia en la que había pasado tantas horas ignorando cuál iba a ser mi devenir.

—Venga Gumersindo salgamos de aquí. Nos queda mucha tarea por hacer.

—Por favor, llámame Gumer.

Finalmente cogimos nuestras pertenencias. Bueno…, más bien solo las mías, y nos marchamos hacia el aparcamiento donde ya estaba Fernando esperándonos a pie del vehículo oficial. Un Seat León camuflado. Un Ka, como nosotros solemos llamarles.

Hasta la Comisaría de policía fuimos prácticamente en silencio. Cualquier mosca que hubiera entrado en el coche habría hecho más ruido con el movimiento de sus alas que nosotros. Sin motivo aparente el ambiente parecía tenso. Cada uno estaba inmerso en sus propios pensamientos y ninguno de nosotros se atrevió a romperlo, únicamente nuestra propia respiración y alguna que otra tos esporádica, de forma inconsciente, fue capaz de atreverse a enturbiar aquel mutismo. Sobre todo la de Fernando. A éste se le notaba su adicción al tabaco y, aunque no le había visto fumar en ningún momento, su ropa le delataba. Por muy bien que oliese aquel hombre, a colonia cara, no podía disimular el olor que a los fumadores les hace su propio vestuario. También llegué a notar en su aliento que había fumado mientras nos había estado esperando en el aparcamiento. Eso y las dos colillas que vi en el suelo cuando llegamos.

A Fernando le hubiera gustado que su jefe le preguntase si había cumplido lo que le había ordenado aunque hubiera sido solo para poderle decirle “sí señor” y demostrarle su eficacia y obediencia. Pero no fue así. El señor Germán Cassavacchi iba pensando en sus cosas y no reparó en tal cortesía. Yo, aproveché la libertad que me había concedido entregándome todas mis pertenencias y me puse a revisar otra vez mi móvil.

Aún le quedaba un treinta por ciento de batería, cosa normal ya que apenas lo había utilizado. Comprobé que tenía varios mensajes de guasap; uno de mi colega Antonio que me preguntaba lo que iba a hacer aquel fin se semana, otro de uno de mis chicos diciéndome que empezaría el servicio en coche porque en Barcelona llovía y uno de Olga que por lo visto acababa de enviármelo hacía poco más o menos una media hora y que decía textualmente: *«Amor, estoy muy preocupada. Por favor ponte en contacto conmigo».*

Supuse que se refería al hecho de que me había llamado en cuatro ocasiones y que no le había contestado a ninguna. Ella ignoraba que ni siquiera había tenido el teléfono en mis manos.

Cuando se suponía que debía estar tranquilo porque mis problemas en Madrid parecían estar resolviéndose, de pronto sentí una extraña sensación de escalofrío. Por un momento noté como si una serie de ideas, llenas de espectros y espíritus, me estuvieran obligando a conducir mis pensamientos hacia un puerto al que yo no quería arribar. Navegaba a la deriva por un mar bravío intentando sortear la remota posibilidad de que Olga tuviese algo que ver en aquella historia. Incluso mis elucubraciones y ensoñaciones iban más allá. Me la imaginaba sentada en el regazo de López mientras que, apestando al *Loew* barato que él usaba, la besuqueaba en el cuello y le sobaba los pechos al tiempo que ella le informaba sobre mí.

Aquello me corroía por dentro. Una angustia que no conseguía sacarme de encima. Aún así, seguí sin comentarle nada de eso a un Germán que, mientras conducía, noté que me miraba de reojo.

Bloqueé el móvil y me lo guardé en el bolsillo. Él giró la cabeza hacia mí sin decir nada. Yo le hice una mueca y suspiré.

Siguió mirando por el carril donde debía continuar su conducción y esbozó una sonrisa que no comprendí.

Por si acaso y para que no pensara que le guarda algún tipo de información, se me ocurrió excusarme.

—¡Mujeres!

Ni se inmutó. Aquel hombre era todo un sabueso.

27

El viaje no duró más de veinte minutos. Tiempo en el que las únicas palabras que se escucharon fueron las del inspector Cassavacchi maldiciendo lo mal que se conducía en Madrid a esas horas y quejándose de que aquello se debía a que todas las madres llevaban a sus niños al colegio en coche en vez de en transporte público. Me sorprendió el comentario machista que añadió cuando dijo que la mayoría de ellas conducían vehículos demasiado grandes y lujosos, tipo todo terreno, en los que, aunque les costaba manejar, hacía que se sintiesen más seguras dentro de esos armatostes inventados para los ranchos americanos y la montaña. Germán no me había parecido hasta ese momento ese tipo de persona. Quise creer que lo comentó por decir algo y romper el incomprensible silencio que los tres manteníamos.

La planta de la comisaría, a la que accedimos en ascensor desde el aparcamiento, era un hervidero de policías de paisano. Yo había vivido ese tipo de situaciones hacía ya muchos años, aun así, aquel momento me rememoró viejos tiempos. Me hizo gracia ver aquel panorama. Choca tanto con lo que nos muestran en las películas y en las series, que algunas veces me da por reír a carcajada limpia y otras por llorar. Esa vez lo evité. Siempre me he preguntado por quiénes se debían asesorar los directores de cine y televisión para que cometan tantas estupideces. Allí no vi ningún arma en la cintura de ninguno de aquellos policías donde, tres de ellos eran mujeres. Tampoco observé sobaqueras con trinchas de cuero por encima de las camisas y jerséis; ni mucho menos en los cajones o sobre las mesas tal y como lo vemos en el cine, dándoles la oportunidad a los detenidos —que tampoco había ninguno por allí— para cogerla, amenazar a todos los presentes y poderse escapar impunemente después de haber pegado varios tiros y haber herido en el brazo al personaje principal.

Allí no ocurría nada de eso.

Germán y yo nos dirigimos hasta su despacho. Estaba al final de aquella diáfana planta, en una jaula de cristal con un letrero en la puerta donde rezaba su cargo: “INSPECTOR JEFE” y desde la que se veían las seis mesas de trabajo que formaba su plantilla; diez componentes de diferentes rangos y especialidades. No vi ni una sola maceta en la que colgase uno de esos potos o alguna triste flor aunque fuera de plástico. Aquella oficina era más triste y fría que la de un tanatorio. Solo el bullicio de sus ocupantes y alguna que otra conversación telefónica rompía con aquella triste imagen policial. Me dio pena, en mis tiempos era otra cosa. Me recordó a la serie de

“Canción triste de *Hill Street*” con su capitán Furillo y el « *Chicos. Tened mucho cuidado ahí fuera*» que mi amigo y compañero Manzanita me había repetido tantas veces cuando salíamos de servicio.

Enseguida se acercó un miembro de su equipo. Un agente que, de no haber sido por sus enormes tetas y porque él la llamó Virtu, jamás hubiera adivinado que se trataba de una mujer.

Tenía una nariz que me hizo pensar que debía de ser vasca. Su tez era morena y sus facciones eran tan duras que, aunque se estuviese riendo, le costaría un gran esfuerzo hace creer a alguien que estaba contenta. El corte de pelo era como el de un crio en el primer día que su padre lo llevó a una barbería: la nuca totalmente despejada y el flequillo, como diría el monologuista Dani Rovira: cortado con un hacha.

Después de saludar al Jefe de forma educada, y darme a mí los buenos días sin apenas mirarme, Virtu le entregó unos documentos que consistían en cuatro folios y se permaneció de pie esperando una orden de Germán mientras yo, sentado frente a la mesa, en una cómoda silla de cuero y acero, me entretenía en mirar los títulos que aquel hombre tenía junto a una foto con el Rey que colgaba del único tabique que no era de cristal y aluminio. En una de las esquinas vi una bandera de España y, sobre un mueble de madera de nogal, diversos marcos de plata, y nácar con fotografías en las que él, mostrándose orgulloso, posaba con diversas personalidades, algunas de ellas en eventos propios de la festividad de Ángel Custodio, patrón del cuerpo, y en otras, recibiendo sendas felicitaciones y condecoraciones.

Sobre la mesa, junto al teléfono, dos marcos de madera. En uno, una pareja, una preciosa chica de unos veinte y pico de años, con una melena muy larga y a su lado un chico algo más joven. Los dos eran muy guapos y, por lo que deduje, estaba claro que debían haber salido a la madre sus facciones; no eran las de Germán en ninguno de ellos. En la otra posaba con un chico de unos diez años vestido de portero de futbol y con un balón en sus manos. No hacía falta ser demasiado inteligente para adivinar que se trataba de sus tres hijos. El pequeño era seguro de él. Éste si se le parecía.

Las fotos de sus dos mujeres las debía tener, sin marco, dentro de uno de los cajones o metidas en una carpeta archivada en alguna de las papeleras del disco duro de su vida.

No se lo iba a preguntar por nada del mundo.

Cuando levantó la vista de los papeles que Virtu le había entregado le dio las gracias y ella se marchó después de dar media vuelta y volver a saludarme. Esta vez con una encantadora sonrisa.

Con una cara muy seria, Germán se levantó de su alto y negro sillón de piel, se acercó hacia la mesa y alargó la mano para estrechármela. Cuando apretaba la mía, sonrió y me dijo: —

Enhorabuena. Lo del bolígrafo te ha salvado.

Que rabia me daba su manía de hacer esos misteriosos descansos y silencios que me dejaba sin saber que venía después y cuál era el motivo de alegrarse o desanimarse. Aunque en todas las ocasiones deduje a que se refería, aquello podía conmigo. Quisiera haberle podido decir *«¡Coño! Cuenta y déjate de suspenses»*.

Me aguanté.

Debió notarlo porque de inmediato me continuó pasando el resto de la información que le acababan de proporcionar y que a mí me faltaba por saber.

—Los del laboratorio han podido sacar varias huellas de tu bolígrafo. Como supondrás la mayoría son tuyas, pero han obtenido dos que no lo eran. Las más recientes son esas dos improntas fijadas en la zona inferior, por donde se sujeta para escribir. Corresponden a los dedos pulgar e índice de una mano derecha. No eran huellas completas, pero mis chicos son muy buenos en eso y tras compararlas con nuestra base de datos de delincuencia han podido verificar que pertenecen a un tal Fernando Martínez Ledesma, un tipejo de Barcelona con una amplia colección de antecedentes por diferentes delitos, los más destacados son por amenazas y coacciones y eso coincide con la operativa que te han montado a ti. No cabe duda que ese es uno de esa puta organización.

No puedo describir con palabras la inmensa alegría que sentí en aquel momento. Es imposible definir esa sensación. Estaba claro, y así también lo confiaba aquel hombre, que yo no era el autor de aquella muerte, pero sin pruebas contundentes que lo corroborasen parecía todo lo contrario. Por lo tanto, hasta ese momento, había estado dependiendo de un buen abogado y de la interpretación final que hubiera querido adoptar el magistrado o magistrada que me hubiese por suerte tocado.

Sentía frio en mis pulmones y calor en mi cara y manos. La frente, axilas y espalda empezaron a mojar mi piel y temí acabar oliendo como un zorro lo hace en su cueva.

Aquel hombre me oteaba como lo hace un halcón sobre su presa desde el cielo. En este caso creí que trataba de comprender lo que yo sentía en aquellos instantes. Él mismo estaba orgulloso de que las gestiones se hubiesen hecho con tanta celeridad como para que tuviéramos la posibilidad de que se decantaran positivamente hacia mí lado. Él también se la había jugado al confiar en mí versión y apoyarme.

—Ah, se me olvidaba —dijo de repente.

Alcé la vista y esperé que continuara hablando mientras el alcanzaba un paquete de clínex y me lo ofrecía para que me secara los ojos y me sonara los mocos.

A veces no puedo controlar según que sentimientos.

—También sabemos de quién es el famoso Citroën Saxo en el que se subió tu cliente cabrón y mentiroso —acabó sacándome una sonrisa que me vino muy bien y que me hacía mucha falta.

—¿De quién?

Hizo otra de sus pausas.

—No me digas que lo conozco —le solté temiendo una desagradable respuesta.

Por un momento pensé que me iba a decir el nombre de alguien que yo conocía y que me iba a sorprender. Tuve pavor a que pronunciase el nombre de una mujer. El nombre de ella.

—Es un tal Agustín Landero Montoya.

La liberación que sentí fue inmensa. Ya teníamos dos tipos totalmente identificados.

—¿Les conoces?—comentó mientras extendía dos folios sobre la mesa.

Me los acerqué. Se trataba de esas fichas de antecedentes policiales. En cada una de ellas aparecía una fotografía en blanco y negro de un individuo y todos sus datos de filiación junto a los motivos de sus detenciones.

No sabría decir qué fue lo que me alegró más en aquel preciso instante, si no ver en ninguno de aquellos papeles la cara de Olga o el reconocer a los dos tipos que me habían tratado de joder vivo. Quizás ambas cosas por igual.

A pesar de que esas fotos siempre transmiten cierta dificultad de identificación, a ambos les reconocí sin ningún tipo de dudas. Se trataba de los que yo conocía como Manuel López y Leandro Vicente. A mi cliente, el señor López, y que ahora resultaba llamarse Fernando Martínez Ledesma, se le veía mucho más joven, más delgado, con más pelo y por supuesto no iba trajeado. A Leandro me costó más reconocerlo. A éste, al que según los del hotel se registró como José Luís Reyes, comprobé que su nombre real era Agustín Landero Montoya. No me importaba en absoluto cómo narices se pudiese llamar en realidad, pero me inquietó el ver que sus antecedentes eran por secuestro, agresión a un agente de la autoridad, tenencia de armas de fuego y pertenencia a banda organizada.

—¡Hostias! Sí, sí. Son ellos dos. Este cabrón es Leandro y este otro…—dije poniendo el dedo sobre cada una de las fotografías— mi cliente. Entonces los tenemos. De puta madre — me eche la mano a la boca— ¡Perdón! Ha sido un impulso que no he podido controlar.

Discúlpame.

Aquel sitio no me parecía el idóneo como para tener ese comportamiento tan soez y barriobajero. Germán ni se inmutó; ni por el exabrupto ni por la disculpa.

—¿Entonces…? —le pregunté desconcertado—. El que fue a buscar a mi cliente al hotel en el Saxo fue el mismo al que yo he venido siguiendo hasta Madrid.

—Bueno… Eso no es del todo seguro. Puede que, aunque el coche esté a su nombre, el conductor pudiera haber sido otro. Pero ganamos mucho teniéndolo identificado.

—Es cierto —recapacité—. Sin embargo también tenemos claro que él no es el que ha matado a la chica. A él lo tuve controlado durante todo el tiempo. Ni él, ni los que estuvieron con él, tomando copas, pudieron matarla —hice una pausa y rectifiqué—. Bueno. Eso no es del todo cierto.

—¿Por…? —me preguntó Germán con total extrañeza por la contundente seguridad en tal afirmación por mi parte.

—Porque ellos sí que pudieron llevarlo a cabo desde que Leandro abandonó el puticlub en el que estuvieron. Aunque el tiempo que tuvieron no sé si era demasiado. No sé sí pudo darles tiempo. Puede que sí. No sé.

Germán Cassavacchi se quedó pensativo y revisó su libreta de notas. Un segundo después reaccionó.

—¿Cuánto tardaste tú en llegar al hotel desde que dejasteis ese club?

—No estoy seguro del todo —intenté recordarlo, pero tuve una idea mejor para salir de dudas—. La filmación que les hice podrá ayudarnos a concretarlo con más exactitud, pero diría que: entre una cosa y la otra, una hora y media más o menos. Si quieres podemos comprobarlo.

Movió la cabeza como calculando y después, aunque reticente, me dio su opinión.

—Es suficiente tiempo ¿No crees?

No era una pregunta. Era toda una afirmación. Comprendí que estaba convencido que podría haber sido así.

—Hombre, no sé. Nunca he matado a nadie —sonreí sabedor de que él captaba mi ironía—. Pero para estar seguros habría que contabilizarlo. A la chica la mataron en el hotel, por lo cual, si ya tenían preparada a esa pobre desgraciada para llevarla hasta allí, cualquiera de aquellos dos sujetos pudo salir del club inmediatamente y recoger a la chica donde la tuvieran, llevarla hasta donde yo dejé mi coche, subirla en él, chafarle la cara contra el salpicadero, llevarla a mi habitación y allí cortarle el cuello. Tiempo desde luego sí que parece que tuvieron.

Él no dijo nada, aceptó mis cálculos. Era tan solo una hipótesis, pero la consideró aceptable.

—Lo que también creo… —añadí—, es que: de no haber tenido tiempo para llevarlo a cabo en esa hora y media, Leandro habría

tardado más en entrar en el hotel. Supongo que esperó dando vueltas por el parque hasta que le avisaron de que ya estaba todo hecho. Imagino que se lo comunicarían de alguna forma para que pudiera entrar en el hotel. Era muy oscuro, lo seguía de lejos, y no sabría decir si estuvo manteniendo alguna conversación por teléfono.

—Sí. Es muy factible que así haya sido —el inspector se echó hacia atrás y se apoyó en el respaldo de su sillón. Nada más le faltó encender un puro. Me pareció una de esas escenas que veo tantas veces en las películas.

Seguí opinando.

—Imagino que también tuvieron que ir como mínimo dos personas —quise puntualizar—. Posiblemente debieron ser los que estuvieron toda la tarde con Leandro.

Bueno…, ya no sé si llamarlo Leandro, José Luís Reyes o Agustín Landero.

Nos echamos a reír. Continué.

—El caso es que se extremaron en todo tipo de cuidados para asegurarse de no ser vistos al entrar. Por lo que puedo saber, el recepcionista y el de seguridad, os han dicho que a esas horas no vieron entrar a nadie más que a un par de clientes conocidos y que ya llevaban allí varios días; además de a los que ellos conocían como sus clientes, y se referían tanto a José Luís Reyes como a mí.

—Cierto, eso es. Revisada la grabación de la cámara de recepción nosotros tampoco vimos a nadie más. Por ese lugar, en el que la cámara capta imágenes, no pasaron ni ellos ni tú, en la filmación únicamente salimos nosotros cuando llegamos y nos dirigimos hasta allí para explicar en recepción el motivo de nuestra visita. Todos ellos, al igual que tú y Leandro, debisteis ir directamente hasta el ascensor y ahí no hay cámara alguna.

En ese mismo instante en el que nosotros dos intentábamos reconstruir esos detalles, entró Raúl en el despacho. De inmediato, tras pedir permiso, me saludó estrechándome la mano de forma muy cordial. Noté que había cambiado su actitud hacia mí de una forma muy significativa.

—Me alegro de que todo esté saliendo bien y que se haya podido librar de algo tan chungo. Le diré en honor a la verdad que yo apostaba porque lo había hecho usted mismo. Sé lo que le ha comentado a Fernando, he hablado con él, y no le quito razón. Pero siempre actúo igual con todos los supuestos, no es un caso excepcional. Prefiero jugar el papel de poli malo.

Me he enterado de su dilatada experiencia y sé que su juicio hacía mi persona lo sabrá calibrar como corresponde. Lo que espero de usted, es que haya podido comprobar que en ningún momento le he faltado al debido respeto, ni le he tratado mal. Como le digo, solo

ponía cara de poli malo por si conseguía derrotarle. Ya sabe… Con muchos sale bien.

Aquello había sido todo un monólogo cargado de buenas intenciones a la vez que una disculpa bien estudiada. Realmente me convenció su verborrea y aplaudí el hecho de que viniese a decirme aquello personalmente. No tenía por qué hacerlo. Aun así, no estaba de acuerdo en ello. Nadie tiene porque pasarlo tan mal cuando no ha hecho nada. Él es un profesional de la policía y no se puede tratar así a ningún detenido, salvo que se esté seguro de su autoría en aquello que se le impute y ese papel de poli malo sea para obtener mayor información. Se pasa muy mal, máxime cuando eres inocente y no puedes demostrarlo. Se lo hice saber.

—Gracias. Veo que eres un tío honesto. Aplaudo tu consideración, pero no la comparto.

Si quieres saber si lo que haces es correcto, ponte en el lugar de los que tienes frente a ti. Se puede obtener el mismo resultado de otras maneras y actuar así de duro cuando ya sabes la verdad y estás convencido de ello.

Vi que meditó lo que le dije. Posiblemente lo pondría en práctica. No se le veía mal tío.

Germán echó agua al fuego cambiando de conversación, aunque comprobó que era un incendio controlado.

—Y esta otra cara ¿La conoces?

De nuevo aquella sensación. Me había olvidado de esa posibilidad, pero volvió a surgir.

De nuevo los fantasmas me hicieron creer que me enseñaría la foto de ella. Se estaba convirtiendo en una obsesión.

En esos momentos me parecía oler a sangre y a miedo, aunque lo segundo no sé realmente a que huele, como pasa en ese anuncio de compresas o de pañales donde preguntan a qué huelen las nubes. Se trata de una sensación que se mete por la nariz y que te llega hasta lo más hondo de tus sentidos.

Tampoco esa vez era la fotografía de Olga. Me alivió.

—No sabría asegurarlo, pero… —revisé de nuevo aquella imagen poniendo mucho más empeño—. Puede ser que… Sí, puede que sí.

—Me puedes explicar a qué te refieres.

Germán actuó algo nervioso. Se notaba que estaba impaciente y que quería que me explicase.

—Creo que éste puede ser uno de los dos tipos con los que se juntó Leandro ayer por la tarde ¿Quién es?

—Se llama Enrique Guijarro Montero. A este se le detuvo hace cinco años junto a Agustín Landero, tu Leandro, por el secuestro de un empresario. Por lo visto los dos se dedicaban a cobrar deudas y extorsionaban a quién hiciese falta. Gente sin escrúpulos.

Pensamos que tiene que tener alguna relación y lo estamos comprobando porque a ambos les consta el mismo domicilio.

Volví a mirar la fotografía.

—Sí, sí. Es uno de esos dos. Puedo confirmarlo. Es el que llevaba la gorra, por eso me ha costado más reconocerlo.

—Estaba seguro que lo reconocerías —dijo Germán en tono muy serio mientras se levantaba de su majestuoso sillón y me invitaba a salir del despacho.

—Fernando por favor.

Fernando, que estaba sentado en la primera mesa, se levantó como si tuviera un resorte en el mismo culo.

—Llévate al señor Hierro. Acompáñalo a la sala de *briefing* y que se ponga cómodo en el sofá. Que se tome un café tranquilamente mientras nosotros lo ultimamos todo y preparamos el viaje a Barcelona. Esa tierra me gusta y en esta ocasión llevaremos con nosotros un guía de excepción.

Me lo quedé mirando sin saber exactamente a qué se refería y, aunque intuía algo, en aquellos momentos no supe reaccionar.

Fernando le contestó con un: *«A la orden jefe»* y yo con un: *«Gracias Germán»*.

—Ah. Y por cierto…

Nos volvimos de inmediato mientras él hacía otra de esas pausas que tanto le gustaba hacer.

Nos mostró la mejor sonrisa que le había visto hasta ese momento y dijo: —La casa invita. El viaje va a nuestro cargo.

De pronto caí, pero seguí actuando como un bobo bobalicón que no se enteraba de nada. Solo supe reaccionar al gesto de Fernando que, poniéndome la mano en la espalda, me invitó a que empezara a caminar entre las mesas de todos aquellos policías y me dirigiera, a dos pasos por delante de él, hacia la sala donde debía estar esperando hasta que me vinieran a buscar.

28

Mientras esperaba en aquella sala, intenté llamar a mi amigo Pedro. Aproveché que ya tenía libertad absoluta para usar mi móvil.

Pedro no me cogió el teléfono, así que hice lo que hacía otras veces: esperar a que tuviese un momento para devolverme la llamada. Sabía que en la notaría tenía siempre mucho trabajo y le suele resultar bastante complicado atender las llamadas a la primera. Sobre todo a las personales.

Di por sentado que aquella habitación a la que me habían recluido era donde celebraban las reuniones matinales para coordinar los asuntos con los que aquellos policías iban a tener que batallar cada día, además de ser también el lugar que utilizaban para esos descansos que conocemos algunos de los funcionarios que hemos trabajado en grupos de ese calibre. Había dos sofás, uno de esos largos de cuatro plazas, el otro era un desgastado y antiguo tresillo. En una de las esquinas, cerca de una mesilla redonda en la que se podía ver las marcas de dos culos de vasos que nadie había limpiado, vi también dos sillones orejeros reclinables. Sin duda usados para dar esas agradecidas cabezadas en los servicios de larga duración y que, aunque cortas, recargan las pilas lo suficiente como para volver a salir al campo de batalla a pisar de nuevo el barro. Nadie, que no haya estado ahí, puede alcanzar a saber cuánto se sufre en brigadas o grupos como esos. A pesar de que todo el mundo piense que en ellos se vive como Dios.

En el sofá que yo me había acomodado era en el largo, el de cuatro plazas. Era de un color vino, tan mullido y cómodo que me invitaba a echar un sueñecito y aunque no lo hice, me recordó al tipo de la serie televisiva “El Mentalista”. Incluso creí encontrarme como él: solo, como un extraño en aquella comisaría y siendo el dueño de mis propias elucubraciones. La diferencia era que yo no adivinaba lo que iba a ocurrir después. Ya me hubiera gustado.

El resto de la estancia estaba más bien desordenada, una mesa con cuatro sillas donde alguien había estado comiendo un bocadillo y cuyas migas y restos dejaban evidencias de que había tenido que salir pitando sin tiempo a retirarlas.

La mujer de la limpieza, si es que la había, debía ir algo más tarde.

Mi bolsillo temblaba anunciándome que alguien quería ponerse en contacto conmigo.

Era él.

—Hola Pedro.

—¿Qué pasa Gumer? ¿Por dónde andas?

Sentí un alivio al comprobar que ya podía hablar con tranquilidad y decir incluso dónde me encontraba. Pero tampoco quise darle demasiadas explicaciones, no era un buen momento para contarle mi situación. Sin duda lo haría en la próxima partida de póquer. Estaba seguro que para entonces, si todo salía bien, me reiría mucho de la anécdota. Ellos más. Ellos se iban a partir el pecho.

—Ando por Madrid. Ya sabes. Todo el día con los pelos de punta viendo merengones como tú.

—Pero…, que mamón eres. Sabes que el blanco es el color inmaculado y no los colores que lleváis vosotros. Que si ahora las rayas verticales, que si ahora horizontales, que si ahora blaugranas, que si ahora las de la *senyera* ¡Poneros de acuerdo hombre! Solo os salva que tenéis al segundo mejor jugador del mundo.

No podía faltar entre nosotros la trifulca futbolística. Nos encantaba meternos el uno con el otro en todo, pero el fútbol nos daba mucha cancha. Algo que cabreaba mucho a Antonio y que siempre nos amenazaba con abandonar el grupo. Odiaba ese deporte porque decían que todos eran unos farsantes y que sabían más de teatro que de fútbol.

—Venga. Deja de decir y tonterías y baja a la tierra. Además, no te he llamado para eso.

—Pues tú dirás. Soy todo oídos pero date prisa que he bajado a desayunar expresamente para poder llamarte, tengo un curro que lo flipas.

—Es sobre tu amiga Olga.

—¡Qué cabrón! Tu amiga Olga dices…, pero si te la estás tirando tú mamón ¿Me jodes la piba y ahora me vienes diciendo que es mía?, pero serás…

—No. En serio —notó mi cambio de voz— ¿Cómo la conociste?

—¿En serio? ¿No me jodas que quieres casarte con ella? No puede ser.

—No tío, no. Déjate de bobadas. Tengo un problema y quiero solucionarlo.

Comprendió que el tema iba realmente en serio y se centró.

—Ya te lo dije. Se sentó al lado mío mientras yo estaba comiendo. Si no recuerdo mal, era en el bar donde estoy ahora mismo. Aquí como a menudo ¿Por…?

—¿Cuántas veces la habías visto antes? ¿Cómo es que se dirigió a ti?

—Oye, oye, oye… Esto tiene que ser muy grave tío ¿Te ha jodido esa tía?

Notó que la cosa no era algo trivial. Se dio perfecta cuenta de que aquello debía tener para mí una trascendencia vital conociendo a qué

me dedicaba. Intentó hacer buena memoria y facilitarme los datos que creía que me podrían hacer falta y que yo estaba tratando de averiguar.

—Déjame pensar… Sí. Lo recuerdo. La había visto solo el día de antes. Como tú bien sabes, está cañón y no pude evitar fijarme en ella. Se dio cuenta que la miraba y me sonrió. Se sentó en una de las mesas y cruzamos nuestras miradas varias veces. Se fue de allí antes que yo y… joder…, su culo era digno de salir tras ella. No lo hice, pero me hice pajas mentales pensando en ella toda la tarde. Al día siguiente bajé a comer al mismo sitio y a los dos minutos de haber entrado lo hizo ella y se sentó justo en la mesa de al lado. Cada uno ocupábamos una mesa de dos y ambos estábamos solos. Justo en ese momento se acercó el camarero para ponerme la cerveza que le había pedido previamente y le preguntó a ella lo que quería comer.

Fue entonces cuando le dije que se sentara en mi mesa.

Le interrumpí.

—¿Y se sentó sin más?

—No tío. Pero ya me conoces —era cierto, lo conozco bien—. Me preguntó que por qué causa se debía sentar conmigo y le contesté que a ese lugar acudía mucha gente a comer y que, si ocupábamos dos mesas, les quitábamos a otros la oportunidad de poder sentarse y les obligábamos a comer de pie en el mostrador. Me acuerdo que le dije que si no lo hacía ella lo haría yo. Fue entonces cuando yo me cambié a la suya ¿Tiene eso importancia?

No contesté a su pregunta. Seguí interesándome por otra serie de detalles.

—Me dijiste que eso fue dos días antes del cumpleaños de Antonio.

—Sí, creo que sí, más o menos. El cumpleaños lo celebramos el domingo y eso sería el jueves o el viernes antes, tampoco estoy seguro ahora mismo.

—¿Te dijo que hacía ahí o donde trabajaba?

Respondió enseguida, pero se notaba que mientras hablaba iba pensando que decirme para no perder ningún detalle que me pudiera ser de interés.

—Como te puedes imaginar, charlamos de todo y de nada. Yo lo único que buscaba era tirármela. La invité a salir aquella noche pero me dijo que no podía, le pregunté si era porque tenía novio y me dijo que no tenía a nadie. Seguí insistiendo y cuando le comenté lo de la fiesta le pareció bien y aceptó vernos el domingo y acompañarme. No las tenía todas conmigo y le pedí el teléfono, pero se negó a dármelo y me dijo que yo corría demasiado. Tío, me pareció que era una de esas chapadas a la antigua, de las que quieren conocerte un tiempo antes de dejarte tocarle una teta, pero valía la pena. Sabes de sobras que está muy buena.

—Déjate de bobadas y sigue ¿Qué te contó de ella?

—Vale tío. Tranqui —pude oír como respiraba mientras pensaba que decirme—. Nada en concreto. Que trabajaba en una oficina de al lado, que no era catalana, aunque eso se lo noté enseguida. Creo que me dijo que era de Málaga o de un pueblo de Málaga, no me acuerdo muy bien. Tampoco eché cuentas.

Fui directo a una pregunta cuya respuesta me interesaba saber de inmediato y que jamás se me ocurrió preguntársela antes.

—¿La has vuelto a ver más por allí?

—¿Por dónde? ¿Por mi trabajo…?

—Sí coño. Por donde tú y ella trabajáis.

—¡Eh tío! ¿Qué te pasa?

Los nervios me traicionaron y me exalté sin ningún motivo. No se merecía que le hablara así.

—Perdona Pedro. Me he pasado. No estoy atravesando mi mejor momento por culpa de algo que ya te explicaré. Ahora no puedo. Necesito urgentemente saber cosas de Olga. De ello depende algo muy importante.

—Me estás preocupando.

—No te preocupes, pero… Por favor, dime ¿La has vuelto a ver por donde trabajas?

—No. Nunca más.

—Y… ¿Sigues yendo a comer a ese mismo sitio?

—Sí, claro. Dos o tres veces por semana, pero tío…, Gumer…, me tienes muy asustado de verdad ¿Qué coño pasa?

Se preocupó en exceso. Entendió que algo grave estaba debiéndome pasar. Pero, aunque no le podía contar nada, tampoco le podía dejar así. No se lo merecía.

—Pedro, de verdad. Ahora no te puedo contar nada más. Y menos por teléfono —pensé que esa escapatoria me funcionaría, eso de no poder hablar por teléfono da siempre un viso de credibilidad para uno poder continuar sin explicarse—. Mañana o pasado te cuento más detalles. Estate tranquilo. Es solo que esa mujer se ha metido en mi vida por la puerta de atrás y quiero saber por qué lo ha hecho.

29

Media hora en aquel sofá sin que nadie me hubiese venido a ver para nada me dejó la espalda jodida y la cabeza aun más.

Le daba vueltas al mismo tema sin ver una salida ni tener una explicación lógica a todo aquello. Me pasaba lo mismo que le ocurre a una bala del veintidós, es capaz de entrar por la cuenca de un ojo y en ocasiones sucede que no puede atravesar el cráneo y se queda ahí dentro hasta que un forense viene a sacarla. Eso me pasaba a mí tanto con la muerte de aquella chica como con Olga. No tenía ni idea de por qué me habían preparado aquella trapa mortal y para colmo no sabía cómo encajar lo que pudiera tener que ver Olga en ello. Todo lo que iba analizando llenaba de deducciones negativas la cesta de mis malos presagios sobre Olga.

Aquella mujer era todo un dilema. Yo no tenía ni la más remota idea de dónde podría haber aparecido. No era de Barcelona, posiblemente era de Marbella, dato que me preocupaba porque coincidía con el lugar de procedencia de la chica a la que habían matado en el hotel. No era del todo seguro que trabajase cerca de la notaría donde lo hacía Pedro porque éste no la había vuelto a ver más por allí. Fue ella la que se acercó a él y, a la primera, aceptó la invitación a sentarse juntos en la misma mesa y luego lo de acudir a una fiesta. Sin embargo, nada más llegar, se acercó a mí y se dejó ligar.

O era muy puta, o venía expresamente. Puede que las dos cosas.

Todo cuadraba. Olga había estado preguntándome constantemente por mi trabajo y por mis horarios y ha logrado lo que no había logrado nadie: meterse en mi casa. Ahora lo recuerdo claramente. No había caído antes ¿Cómo narices pudo saber que yo estaba en casa cuando vino con la cena? Tuvo que haber tenido que controlarme. Debía saber de dónde venía y puede que hasta con quién había estado. Por eso esta gentuza ha podido planear tan bien todo esto. Por eso López me encontraba en el despacho siempre que iba; sabía que yo estaba allí. Está claro: me han estado controlando. Tenían un topo. Tenían a Olga con ellos.

Otra vez el sudor, otra vez los nervios y la sensación de frío. Otra vez aquellos recuerdos desagradables que me hicieron dejar el cuerpo. Los fantasmas revoloteaban dentro de mi cabeza; girando una y otra vez mientras con su manto negro me nublaban la vista y el pensamiento. Otra vez aquellas largas sombras que me perseguían y me acosaban. Otra vez todos aquellos muertos desmembrados y el olor

a pólvora y amonal. Otra vez todo aquel humo que entraba por mi nariz y mi garganta mientras yo golpeaba insistentemente y con las correspondientes frecuencias el pecho de aquella mujer embarazada junto a la chatarra del coche que con ella había reventado. Otra vez la muerte en mi boca tratando de llenar sus pulmones para que volviese a respirar. Todos aquellos recuerdos tan dolorosos golpeaban ahora mi cerebro y me parecía que se iba a partir como si fuese la cáscara de una nuez. De nuevo aquella imagen imposible de borrar; sentado en aquella silla mientras las cuerdas me apretaban el pecho hasta romper mis costillas y ellos me apaleaban para sacarme información.

Otra vez aquellas explosiones y de pronto la niebla de donde ellos salían con sus fusiles escupiendo fuego y proyectiles que reventaban el aire con su estruendo.

No podía más. Me costaba dejar de pensar en ello. El psicólogo me lo dijo bien claro: Tranquilidad, buena vida, mucho dormir y comidas poco copiosas. Nada de ello hacía y, para colmo, la falta de tener un ángel de la guarda hacía que tuviese regalos como ese.

Me había quedado dormido durante un buen rato. Miré el reloj que estaba colgado en la pared junto a la pizarra "BIC Velleda". Vi que eran las once y diez. Esa media hora de sueño me fue muy bien. Me incorporé, me restregué los ojos y me levanté del sofá. Ande cinco o seis pasos y chafé aquella cucaracha que corría para meterse bajo la ruidosa nevera. Alcé el pié y mirándola tuve la sensación de haber pisado de golpe todos esos recuerdos, a Olga, a López a Leandro y a todos los que ahora me estaban incordiando haciéndome regresar a mis memorias peor guardadas y que me quemaban por dentro como cuando acudo, una vez al año, a la tumba de mis dos compañeros que allí se quedaron para la eternidad y que, rezando por ellos, beso la medalla que nos concedieron y que fui el único de los tres que tuvo la desgracia de no recibirla a título póstumo. Como si eso lo borrara y curara todo.

No podía ni debía llamar a Olga. No quería mirar si me había vuelto a dejar algún otro mensaje, pero lo hice y así era. *«Por favor, cielo, llámame, estoy muy preocupada, necesito hablar contigo urgentemente, he hecho algo de lo que me arrepiento y quiero avisarte.*

Llámame».

Aquello me lo confirmaba todo. Ahora si sabía yo lo que ella había hecho, pero si la llamaba sabría que estaba vivo y que estaba libre. Suponía que entonces alertaría a todo el mundo avisando de que el plan les había salido mal.

Apagué el móvil.

Mi duda era si contárselo al bueno de Cassavacchi. Supuse que no era prudente. Ellos lo estaban preparando todo para proceder a la localización de la banda de Manuel López y sus colegas. Imaginé que

por un lado o por otro acabaría viendo a Olga sentada en la comisaría junto a todos aquellos hijos de puta. Entonces le diría a Germán que no tenía ni puta idea de que ella pudiera estar implicada. Que me engañó como a un tonto, como lo habían hecho ellos haciéndome creer que vigilaba a un trabajador. Al fin y al cabo era así, lo habían conseguido y me metieron una muerta en mi propia cama.

Lo que me faltaba por saber era el por qué. Pero de eso…, esperaba enterarme muy pronto.

30

Fernando y Raúl entraron en la sala en la que yo estaba, me apresuré a darle una patada a la cucaracha. Con mi ayuda consiguió alcanzar los bajos de aquella nevera, aunque muerta.

—¿Cómo va eso? —dijo Raúl acercándose a la máquina de café y preguntándome si me apetecía uno mientras me añadía un hábil y jocoso comentario—: No te preocupes, hay muchas. Creo que salen con la humedad. Imagino que las atrae el olor a café y las migas que vamos dejando todos por aquí.

No comenté nada. Solo le di un sí como contestación a su invitación.

Fernando, mientas se marchaba hacia el despacho del jefe, sonrío viendo que nos habíamos hecho amigos Raúl y yo. Noté que se alegraba de ello.

No me había dado cuenta que Raúl traía la bolsa en la que yo llevaba toda mi muda. Ni siquiera me acordaba de ella.

Mientras nos tomábamos aquel café, que a pesar de ser de máquina, estaba bastante bueno, me informó de que en media hora íbamos a salir para Barcelona. Aproveché para ir al lavabo y cambiarme de calcetines, de ropa interior y de camisa, además de lavarme los sobacos y rociarme bien de colonia y desodorante. Tenía que darles buena impresión a las azafatas, me habían dicho que íbamos a ir en avión.

«¡Qué bien! Como los señores» le dije en un tono sarcástico.

Me comentó que, desde que habíamos llegado a la comisaría, Germán se pasó la mañana haciendo decenas de llamadas a Barcelona y que había movilizado a los del grupo de homicidios de la capital condal. También me apuntó que se puso en contacto con la juez que acudió al levantamiento, que era la que estaba de guardia y que continuaba con el tema porque no lo había pasado a reparto. Según le dijo el propio Germán, esa jueza iba a hacer todo lo posible para quedarse con aquel sumario y seguir personalmente las actuaciones. Por lo visto le vio color al asunto y no quiso perderse el privilegio de poder dictar sentencia en ese procedimiento. Le debió parecer que se trataba de un caso que iba a resolverse satisfactoriamente y en muy poco tiempo. Ella misma dictó todos los autos para que se pudiera actuar de oficio en Barcelona y llevar a cabo las detenciones y las entradas y registros pertinentes.

—¿Quieres ver la comisaría? —me preguntó Raúl.

Estaba cansado, pero pensé que me vendría bien estirar las piernas un rato y caminar por aquellos pasillos. Además me sentí casi obligado

porque entendía que se esforzaba en que cambiase la opinión que tenía sobre él. No lo hice, ya nada podía cambiarla.

—Venga ¿Por qué no? Nunca he visto una.

Se dio media vuelta y me espetó:

—¡Ya! Estoy seguro que casi tantas como yo. Pero estas son más modernas que las que tú pudiste ver a mi edad. Y mucho más que las que había en la Guardia Civil. En algunos lugares siguen estando casi igual que lo estaban antaño.

No sé si lo dijo medio en broma para meterse conmigo, pero el caso es que es cierto.

Tenía mucha razón. En las capitales de provincia se había mejorado mucho, sobre todo las Comandancias y las Zonas, pero en los puestos y las líneas, salvo aquellas que los propios ayuntamientos habían reconocido que daba algo de vergüenza mantenerlas y les habían concedido locales más decorosos, el resto estaban prácticamente como el primer día en que levantaron la Casa Cuartel. Con sus paredes blancas, sus persianas verdes, su valla de alambre alrededor para evitar posibles atentados —como si el alambre amortiguara los paquetes bomba y otro tipo de explosivos— y su letrero en la puerta con el "Todo por la patria" y lo de "El honor es mi principal divisa".

—No te voy a quitar razón. La tienes. Pero, por favor, no me hables de los sueldos, eso me da más vergüenza todavía.

Caminamos a la par que me iba presentando a los compañeros del grupo de Germán y explicándome en que especialidad estaba cada uno de ellos. No sé por qué, pero me sorprendió que Virtu me diera un beso en lugar de estrecharme la mano. Las otras dos mujeres sí que me la estrecharon.

Fue la inconfundible voz del Inspector Cassavacchi, la que nos hizo abandonar la excursión funcionarial. Desde su despacho llamó a Raúl para que fuéramos hasta allí.

Cuando alcanzamos su dependencia, vi que en la puerta había una maleta tipo *trolley* y como no podía de ser de otra manera, se fijó en que me había dado cuenta.

—He hecho que Fernando me trajese un poco de equipaje y algunas cosas personales.

No creo que dure demasiado, pero no sé cuantos días tendremos que estar en tu tierra.

Sobre su mesa pude ver que había unos billetes de Vueling.

—Supongo que te habrá contado Raúl que nos vamos ya para Barcelona. Allí se han puesto manos al tajo y hace algo menos de una hora me han confirmado que ya han hecho algunas detenciones; así que tendremos que ir a verles las caras.

Solo me atreví a asentir con un gesto. Prácticamente me quedé sin

saber que decir. Era una mezcla de alivio, de alegría, de rabia, de suspense y de no sé qué más. Posiblemente de miedo de ver según a quién.

—Venga vámonos. Por el camino tendremos tiempo de explicarte los pormenores y de que sepas como está la cosa en estos momentos. Solo comentarte que todo pinta my bien. Creo que has tenido mucha suerte Gumer.

31

De camino al aeropuerto Germán me contó algunos detalles que, aunque más o menos ya me habían adelantado sus dos pupilos, le escuché como si no supiese nada. Aquel hombre estaba disfrutando con lo que había conseguido con sus jefes y con la jueza. Normalmente se comunican las cosas vía radio y se manda actuar a los grupos de cada uno de los respectivos lugares sin tener que desplazarse, pero estaba claro que el jefe de esa comisaría les había concedido ese privilegio de viajar hasta allí porque el caso les iba a otorgar grandes reconocimientos.

Se trataba de un tipo achaparrado, de unos sesenta y cinco años, cano con mucho pelo y un bigote negro como el azabache, recortado a lo militar y que le daba un aspecto de general y de tipo duro y serio. Solo lo vi en el momento que nosotros llegábamos al despacho de Germán y él lo abandonaba mirándome de arriba abajo y saludándome fríamente con un movimiento de cuello. Lo que estaba claro es que sabía elegir bien las oportunidades para hacerse notar con buenos servicios.

Cuando la furgoneta oficial sin logotipos nos dejó en la Terminal, su conductor saludó como correspondía al Inspector Jefe y los cuatro nos dirigimos hasta la comisaría del propio aeropuerto donde nos estaban esperando.

Volví a tomar café. Aunque no es una cosa que haga habitualmente, es esa ocasión lo necesitaba; empezaba a sentirme muy agotado y con sueño.

Me presentaron al jefe de aquel destacamento y, como era evidente, charlamos durante un rato sobre el tema que nos había llevado hasta allí. El hombre aquel felicitó a Germán por la rápida solución del caso y a mí me dio la enhorabuena por haberme salvado de lo que podía haber sido un gran problema.

—Ha tenido usted la buena suerte de caer en manos de este gran profesional —comentó mirando a Germán Cassavacchi mientras le golpeaba suavemente en el hombro. Ambos parecían tenerse un gran aprecio.

Germán quiso quitarse importancia y repartir el éxito con los que estábamos allí. Se lo agradecí; Raúl y Fernando también lo hicieron. Ese detalle, aunque pudiera haberlo hecho por falsa modestia, demostraba la categoría humana de aquel jefe.

—Todos hemos trabajado mucho. Mis chicos han tenido mucho que ver y el señor Hierro ha colaborado de una forma sublime. Ha demostrado tener grandes conocimientos de estrategia policial. Se

nota que viene de donde viene.

Aquel hombre debía saber de dónde yo venía porque ni preguntó.

Los dos jefes se apartaron para hablar de sus cosas y Fernando, Raúl y yo nos sentamos a esperar. Recordé que tenía mi móvil apagado para ahorrar batería y lo que hice fue encenderlo y lo instalé en modo avión sin mirar nada más, busqué las canciones que tenía grabadas en mi archivo de música, enchufé los cascos y me procedí tranquilamente a escuchar a India Martínez. Estábamos esperando el embarque y no era plan de empezar una conversación sobre ningún tema. No me apetecía, así que me recliné hacia atrás y cerré los ojos.

El álbum que elegí fue el de “Vencer al amor”:

Cuántas veces te llamaba.
Te llamaba sola y triste,
pero nunca estabas.
Nunca estabas y perdí…
Perdí la voz.
Mi corazón se fue arrugando
en un rincón del miedo.
Y solo hay una vida,
vida, vida, por vivir.
Camino y camino,
pero no levanto el vuelo.

Escuchando aquella canción me daba cuenta de que yo era el que por poco no levanto el vuelo. Yo era el que estuvo a punto de perder el resto de vida que me quedaba por vivir.

32

Por fin embarcamos.

Por delante nos quedaban unos tres cuartos de hora, quizá un poco más. A pesar de haberlos adquirido en el mismo día, habían conseguido que los asientos en clase turista fueran correlativos y que estuviésemos los cuatro juntos. Estaba seguro que allí había una mano amiga. Di por sentado que se habrían encargado de esa gestión desde la misma comisaría del aeropuerto.

Germán se colocó a mi lado. Raúl, nada más poner el culo y hundirse en su asiento se abrochó el cinturón, se colocó lo más cómodo que pudo y cerró los ojos. Para él la vida iba a tener un salto en el tiempo que únicamente existiría en los sueños que fuese capaz de crear en su subconsciente durante parte del trayecto, aunque al despertar no recordase nada. Ese era el momento oportuno donde podía aprovechar para cazar las mariposas que despierto sería incapaz de atrapar. Ese es el lugar donde se consigue que éstas se posen en la palma de la mano y que, con sus alas de polvo e imposibles colores, se lleven todas las esperanzas a los lugares que soñamos alcanzar y que la ajetreada vida del día a día nos pone barreras para que no lo podamos conseguir.

Fernando estuvo leyendo la prensa y tratando de rellenar uno de los *sudokus* que traía El Periódico que le había entregado una azafata a la que no dejaba de mirar sus azules ojos y sonreírle pícaramente. Fueron varias las veces que lo intentó durante el viaje. Le pidió una coca-cola, almendras y alguna cosa más con tal de lograr un acercamiento con el único fin de poder preguntarle el nombre que ella misma lucia en una plateada chapa que la compañía le habría grabado expresamente para que colgara de su uniforme. Le fue tan difícil conseguir el teléfono de Beatriz como el poder acabar aquel pasatiempo. No consiguió ninguna de las dos cosas, aunque antes de dejarlo vacío, observé que decidió colocar al tuntún los números. Me pregunté si lo haría con todo igual.

Me hubiera pedido un whisky cuando la azafata me preguntó si quería tomar algo. En cambio, para tomármelo y disfrutar de un buen trago, preferí esperar a un momento de celebración más oportuno. Me lo debía a mí mismo.

—Un refresco de naranja y unas almendras —le dije a la guapísima azafata—. Me chiflan los frutos secos, aunque sé que engordan —ese comentario se lo dije a Germán que me imitó. Pidió lo mismo y empezó la conversación que yo estaba deseando iniciar.

—Si no me equivoco, nos va a salir todo de maravilla. La gente de Barcelona trabaja muy bien. El jefe del grupo al que vamos, y que va a trabajar con nosotros en este tema, es de mi promoción y muy buen tío. Se llama Torcuato Álvarez, es Inspector y tiene todos los puntos para llegar muy pronto a ser el Comisario Jefe de Vía Layetana. ¿Supongo que conoces esa comisaría?

—Si, como no.

—¿Y a él?

Di por sentado que me lo preguntaba pensando que en Barcelona los detectives vamos por las comisarias a diario y que conocemos a todo el mundo. O que yo, al venir de donde venía, y por mi edad, que se acercaría mucho a la de ese tal Torcuato, podría conocerlo de antes. Pero no era así. Nada más lejos de la realidad. No tengo ni idea de cómo funciona eso en Madrid que, por lo que sé, hay más contacto entre los detectives y los miembros de la policía y guardia civil que los que hay en Barcelona; todo por culpa de la cantidad de grupos policiales que hay en Cataluña y el hermetismo interpolicial que existe desde que los *Mossos d'Esquadra* asumieron las competencias territoriales. A Torcuato Álvarez no le conocía, pero sabía quién era por haberlo visto en alguna de esas reuniones de Seguridad Privada que se hacen de vez en cuando y a las que yo suelo asistir de tanto en tanto.

—Sé quién es, pero no he hablado nunca con él —le hice saber.

—Pues ya lo conocerás, es un gran tipo. Con él es con el que he estado hablando desde que empezamos a tener información clara sobre estos individuos. Antes de salir me ha dicho que tenía a todos sus efectivos en la calle intentando localizar a cada uno de los que puedan formar esa banda. Yo también he dejado aquí en Madrid un grupo para que sigan haciendo gestiones y detenciones a los que están en Madrid que, por lo estamos logrando averiguar, hay más de uno en este lío. Creemos que los del club donde la chica estaba trabajando tienen que tener mucho que ver en este asunto. Alguien de aquí tiene que estar conchabado para haber permitido que esta chica pudiera haber acudido a trabajar a ese local. La muerte de ella ha de ser una investigación paralela a la que nosotros llevamos. El análisis que el Jefe del grupo de homicidios y yo mismo hemos podido hacer, es que tiene que haber un nexo de unión en lo de quererse cargar a esa chica y otro en lo de vengarse de ti. Ahora falta saber cuál es ese nexo de unión entre cada una de esas tramas.

—Es posible. Yo tengo muy claro que no existe relación entre ella y yo. Estoy totalmente de acuerdo contigo. Perdona si me muestro egoísta, pero… —le avancé esa frase para prepararle y que no le pudiera sentar mal mi siguiente comentario—, en parte; lo que le haya podido pasar a la chica me da igual. Lo que quisiera saber es por qué

me han elegido a mí.

Imagino que no fue al azar. Y por lo que puedo haber llegado a intuir, me han debido de estar controlando para que esto les saliese tal y como lo tenían planeado.

—Sí. Yo también lo creo.

Durante unos minutos estuvimos callados. Cada uno con sus pensamientos. Yo rompí ese silencio como el arco iris interrumpe la lluvia.

—Germán ¿De dónde viene es apellido tuyo? Casabichi no debe ser de aquí ¿verdad?

Se río por mi mala pronunciación. Aunque intuí que era algo a lo que estaba acostumbrado.

—Es Cassavacchi. Con dos eses y dos ces. Es italiano. En realidad es el apellido de la familia de mi madre y no de mi padre.

Debió notar mi cara de sorpresa.

—Te diré algo que sabe muy poca gente. Mi nombre al nacer era Germán Del Barco Cassavacchi. Yo creí que mi padre había muerto en un accidente de tráfico. Eso es lo que mi madre siempre me había contado. Poco después de hacer la primera comunión, mamá enfermó.

Un cáncer de esos galopantes se encargó de arrancármela como si fuera una muela picada.

Sufrió mucho para criarme ella sola —se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que tragar saliva para poder continuar relatando su conmovedora historia—. A partir de ese momento fueron mis abuelos maternos los que se hicieron cargo de mí. A los paternos jamás los conocí, siempre creí que estaban en Argentina. Mi madre, una italiana, hija de un italiano y una española, abandonó su país tratando de establecerse en España y conseguir lo que en el suyo no podía hacer, que era encontrar trabajo, entró como sirvienta en una familia adinerada. El hijo de aquella familia, un rico sin profesión conocida, la embaucó y la dejó embarazada. Como era de suponer, se negó a casarse con ella y además la echaron de aquella casa, aunque le dio el apellido. Mis abuelos acudieron a su lado y empezaron una nueva vida en Azuaga, un pueblo de Badajoz de donde, como yo, había nacido mi abuela, su madre. Allí, haciendo lo único que la pobre sabía hacer, limpiar casas y trabajar en el campo, luchó para mantenernos a los cuatro.

Un día mi abuelo se sentó frente a mí y me explicó la verdadera historia. Me tiré casi una semana llorando. Desde aquel momento maldije al que me había engendrado. La rabia me comió por dentro. Cuando cumplí los dieciocho años me cambié los apellidos, era algo que estaba deseando hacer. Tomé los apellidos de mi madre, por eso el primero es este apellido italiano de mi abuelo y el segundo Alfaro, que era el apellido de mi abuela, muy común en ese pueblo de Azuaga.

Calló, me miró y me dijo:

—Mantenlo en secreto.

— No te preocupes lo haré. Es una bonita y a la vez triste historia.

—Triste fue saber que mi madre no había sido feliz, y que yo viviera tantos años con esa ignorancia y sin poder hacer nada durante los pocos años que pude disfrutar de ella. De haberlo sabido, habría intentado consolar la pena que debió arrastrar guardando ese secreto por no hacerme sufrir.

No pude más que ponerle mi mano sobre su rodilla. Realmente era una tierna y emotiva historia. Cuántas habrá por el mundo así, pensé. Vivencias dignas de ser plasmadas en las páginas de un libro para que la gente se dé cuenta de lo feliz que es cuando tienen una vida normal y que sin embargo siempre se están quejando de todo.

Me agradeció el gesto y me lo hizo saber:

—¿Sabes qué? —no hizo falta que yo contestase, tampoco me dio esa opción— Me quedé muy tranquilo; como si hubiera liberado mi alma y hubiera hecho feliz a mi madre de golpe. Me fui al cementerio, le puse un ramo de flores en su tumba y pegué en su lápida una placa que hice grabar. En ella reza: "Del Barco partió para siempre hundiéndose en el fondo de un mar donde debió estar mucho antes. Ahora ya puedes descansar en paz"

No pude articular palabra alguna. Fue él quien me hecho un salvavidas.

—Me ha gustado contártelo. Me ha servido de liberación.

En aquella tesitura, y con la sinceridad con la que aquel hombre me acaba de hablar, pensé que era un momento ideal para abordar un tema que me quemaba las tripas hasta el punto de sentirme como en la misma fragua de Vulcano.

—Germán desde que aparecisteis por el hotel y entrasteis en mi habitación he pasado unos momentos de agobio como nunca me había ocurrido. Y mira que he pasado momentos desagradables.

Su mirada era de compresión y con cierto aire nostálgico. Lo único que pudo llegar a decir fue un triste *«Imagino».*

—De verdad ha sido algo que… No sé ni cómo llamarlo —no quise perder la oportunidad y me tiré al ruedo emulando a cualquiera de las grandes figuras del toreo—. ¿En qué momento empezaste a creerme y a confiar en mi inocencia?

No tardó ni un segundo en contestar.

—¿Desde el primer momento? —me quedé con la boca abierta y debió notarlo—.

Desde que estoy en los grupos de homicidios he visto muchos culpables y muchos inocentes.

Normalmente no lo sabes hasta que no haces investigaciones y, por desgracia, a veces, ni aun así. Pero tu reacción no era la de una

persona que hubiese querido matar a aquella chica.

—¡Ya! —dije todavía atónito y sin saber que más decir.

—Como comprenderás. Tenía que hacer mi trabajo y dejar trabajar a la jueza, al forense y a todos los especialistas que sabía que tenían que entrar a jugar sus cartas en esa partida.

—¿Por qué no me llevaste a la comisaría cuando todos habían acabado sus respectivas tareas? Se suponía que estaba detenido por asesinato.

—Realmente lo estabas por homicidio. No tenía constancia de que lo hubieras hecho con alevosía, premeditación, etcétera, etcétera… —sonrió.

Ahí estuvo muy oportuno dándome con el código penal en los morros; luego soltó una carcajada para demostrarme que quería poner una nota de humor y socarronería al momento.

Lo consiguió.

—No, de verdad ¿Por qué?

—Cuando pensé que cabía la posibilidad de que no hubieras sido tú, caí en la cuenta de que, de ser así, podría ser que alguien que hubiera formado parte de esa muerte todavía pudiera estar en el hotel. Si te hubiera llevado detenido, y te hubiera sacado de allí, le habría estado dando una información que yo no quería ofrecerle en el caso de que así fuera. Para mí era inviable detener a todos los huéspedes y empleados, pero, tenía muy claro que, de no ser tú, alguien había tenido que llevar a la chica hasta allí y por lo tanto podría estar merodeando, o incluso alguno que indirectamente hubiera sido partícipe y colaborador de la trama, cosa que ni descarté ni todavía descarto.

La inteligencia de aquel hombre iba más allá de la que yo le había asignado.

—También existió un elemento que me daba fuerzas a pensar que tú no habías podido ser.

Me quedé de piedra.

—A sí. ¿Cuál?

—Yo ya lo había visto…, pero cuando bajamos al coche contigo, esperé tu reacción y noté lo que quería observar.

Se me volvió a quedar mirando sin decir nada. Otra de esas malditas y repetidas pausas suyas. Menos mal que siguió enseguida, en caso contrario me hubiera dado algo.

—La llamada que recibimos de un supuesto testigo. Su anónimo interlocutor explicaba, tal y como te dije en su momento, que había visto un hombre golpear en el coche a una mujer, sacarla del coche, seguir golpeándola y llevarla a una de las habitaciones del hotel. Sin embargo el salpicadero del coche no tenía el aspecto de haber golpeado en él la cara de una chica, ni la de nadie. Sino, como si

hubieran querido mancharlo con sangre de ella después de haber salido del coche. Sabes muy bien que si hubiera sido porque la hubieran estampado habrían quedado rastros de su cara y si hubiese sido por que la hubieran golpeado dentro del coche, las manchas de sangre serían salpicaduras y no lo que allí encontramos. Tampoco había restos de sangre desde el coche a la habitación. Y eso, sangrando tal y como lo explicó, hubiera sido lo lógico.

No daba crédito a toda aquella información que a mí me había pasado por alto. Estaba claro que era un hombre de homicidios.

—Ni me había dado cuenta de esos detalles —dije totalmente sorprendido y a la vez contento.

—Es lógico, tu estado mental no era como para estar haciendo una inspección ocular — dijo queriendo justificarme—. Además, hay algo que destrozaba aquella farsa.

—¿El qué? —le dije con total impaciencia esperando que me iluminara.

—De ser así la chica tendría la cara destrozada y si piensas un poco. La pobre chavala solo estaba degollada, nadie le había dado ni un solo tortazo.

—¡Hostias! Es verdad.

—Por eso, como te he explicado pensaba que el autor conocía muy bien el hotel y por eso no sale en ninguna cámara ni la chica tampoco. Lo mismo que la facilidad que tuvo en poder entrar en tu habitación. De ahí me incliné a pensar que pudiera estar aun en el hotel. Ya sabes. A los atracadores y a los asesinos les gusta aparecer por el lugar de los hechos y meter la nariz si tienen un mínimo de oportunidad.

Asentí con un gesto aprobatorio y le dejé que continuara.

—Tengo que reconocer que tú me lo pusiste fácil. Supe rápidamente que no estaba hablando con un detective del tres al cuarto. Me he tropezado muchas veces con algunos de vosotros y hay una diferencia brutal entre unos y otros. No es por darte coba ni por peloteo; no tengo ninguna necesidad, pero noté tu escuela, a pesar de que conozco a otros que, sin haber pasado por alguno de estos cuerpos policiales, tienen también una gran categoría y profesionalidad. A partir de ahí las cosas se fueron poniendo en su sitio y en parte, también por lo que tú mismo aportaste con tu propia información. El bolígrafo ha sido algo fundamental y evidentemente, la matrícula también.

—¿Qué hubiera pasado si no hubiéramos tenido el bolígrafo y esa matrícula, o incluso que también hubiera sido falsa o robada como el resto?

—Buena pregunta. No lo sé. Hay que reconocer que esa gente lo ha preparado muy bien. No ha dejado ningún elemento que les pueda inculpar. Incluso, teniendo lo que tenemos, tendremos que demostrar

muchas cosas. Aun no está todo decidido. Dependerá de lo que podamos obtener a partir de ahora.

—Déjamelos a mí —le comenté en broma—. Me gustaría hablar con ellos a solas.

Sobre todo con el señor López.

Se río interpretando la letra pequeña de mi mensaje.

—Gumer. Todo ha cambiado mucho desde que tú dejaste el cuerpo. Ya no se utilizan los mismos métodos de interrogatorio que antes. Ahora somos más técnicos.

—Querrás decir que ahora se respeta a los malos y no se sabe defender a las víctimas como toca.

En ese tema no me gustaba entrar. Pero me salió del alma.

—No. Ni mucho menos —se puso serio— quiero decir que ahora respetamos los derechos humanos y las normas.

No pude más que replicar de nuevo.

—Yo siempre las respeté. Pero, si tenía que inclinarme por los derechos humanos de alguien, me inclinaba mucho más por los de las víctimas. Lo único que tratábamos era de llevarlas a cabo cuando se sabía que realmente eran los verdaderos culpables. Nunca antes.

—No te voy a quitar la razón, pero ahora nadie te salva el culo y antes sí que lo hacían.

La conversación subía un poco de tono y aunque ambos teníamos nuestras razones para seguir discrepando, quise dar por acabada aquella conversación que ya no tenía demasiado significado el continuarla.

—Si Germán, pero por eso hay casos que no se resuelven; como el de Marta de Castillo, Cristina Vergua y otros tantos que se sabe perfectamente qué ha pasado y cómo pero que…

—Esa es la palabra Gumer: Pero que…

—Me alegro de haber dado contigo Germán. De verdad. Te debo mi libertad, pero sobre todo tu buen trato. Un millón de gracias.

Las luces de aviso para colocarse los cinturones se encendieron en el panel superior de nuestros asientos y nos llevamos las manos a la cintura de forma intuitiva aunque ninguno de los dos nos lo habíamos desabrochado.

—¡Venga, Gumer! —añadió Germán mientras en la megafonía se escuchaba que en Barcelona el cielo estaba despejado y la temperatura media rondaba los veintiún grados—.

Vamos a acabar con tu problema. Vamos a trincar a todos esos hijos de puta que han querido joderte la vida.

Lo dijo con un tono y un gorgoteo en su garganta que me pareció que estaba realmente emocionado. Para evitar mirarme se giró para despertar a Raúl que lo tenía a su derecha; al otro lado del pasillo.

No había visto el momento oportuno para comentarle mis dudas

sobre Olga. Tampoco sabía muy bien cómo hacerlo. Sin embargo tenía una oportunidad de oro para intentarlo.

—Germán…

Acababa de girarse tras pedirle a Raúl que se incorporara y comentarle a Fernando que en cuanto aterrizáramos llamara para avisar de que ya estábamos en la T2 de Barcelona.

—Perdona. ¿Qué me querías decir? —me dijo tratando de atenderme.

No me atreví. Temí su reacción. Temí que cambiara su opinión respecto a mí por haberle ocultado mi sospecha sobre ella. Sin embargo, por otro lado, me preocupaba que el no habérselo dicho fuese peor. Estaba hecho un lio. Opté por esperar acontecimientos.

—No. Nada importante. Solo quería saber si tendré oportunidad de pasar por casa y darme una ducha. Creo me hace falta y que no estoy del todo presentable. Tengo la sensación de que, si voy así a algún sitio, habrá muchas personas que se apartarán de mi lado.

Me eché a reír.

33

Por los altavoces, en boca de una dulce voz femenina, se escuchaba que el Comandante Pedro Jiménez López y toda la tripulación, nos agradecían que hubiésemos elegido su compañía y nos indicaba que estábamos a punto de aterrizar en Barcelona.

—No podremos bañarnos en la playa Germán. Qué lástima. Una vez que vienes cerca del mar.

—Es verdad. Pero no te preocupes. Te llamaré en verano para que me invites un fin de semana a tu casa y entonces nos iremos a bañar y a pescar. Siempre me ha gustado poder pescar en la orilla del mar.

Al salir, Beatriz, la azafata, le mostró a Fernando una de sus mejores sonrisas. Fue lo único que se pudo llevar de ella.

La diferencia de temperatura al salir del avión me erizó el bello del brazo. No nos esperaba nadie a pié de escaleras. En lugar de llevarnos hasta uno de esos *Fingers* retráctiles para acceder al vestíbulo del aeropuerto nos dejaron en mitad de las pistas, por lo que nos subimos directamente a uno de esos autobuses a los que llaman "jardineras" y en los que con ello siempre he tenido la sensación que nos trataban como a plantas o flores en lugar de personas. Le transmití a Germán ese mismo comentario.

—El que le puso ese nombre a este vehículo, seguramente debió hacerlo pensando que, a los que nos dejan en mitad de las pistas de aterrizaje, con el riesgo de que venga un avión despistado y nos arrolle, nos considera un manojo de capullos y de ahí que le pusieran ese nombre a estos vehículos.

Al Inspector le hizo gracia mi comentario, pero decidió ilustrarme y hacerme salir de inmediato de mi ignorancia.

—En realidad es porque antiguamente, en los aeropuertos de los países tropicales, a modo de bienvenida, se acercaba hasta la escalera del avión uno de esos pequeños trenecitos articulados, como los que ahora tienen en casi todos los recintos hoteleros de esos mismos países caribeños y en muchas de las poblaciones costeras para mostrar las típicas lindezas turísticas a sus visitantes. Lo que ocurre es que, para entonces, esas vagonetas iban pintadas por fuera con ornamentos florales y cada una de ellas parecía una jardinera. De ahí el nombre.

—Caramba. No tenía ni la más remota idea. Me has dejado parado.

Aquel hombre era, como pude comprobar, un hombre culto, detalles como ese te hace clasificar a las personas. A él, al margen de su faceta profesional, en la que también me hizo calificarle con una nota muy alta, lo situé en la lista de personas leídas, circunstancia de la que muchos carecemos en este extravagante país en el que la

cultura es una las preocupaciones menos valoradas en las encuestas. Hay tantas personas que dicen que leen como las que manifiestan ver los documentales de la 2 o como los que dicen no ver Tele 5.

Comprobé que éste no era terreno donde las botas de Germán pisaran el barro y polvo que deja el mundo delincuencial. Nadie nos estaba esperando en el aeropuerto como yo había comprobado. El que se ocupó de llevarnos hasta allí fue un taxista de pelo largo, con un moño a modo de *Samurái* y con una foto junto al taxímetro de tres mellizos a los que deduje que tenía que mantener haciendo un montón de horas y kilómetros.

Conocedor de los protocolos y de las obligaciones que tienen esos centros policiales, Germán se encargó de hacer una llamada para que su colega supiese que nos dirigíamos hacia allí. La hizo después de la Fernando hubiese comunicado a Madrid que ya estábamos en Barcelona.

Mientras Germán hablaba pude ver como tomó varias notas y que parecía muy contento con lo que estaba escuchando al otro lado del aparato: —Ok, perfecto.

—…

—Ah. Genial. Gracias.

—…

—Por favor pásale esa información por escrito a mi comisario y dile que ya estamos aquí. Pásale un radio a los de Málaga y que ellos te pasen uno de sus actuaciones hasta el momento. Gracias.

A petición de Germán le dije al conductor que nos llevar hasta la Catedral de Barcelona y que fuese por el Cinturón del Litoral para poder subir por Vía Layetana. Una vez llegamos allí, le pedí que se detuviera un poco más arriba de la Plaza de Antonio Maura.

Los claxon de algunos impacientes y desesperados conductores sonaban de forma estridente y nerviosa porque les molestaba que otros se detuvieran para que sus ocupantes se apeasen, o porque no se habían puesto en marcha de inmediato al ponerse el semáforo en verde interrumpiendo de esa manera su enérgico y frenético ritmo de vida. Eso era lo que a diario despierta a la Barcelona activa y progresista que nos convierte en una ciudad cargada de estrés que va a acabar por destrozarnos.

Nos apeamos y caminamos los pocos metros que nos separaban de aquellas dependencias oficiales. Fue el propio Torcuato quien nos recibió a la entrada. Reconoció a Germán cuando estábamos cruzando el paso de peatones.

Ambos se fundieron en un abrazo. Luego vinieron las obligadas presentaciones.

34

Una vez que Germán me presentó a Torcuato. Estuvimos en la misma puerta durante unos minutos hablando de personas de los dos cuerpos que ambos conocíamos y con los que habíamos tenido algo en común. Eso era algo normal, los dos teníamos muchos años y estaba claro que directa o indirectamente teníamos que haber coincidió en varios temas. Aquellos tiempos de los que hablábamos eran muy controvertidos y peligrosos, tanto en delincuencia como en terrorismo, terreno que ambos conocíamos perfectamente.

El propio Torcuato nos acompañó hasta la planta donde se ubicaba el Grupo II de la Unidad de Droga y Crimen Organizado (UDYCO) de la que él era el jefe. Desde allí nos llevó a su despacho.

Una vez nos hizo sentar llamó a un compañero para que se llevara nuestras pertenencias a una sala. Allí, en su despacho, tanta gente y tanto equipaje daba la sensación de que estábamos en la recepción de un hostal.

Torcuato, aunque se dirigía directamente a Germán, empezó a contar como estaba la situación hasta aquel mismo momento. Se le veía muy contento y denoté, por su forma de hablar, que “los de arriba” también lo estaban.

Empezó a relatar que todo estaba saliendo de maravilla gracias a la información que desde Madrid se le había pasado. Nos dijo que ya tenían a dos personas detenidas y que iban a proceder a la detención de varios más. En ese momento abrió una carpeta y sacó una nota en la que vi que tenía una lista con varios nombres. En ese mismo momento empecé a sudar. Ahí era cuando esperaba oír definitivamente aquel nombre.

Giró la nota y la puso delante de Germán para que lo comprobara personalmente. Yo también lo hice.

Ninguna Olga.

Sin que nadie se apercibiese, me dejé caer hacia atrás en la silla que me había colocado sentado con el culo tan hacia adelante para poder leer todos aquellos nombres que casi me caigo.

Durante unos cinco minutos más estuvieron cambiando impresiones sobre lo que iban a hacer y cómo se iban a organizar para efectuar el resto de detenciones y todos los interrogatorios. Las posteriores gestiones fueron encaminadas en desarticular toda la red.

Comentaron que en Madrid también estaban esperando órdenes para proceder a actuar contra otros posibles sospechosos, al igual que en Marbella.

Aquello iba a resultar un servicio de dimensiones descomunales y

yo, por nada del mundo, alcanzaba a sospechar qué era lo que tenía que ver en todo aquello. Por lo visto alguien tenía que ser un grano en el culo para los de esa organización y lo habían confundido conmigo.

Estaba deseando averiguarlo.

De todas formas, a partir de ahí, yo sobraba en aquella comisaría. Para lo único que contaron conmigo fue para ir a visitar a los dos detenidos que estaban en allí detenidos, reconocerlos oficialmente y firmar esas diligencias. Aunque eso era algo que ya estaba confirmado.

Bajamos hasta la planta donde estaba la sala de reconocimiento y las tres salas de interrogatorio. En una de ellas tenían detenido a Agustín Landero Montoya, propietario del Citroën Saxo y al que yo conocía como a Leandro Vicente y en otra tenían a Fernando Martínez Ledesma, mi cliente el señor Manuel López. Se me removieron las tripas al verles a los dos a través de las ventanas de los espejos mágicos por donde les puedes ver y ellos a ti no.

Me daban ganas de entrar y matarlos. Valientes hijos de puta.

Evidentemente, como era de esperar, les identifiqué inmediatamente. No había ninguna duda.

Firmadas las correspondientes diligencias subimos de nuevo al despacho de Torcuato.

En esa ocasión lo hicimos solo Germán y yo, Raúl y Fernando se pusieron a disposición del resto del grupo y, por lo que supe, iban a empezar con el resto de detenciones, tanto ahí como en Madrid y Barcelona. Me informaron que en Madrid ya habían detenido a Enrique Guijarro Montero, uno de los dos que se reunió con Leandro en Madrid y que yo les estuve siguiendo.

El mismo que yo ya había reconocido en la foto que Germán me enseñó en su despacho.

Mientras subíamos, Germán me explicó que Landero —mi Leandro para que nos entendamos—, había cantado a la primera de cambio. Como vulgarmente se dice: “se cagó patas a bajo”. Por lo visto no hizo falta meterle una bolsa de plástico en la cabeza para que acabase derrotándose, aunque imaginé que se la debieron mostrar varias veces para que creyera que se la acabarían poniendo si no cooperaba voluntariamente.

Ese tipejo acabó por facilitar el nombre de Agapito Segundo, un ex convicto que ocupaba el puesto de seguridad, o más bien de matón, en aquel puticlub de Madrid. Por lo que hasta entonces se sabía, ese individuo fue el encargado de darle pasaporte a Aurelia Márquez, la prostituta a la que desterraron y luego mataron simplemente porque habían descubierto que intimaba demasiado con algunos clientes y que tenía salidas, en plan particular, sin que los beneficios de sus servicios pasasen por caja. Cosa que a sus proxenetas les parece de muy mala educación y sus correctivos no suelen ser ese tipo de

castigos que es suficiente con hacerlas poner de rodillas con los brazos en cruz o mandarlas al rincón de pensar.

Sus formas son algo más macabras.

También le habían informado que Fernando Martínez, el falso Manuel López, estaba resultando algo más complicado. Éste no se derrumbaba. Mantenía el no saber de qué se le estaba acusando e insistía en hablar con su abogado.

Sin darnos cuenta nos dieron las dos de la tarde. Yo no sabía en qué hora vivía, ni tan siquiera en que día. Escuchando la conversación de Torcuato y Germán, reaccioné en pensar que todo había pasado muy lento pero a la misma vez demasiado rápido. En esos momentos hacía aproximadamente veinticuatro horas que había aterrizado en Madrid siguiendo a mi objetivo y dirigiéndome al hotel donde unas horas más tarde empezaría mi peor de las pesadillas.

No había dormido y recordé que había dejado mi coche en el aeropuerto. Decidí que era el mejor momento y motivo para interrumpir el parlamento que mantenían aquellos dos jefes intentando organizar a cada uno de sus diferentes grupos, y a los de Marbella que también se habían sumado a la fiesta.

35

Tosí tratando que de aquella inocente forma, pareciese mucho más suave la interrupción y me disculparan. No sabía si funcionaría bien y como lo interpretarían, pero estaba claro que llamé su atención y los dos se giraron hacia el sillón del que yo me estaba intentando levantar, no sin esfuerzo. Llevaba allí casi quince minutos y me había quedado más hundido que el mismísimo *Titánic*.

—Perdón. Disculparme. No tengo ni idea de la falta que os puedo hacer. Ni siquiera en calidad de qué sigo aquí —aquello les dejó como fuera de juego—. Soy el que más interés tiene en saber cómo va a acabar esto y sobre todo en cómo voy a acabar yo. No me importa permanecer aquí e ir a donde haga falta por si tengo que reconocer a alguna persona más. O

hacer algún tipo de declaración que creáis importante, pero me gustaría conocer mi verdadera situación. Además, tal y como te comenté en su momento, Germán, aun tengo mi coche en el aeropuerto de El Prat y me gustaría pegarme una ducha y cambiarme de ropa.

Seguían impertérritos. Ambos se miraron esperando que el otro fuese quien diera una respuesta a mi prerrogativa. No les di tiempo. Yo mismo se lo puse en bandeja.

—Si no tenéis inconveniente… —Ahora era yo el que empleaba las pausas que tanto les gustaba hacer a Germán y la añadí para que me diera tiempo a estudiar la cara que ponían cada uno de ellos y saber hasta qué punto podía estirar la cuerda sin que se me rompiera en las manos—, mientras seguís organizando el *modus operandi* y vuestros chicos hacen el mucho trabajo que les queda por delante, me podría coger un taxi, ir al aeropuerto, recoger mi coche, ir a mi casa, pegarme una ducha, descansar un par de horas y volver aquí de nuevo para lo que vosotros mandéis.

Se me había olvidado la forma tan desconsiderada y fría que tenía algunos jefes de departamentos para pedir según qué cosas a sus inferiores. Torcuato me lo recordó. Aunque fue educado. Lo cortés no quita lo valiente.

—Perdona Gumersindo. Puedes salir un segundo.

Entendí que no iban a decidir nada sin comentarlo antes entre ellos y sin que yo pudiera escucharles. Era justo. Pero, de ese tipo de reuniones, siempre se puede esperar lo peor.

Cuando no lo tienen claro acaban obedeciendo a sus miedos y a sus por si acaso.

—Cómo no. Por supuesto.

Salí fuera del despacho de Torcuato y cerré la puerta tras de mí. Observé que aquel lugar también olía a humedad. Son edificios muy antiguos y con muros muy anchos, tal y como se construía en aquellos tiempos. Aún así me pareció más sobrio que en el que había estado en Madrid. Un oficial que estaba trabajando dos mesas más allá se fijó que yo había salido del despacho de su jefe y sonriendo me invitó a sentarme en la silla de la mesa que yo tenía a mi lado.

—Siéntese ahí si le apetece. No hay problema.

—Gracias.

Lo hice. Me senté. No había nadie en aquella mesa cuya superficie de madera de color gris estaba totalmente vacía a excepción de un portátil cerrado, un teléfono fijo y una grapadora.

Aquel joven oficial, con unas gafas de pasta blanca que gracias a su corte de pelo y vestimenta le daba un aire *yuppi*, continuó con su tarea en el teclado sin dejar de mirarme de reojo en ningún momento. Supuse entonces que la invitación a que me sentara fue más bien un: *«Estate ahí sin moverte, que no sé por qué motivo has salido y si te puedes marchar o no»*.

No pasaron ni dos minutos cuando se abrió la puerta del despacho de Torcuato y el propio Germán asomó la cabeza invitándome a entrar de nuevo.

En cuanto entré Torcuato continuaba sentado en su sillón, tras su gran mesa de caoba roja. Caminé hacia él como el que se presenta ante un jurado para que le dé la nota del último examen y saber si es apto o no. Germán que anduvo tras de mí, me sobrepasó sin decir ni una sola palabra y se colocó a la izquierda de la mesa de Torcuato, de pie, esperando que fuese éste el que se dirigiera a mí. Al fin y al cabo estaba en su campo y era el que allí cortaba el bacalao.

Por mucho que hubiese llegado de la mano del madrileño amigo suyo, yo allí, no era más que un intruso.

—Gumersindo. Nos interesa mucho que estés aquí para las posibles identificaciones que puedan surgir. Tanto de las que hagamos aquí, como las que puedan hacer los diferentes grupos que están trabajando en otras provincias. Como bien sabes, se trata de una red muy organizada y extensa.

No me lo podía creer. Me iba a negar hacer lo que le había pedido, en cuyo caso era como si siguiese detenido. Le clavé los ojos como si le hubiera lanzado un dardo al centro de la diana jugando al 501, pero me equivoqué, aquel hombre no había terminado de explicarse.

—Pero entendemos que debes estar muy agotado y que necesites darte una ducha.

Germán me ha contado los detalles desde que entraron en la habitación del hotel. Te acompañará uno de mis hombres al aeropuerto para que recojas tu coche. Desde ahí te podrás ir a tu casa,

pero te pediría que nos des tu número de móvil para estar en contacto contigo por si nos haces falta antes y que, si no hay ninguna urgencia, a las siete estés de nuevo aquí.

El corazón me latía de tal manera que creí que ellos lo estaban notando cabalgar en mi pecho. Fue un alivio y se lo agradecí a los dos. Con aquello, por fin me sentí libre.

—Gracias a los dos —me giré para hacerle a Germán un gesto de aprobación. Estoy seguro que tenía un porcentaje muy alto en aquella toma de decisión—. De verdad, lo necesito.

Lo que he pasado no se lo deseo ni a mi peor enemigo.

Fue Germán el que tomó la palabra.

—Nos ha costado tomar esa decisión porque tenemos un problema añadido.

Me dejó de piedra.

—Un problema… ¿Cuál? —volví a impacientarme de nuevo por la misma causa.

—Sí. Aun no estamos seguros de que tu casa la tengan vigilada y pueda ocurrirte algo.

Es una responsabilidad muy grande dejarte marchar, pero hemos decidido pensar que serás capaz de observar si es así y llamarnos antes de hacer cualquier movimiento que contraiga algún peligro. Deberás estar a la *guay*. La otra opción es que te acompañe una pareja mientras sales del aeropuerto y llegues a tu domicilio.

Aquello me venía grande ¿Yo estar vigilado? ¿De qué? No hombre no, aquellos tipos ya estaban detenidos y los que no, en todo caso, si sabían de mí y dónde pudiera estar yo, lo que tratarían sería pirarse lejos para que no les trincasen. Tenía muy claro que no existía ningún problema, pero por otro lado entendía su responsabilidad.

—Tranquilo. No os preocupéis, estaré ojo avizor. No necesito escolta.

No me atreví a decirles que sabía cuidarme. Ayer no lo había hecho y me la habían metido por detrás sin vaselina. Opté por tener la boca cerrada.

Ultimamos varias cosas que ellos creyeron necesarias y enseguida se levantó Torcuato e hizo venir al agente de aspecto *yuppi* y le pidió que me entregara todas mis pertenencias.

Germán me avisó que en cuanto abriese la bolsa notaría que me faltaría la grabadora de vídeo con la que yo trabajaba. Me explicó que aunque no fuera un procedimiento habitual y ético, él mismo la había revisado en Madrid y que de esa manera, entre otras cosas, supo que una de las fichas de antecedentes que me mostró en su despacho era la de unos de los dos tipos que yo había visto reunirse con Leandro Vicente, así como el haber reconocido al propio Leandro Vicente y saber que se trataba de Landero antes de que me las pudiera haber

mostrado a mí.

Aquel hombre no dejaba de sorprenderme.

Torcuato lo miraba mientras me lo estaba explicando, pero su cara mostraba el desacuerdo en la información que me estaba participando. Esas cosas no deben contarse. Es un tipo de procedimiento que jamás se hace en una comisaria ni en un cuartel. Más que nada porque es ilegal sin un mandamiento judicial.

—¡Que cabrón! —Se me escapó el escarnio, fue un acto involuntario y él sonrió entendiendo que no se lo estaba diciendo tal y como sonaba por si misma aquella palabra—.

Con razón me dijiste que estabas seguro de que lo reconocería. Claro, tú ya habías visto su cara en la grabación.

—Así es. Tal y como te lo acabo de confesar. Por eso y otras cosas más pude asegurarme en confiar en ti. De ahí la respuesta que te di cuando me lo preguntaste mientras veníamos en el avión.

No había más que hablar. Me acerqué a él y le abracé.

Aproveché la ocasión de estar tan cerca de él, y que Torcuato no me escuchaba, para decirle al oído:

— *«Creí que me habías dicho que ahora ya no se procedía como antaño y que se respetaban los derechos humanos y las normas. Me alegro que aun se siga haciendo ese mismo tipo de actuaciones para salvar a las víctimas»*

36

En cuanto aquel simpático agente al que yo tildaba de *yuppi* me dejó en el aparcamiento del aeropuerto le di las gracias y me despedí de él, pero me dijo que no se marchaba, que tenía órdenes de acompañarme hasta la zona donde estaba el responsable de la vigilancia del aparcamiento. Le habían dado órdenes de hacer que me abrieran la puerta como si se tratase de un vehículo oficial. Así se lo había ordenado su jefe y así ocurrió.

Me pareció todo un detalle. Al fin y al cabo ese gasto no lo iba a poder facturar. Ni ese ni el servicio para el que había ido a Madrid. También era cierto que no iba a devolver ni un duro de lo que me adelantó como provisión de fondos. Entonces fue cuando reparé que también me había marchado del hotel sin abonar mi alojamiento, aunque en verdad no creí que aquello se pudiera considerar alojamiento. Estar toda la noche en aquella deprimente sala no lo era.

Como mucho, estaba dispuesto a pagar los cafés que me había tomado mientras ingería las porras que Germán trajo por la mañana.

Cuando atravesé la barrera del aparcamiento escuché la bocina de mi colega el policía.

Me adelantó como si fuera un rayo mientras me saludaba justo cuando se encontraba en paralelo a mí. Lo fui perdiendo de vista poco a poco por la Autovía en dirección a Barcelona.

Cuando no lo vi, y me aseguré que nadie me seguía, me paré a la altura del Polígono Más Blau de El Prat de Llobregat.

Estacionado en la misma rotonda de esa salida para evitar posibles vigilancias y seguimientos, comprobé mi móvil. Tal y como esperaba encontrar, tenía dos llamadas de Olga y varios *guasaps* de ella. En todos más de lo mismo: que quería saber de mí y que estaba muy preocupada.

Miré el reloj, por lo poco que sabía no faltaba más de media hora para que terminara su jornada laboral y se marchara a su casa; siempre que no hubiera desaparecido y viviera en el mismo sitio. Cosa que empezaba a dudar.

Opté por ir directamente a mi casa, ver como estaba después de que ella se hubiera marchado de allí desde que la dejé y, por supuesto, darme una ducha y cambiarme de ropa.

Apestaba.

Nadie que yo no conociera deambulaba por los alrededores de mi casa en aquellos precisos instantes. Di dos vueltas a la manzana y tampoco vi a nadie dentro de alguno de los coches que estaban estacionados a lo largo de la calle. Accioné el mando de mi

aparcamiento y entré con todo el cuidado del mundo. Subí hasta mi apartamento con el mismo sigilo y comprobé que nadie había forzado mi puerta. Introduje la llave y noté que la cerradura no tenía ni una vuelta, lo que significaba que la última persona que había salido de allí se fue dando un portazo y no tenía por qué ser en muestras de enfado. Todo apuntaba que tras marcharse Olga no había entrado nadie más.

Aun así, entré despacio, la espalda rozando la pared del pasillo y así todas las paredes hasta comprobar que allí dentro solo había una persona haciendo el imbécil como si temiera que alguien le quisiera matar. Ese era yo.

Todo estaba correctamente. Si Olga, o quien fuese, había registrado algo, lo había hecho de una manera metódica y no se notaba en absoluto. Todo estaba intacto.

Miré mi escondite y lo que suelo guardar en él. También estaba todo correcto, aunque por un momento pensé en cargar el tambor con cinco balas y colocármela en los riñones, por si las moscas, aunque sé que a las moscas hay que matarlas a cañonazos.

No lo hice. Deje el arma en el mismo sitio.

Busqué la ropa que me iba a poner y me dispuse a gastar agua casi hirviendo durante más de diez minutos sacándome la mugre, el sudor, los malos pensamientos y todo aquello que pensaba que le agua se podía llevar por el sumidero y arrástralo por las tuberías hasta alguna cloaca por la que todo quedara en un olvido.

Que aquello vivido quedase en un desgraciado mal recuerdo.

37

Aseado por fuera, salí a la calle, me subí al coche y me dirigí directamente hasta el apartamento de Olga. Jamás me había costado tanto llegar hasta allí y no hablo del tiempo que eso me ocupó.

Una vez llegué por las inmediaciones de su calle, di varias vueltas, por si acaso. No vi nada que me llamara la atención, pero tampoco sabía exactamente qué estaba buscando.

Estacioné el coche en la calle de atrás y bordee la manzana de casas caminando hacia donde ella vivía. Lo hice con las manos en los bolsillos, la capucha de la sudadera cubriéndome la cabeza y unas gafas de sol.

Llamé a su timbre desde el interfono del portero automático. No obtuve respuesta.

Cuando llegó un vecino entré tras él, sin que éste se inmutase y cuidando que no me pudiera detectar dentro del edificio. Esperé.

Cuando escuché que cerró la puerta del piso de donde hubiera podido entrar, subí hasta el rellano de Olga. No escuché nada, ni música, ni la televisión, ni ningún otro ruido que me hiciera pensar que ella estaba allí dentro.

Aguardé en la escalera a que pudiera llegar. Me di a mi mismo una hora de margen. Si en ese espacio de tiempo no llegaba empezaría a averiguar por los vecinos alguna información que me diera algo de luz sobre mis sospechas. Depende de lo que obtuviese me marcharía a la comisaría y le informaría a Germán de la relación de Olga en aquel tema.

Fue realmente incómodo. Muchas veces había hecho ese mismo trabajo. Pendiente de que, si alguien venía, tenía que subir o bajar las escaleras haciendo creer que llegaba o me marchaba de visitar a alguno de los vecinos y no levantar ninguna sospecha, pero nunca lo había hecho por un motivo personal.

Casi tres cuartos de hora, y cuando estaba a punto de empezar a tocar puertas de vecinos, escuché que alguien subía la escalera.

Noté que eran sus pasos. Su forma de pisar y el ruido de sus tacones. De pronto aquel perfume. Era inconfundible.

Subí hacia el piso superior y esperé a que abriera la puerta. Cuando lo hizo esperé a que entrara. No había llegado a cerrar cuando me presenté tras ella y aguanté la puerta para evitar que se cerrase.

—¡Tu padre! Que susto me has dado.

Se abalanzó sobre mí me dio un golpe en el pecho con el puño cerrado y me besó como si le embargara una alegría inmensa.

—Tenemos que hablar —le dije sin ningún tipo de cortesía, separándome de ella y cerrando la puerta tras de mí.

—¿Qué ocurre? —sus ojos me mostraron incertidumbre y miedo.

La cogí suavemente del brazo y la hice sentarse en una silla que extraje de la mesa del comedor. Una vez se sentó, alzó la cara para ver con claridad mi actitud. Tomé otra de las sillas y la puse frente a ella. Me senté. Le cogí las dos manos y le pregunté sin ningún tipo de titubeo ni preámbulos.

—¿Quién eres? ¿Dónde trabajas? ¿De dónde eres? —desde que la conocía no me habían interesado ese tipo de información sobre ella. No me importaba para nada saberlo, solamente quería disfrutar estando con ella. Ahora me maldecía por mi falta de cautela, una cautela que nunca pensé que debía haber tomado. Jamás llegué a adivinar que me tuviera que hacer falta. Mi profesión y mi vida particular estaban separadas por un espacio que yo creía tan grande como el que cauce del río que separa cada uno de los lados de las montañas rocosas.

El corazón parecía que me iba a salir por la boca. Estaba muy nervioso. Como nunca lo había estado.

—¿A qué viene esto Gumer?

Tenía toda la razón en preguntarlo. Pero yo también.

Mi inquisición mostrando el interés por saber las respuestas de mi vil y tenaz interrogatorio, y su llanto y rabia por sentirse hostigada por mí, convirtió aquella habitación en una olla a presión que corría el peligro de reventar en cualquier momento.

Le hice comprender que necesitaba una explicación a todas aquellas preguntas y accedió a dármelas. Necesitaba saber por qué me eligió a mí cuando era con Pedro con el que había acudido a la fiesta. Me era imprescindible conocer muchas cosas y me las aclaró, no sin que me ardiera mi sentido de la culpabilidad como arde la tea seca en una barbacoa.

Sintiéndose atrapada, empezó a explicarse:

—Llevaba menos de un mes en Barcelona cuando conocí a Pedro —empezó a decirme con todo su esfuerzo y mostrándome una rabia contenida—. Trabajo en la gestoría de mi hermano, en la calle Diputación con Pau Clarís, me vine de Marbella porque la persona con la que vivía me dejó por otra y quería abandonar aquel miserable pueblo donde él era un súper conocido empresario y no me apetecía encontrarme con él nunca más. Disculpa.

Sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó unos mocos que no podía contener al igual que sus lágrimas. Intenté cogerle las manos cariñosamente pero me las soltó con desprecio y furia.

—Quieres saber y te voy a contar. Déjame. Suéltame. No quiero que me toques — continuó—. A la fiesta del cumpleaños de tu amigo

acudí para conocer gente. Ese era mi único pretexto, nada más. Me caíste muy bien y me pareciste un tío muy simpático. Yo no tenía ninguna obligación con Pedro y creo que estuve muy atenta con él. A partir de ahí ya lo conoces todo personalmente. ¿Qué necesitas saber más? Pregúntamelo y lárgate de aquí.

Debía seguir sabiendo cosas, pero estaba hecho un lío.

—¿A qué viene tanta insistencia en saber qué hago, dónde estoy y si estoy bien o mal?

Y sobre todo… ¿Qué es lo que querías decirme sobre que habías hecho mal, que estabas arrepentida? ¿De qué querías avisarme?

—¿Has ido a tu casa antes de venir aquí?

Me extrañó la pregunta.

—Sí ¿Qué tiene que ver eso?

—¿Has visto la nota que te dejé sobre la mesa de la cocina?

—No. Que nota.

—Fui una estúpida. Antes de salir de tu casa te escribí una nota en la que te decía que estaba loca por ti y que quería que lo nuestro fuese en serio. Pero luego me arrepentí y como ya había salido no pude entrar a cogerla. Pensé que si llevabas a alguien allí y veía esa nota podrías enfadarte y por eso te llamaba insistentemente, para que no ocurriera eso y que pudieras destruirla antes que nadie la viera y pudiera meterte en un compromiso.

Yo no podía creer lo que estaba escuchando.

—Ahora me doy cuenta de que realmente he sido una estúpida —me continuó diciendo—. Por la nota y por pensar que tú y yo podríamos llegar a algo más que a follar cuando a uno o a otro le apetecía. Por favor… Vete de aquí ahora mismo.

Mis recelos sobre su interés por saber de mí, eran puramente una mala fantasía. Pensé que ella formaba parte de los que habían querido colocarme una muerte. No tenía palabras para decirle lo que en aquellos momentos sentía.

Olga se quedó mirándome fijamente esperando que me marchase de allí. Traté de explicarle lo que me había ocurrido y que pudiera entender el por qué de aquella situación. Le dije que jamás me había preocupado nada de ella, que no la conocía y que jamás me preocupó eso. Que por ese mismo motivo fue por lo que tuve tantas dudas cuando empecé a atravesar la inverosímil situación con la que me topé en Madrid y que, aquellas notas y su insistencia, hicieron injustificadamente que aumentasen mis recelos sin poder evitarlo.

—Por favor, comprende que nuestra situación me hizo pensar mal y dudar de ti. El hecho de que nunca más volvieras a encontrarte con Pedro, trabajando tan cerca el uno del otro, me pareció algo imposible.

Ella se explicó también sobre ese aspecto.

—Yo sí que le vi varias veces a él. Pero le evité siempre. Entenderás que me daba vergüenza encontrarme con él sabiendo que eras su amigo. Que habiendo acudido invitado por él a aquel cumpleaños, y que me acabara enrollando contigo, pensé no sería algo que a él le hubiera sentado demasiado bien. Sinceramente. No me apetecía. Siempre traté de esquivarle y elegí otro lugar para comer. A mí solo me interesaba verte a ti.

Fueron unos momentos muy tensos. Tiras y aflojas que en aquel momento ella no llegó a perdonar y que, antes de que fuese a peor, lo dejamos aparcado y me marché.

Al salir, en la misma puerta le pedí que lo pensara tranquilamente y que entendiera como me había sentido yo y por qué había pensado así mientras iba recibiendo todos aquellos mensajes mientras por otro lado estaba encerrado en una trampa que no sabía quiénes me la habían preparado.

No me contestó y cerró de un portazo.

Mientras bajaba las escaleras escuché su llanto.

Creo que todavía no me ha perdonado que desconfiara de ella hasta aquel extremo. A día de hoy todavía sigo intentándolo. Me está costando sudor y lágrimas. Lo intenté todo, llamadas, mensajes…

Tanto que incluso, dos días después, le dejé en el buzón, con una nota, una copia de la llave de mi apartamento.

38

Eran las seis y media de la tarde cuando llegaba a la comisaría de Vía Layetana y en la puerta pedía directamente por el Inspector Torcuato Álvarez mientras entregaba mi DNI.

Enseguida acudió mi amigo el *yuppi* a buscarme para acompañarme hasta donde estaba Germán en aquel instante.

Subiendo, en el ascensor, le pregunté a Marcos, que así era como se llamaba aquel policía, por cómo iba el tema y si había habido más detenciones.

Me miró como a un bicho raro y su expresión me dio a entender que no soltaba prenda.

Aun así me dio una pista de cómo conseguir más información. Por si no sabía dónde buscarla.

—Seguro que el Jefe de Madrid le va a informar de todo lo que ha acontecido desde que usted se marchó. No le quepa la menor duda. Se ve buena persona.

Me encantó la forma de decírmelo.

—Seguro que sí. Veo que conoces a la gente rápidamente —a mí también me gusta la ironía inteligente.

Germán enseguida se acercó a mí. Estaba esperándome, de pie, en la puerta del despacho de Torcuato, aunque éste no estaba.

Me hizo pasar dentro.

—Está reunido con el manda más —me dijo sin que yo le preguntase.

—¿Eso qué significa…? Que la cosa va bien o mal.

Se echó a reír.

—Es verdad, perdona. Va todo estupendamente. Te adelanto algo, pero si viene él y te cuenta lo mismo, pon cara de no saber nada ¡Ya sabes! Les gusta dar la primicia y estamos en su cancha.

—No te preocupes. Cuenta.

—En Madrid los míos ya han detenido al Enrique Guijarro Montero y al otro que también se reunió con tu Leandro Vicente en Madrid, se trata de Roberto Simón Simón un conocido proxeneta que trabaja en el club donde tenían trabajando a esa chica. Éste es el que se encarga de traer y llevar las mujeres al piso donde viven y repartir a un grupo de mujeres por las cercanías de la Casa de Campo ¿No sé si conoces esa zona?

—Sí. Pero solo de oídas. Sé que es el mayor parque público de Madrid, pero no mucho más, aparte de que en Barcelona os envidiamos por no tener un pulmón como el vuestro en mitad de la ciudad.

—Pues la verdad es que sí, pero aun así os ganamos en polución. Si no fuera por ese parque, y otros tantos que hay en la ciudad, andaríamos con mascarillas hace tiempo. Pero si vosotros nos envidiáis por eso, nosotros lo hacemos por vuestras playas. Estamos empatados.

Fue muy ocurrente. Nos reímos y retomó la conversación que era lo que realmente interesaba. Al menos a mí.

—En realidad donde llevan a las chicas es a Marconi —hizo una pausa a la que ya me tenía acostumbrado. Vio que yo ponía cara de póquer y siguió ilustrándome—. Es un polígono industrial de Villaverde Alto, allí se mezclan con los travestis. Es una vergüenza y la verdad es que la pobre policía local de esa zona no puede hacer demasiado. Al tipo éste, ya se le había detenido varias veces por darle palizas a sus prostitutas, a los travestis que se ponían en la zona que él creía como suya y a algún que otro de los clientes que había tratado de pasarse con alguna de sus chicas o que incluso había tratado de robarlas. De esos también hay muchos.

—Vaya perla. La verdad es que sí que me di cuenta de que estaba muy cuadrado, pero me pareció más un portero de discoteca que un matón de putas.

En ese momento la pausa la hice yo. Caí en un detalle y no pude pasarlo por alto.

—¿Cómo sabéis que ese fulano es el otro con el que Leandro se había reunido?

Se me quedó mirando y sonrió. Estuvo a punto de soltar un *«paso palabra»*, pero dedujo que no le iba a valer.

—No volvamos al mismo tema. Ya te dije que revisé tu grabación de vídeo y extrajimos unos fotogramas de ellos, además tú mismo me habías dado permiso, recuérdalo.

— *¡Touche!* —Le dije riéndome y el continuó tratando de no volver a ese tema.

—Como imaginábamos de quienes estábamos hablando, les pasé esos fotogramas al grupo que sabíamos que iban a reconocerlos con total seguridad. Aunque el identificar a éste nos ha costado. La relación que tiene con el otro no era del todo conocida. La hemos podido obtener tirando de los datos que tenemos de ese club.

—Fenomenal. Buen trabajo ¿Y aquí en Barcelona… como va?

—También. Pero antes te cuento que ya se ha averiguado de donde venía la chica de Marbella. El que ha dado la pista ha sido ese Roberto Simón. El pobre desgraciado no tiene ni la menor idea de donde se ha metido. Cuando se enteren que él ha sido el que ha dado la información…, que te voy a contar…, se lo van a cargar como a la chica. O dentro, o fuera de la cárcel, pero fijo que se lo van a querer cepillar. Estamos tan seguros que vamos a tener que darle seguridad y

pedir que lo manden a un talego con sus datos cambiados. Supongo que pasará a ser un testigo protegido porque ha colaborado la tira. La verdad es que él ignoraba que el hecho iba más allá de un ajuste de cuentas contra alguien. La información que él tenía era que tú, al que no conoce de nada, eras un cliente particular de la chica y tampoco sabía que a la chica la iban a matar. Le habían metido en este lio para que le diera a la chica una paliza como escarmiento, pero le han engañado. La chica se llama…, mejor dicho…, se llamaba, Alemka Atiagic Bagaric, una croata que trabajaba en un prostíbulo de lujo en Marbella. Lo que él sabía es que venía castigada por intentar llevarse a clientes de forma particular y quedarse con la pasta, que no era poca. Por ese motivo tenía que encargarse de ella y escarmentarla. A partir de ahí nos ha contado que el encargo era que tenían que llevarla a un hotel de Madrid donde le habían dicho que había quedado con un cliente y el encargo que le habían dado a Roberto era darle allí mismo un escarmiento tanto a ella como al cliente. Es decir, a ti.

—¡Joder! Pues no sé que hubiera sido peor.

Me salió del alma.

—El caso es que para ello vino a Madrid, supuestamente desde Marbella, tu colega Leandro, al que él no conocía de nada y que Enrique Guijarro se lo presentó en ese mismo momento como Carlos. De él solo conoce ese dato, aunque lo ha reconocido fotográficamente sin ningún problema.

—¿Y por eso le van a matar?

No me parecía suficiente motivo, aunque ya se sabe que este tipo de gente no necesita demasiados argumentos para cargarse a alguien.

—No. Ahí no acaba la cosa…

Esa vez la pausa fue menor de lo que me tenía acostumbrado. Se notaba que estaba entusiasmado dándome todas aquellas explicaciones. No estaba utilizando ninguna anotación previa. Se había aprendido todos los nombres, apellidos y datos de memoria. Me pareció sublime.

—Pues tú dirás —no se me ocurrió otra cosa que decir. Yo estaba alucinando, pero aun no veía que tenía que ver yo en todo aquello.

—Resulta que hemos podido saber, por los de Marbella, que esa tal Alemka Atiagic trabajaba en un club llamado “Blauer Himmel”, significa cielo azul en alemán. Su propietaria, como te debes de imaginar es alemana —ahí puse cara de escepticismo, realmente no me lo había imaginado, pero me daba igual—. Esa tipa fue detenida hace unos cinco meses, junto a un montón de personas más, por la brigada de estupefacientes de Málaga. Les pillaron en el club ciento cincuenta kilos de cocaína, más de cuatrocientos mil euros en metálico y un arsenal de armas. Además de varias chicas ilegales.

—Bueno. En ese tipo de antros, ese es siempre el segundo negocio.

Incluso en la mayoría de ellos el primero. Las armas está claro que es algo que siempre va conexo. Pero aún así… ¿Qué tiene que ver esa chica? ¿Y qué tengo que ver yo?

—Ahora viene lo bueno.

—¡Joder Germán! Apura que me va a dar algo.

En esos momentos, cuando se suponía que me iba a desvelar lo que más me interesaba, entró Torcuato.

—Hombre Gumersindo. Estás aquí.

39

Ya se sabe que en los momentos más cruciales es cuando alguien viene y te incordia.

Suele pasar a menudo.

Al llegar el Jefe del grupo de Barcelona, Germán tuvo que dejar de darme aquellos detalles que tanto me interesaba y que llevaba un siglo contándome sin decirme el resultado final. Agradecí que me diera tantos pormenores de la historia, de haberlo hecho al revés, más tarde le hubiera pedido que me lo contase todo con pelos y señales, pero en aquel momento lo que yo quería era sabe el final.

Torcuato venía contento. Enseguida me estrechó la mano. Entendí que no hacía falta, pero con ese detalle adiviné que estaba realmente feliz de cómo estaba saliendo aquello. Sin comerlo ni beberlo se iba a poner también sus medallas.

—¿Hace mucho que has llegado? ¿Has descansado?

—Hace apenas cinco minutos —contestó Germán por mí.

—Sí, gracias. Me ha ido muy bien esa ducha y pegar una cabezada —decidí darle también mi opinión.

Si supieran aquellos dos hombres que en vez de una cabezada había tenido que lidiar con un toro de quinientos kilos y que, por culpa de mis fallidas sospechas, estaba a punto de perder a una mujer que me volvía loco.

—Germán ¿Le has contado…?

Aquí se adelantó Germán a contestar sin que acabara la pregunta.

—Bueno, no del todo. Le estaba diciendo que la cosa tenía varios frentes abiertos y que estaba resultando todo muy fructífero. Más que nada le estaba contando que, en cuanto a lo que a él respecta, podía estar tranquilo porque su participación en los hechos está totalmente descartada.

«Mentiroso» —pensé con ganas de decirlo en voz alta—. *«Me tienes aquí recreándote dándome todos esos detalles en vez de acabar de darme esa noticia y regalarme la tranquilidad que merezco después de lo que estoy pasando. Serás cabrón»*

Germán me miró con una sonrisa tan cachonda que me recordó al Gato de Cheshire de Alicia en el país de las maravillas. Estaba claro que estaba disfrutando con ello.

Ahora temía que el bueno de Torcuato volviese a empezar desde el principio y que quisiera también recrearse con todos esos detalles *«¡Por Dios, no lo consientas!»* —rogué a los cielos.

—Pues oye. Explícale, explícale, que la cosa tiene migas —dijo

dirigiéndose a Germán pero acercándose a mí. Me estrechó la mano y me dijo—: Enhorabuena, te has salvado de una buena. Valga la redundancia.

—Gracias.

Hubo un silencio.

Abrió un armario y sacó de él una percha con su uniforme, cogió la gorra de plato, se la puso bajo el brazo y se dirigió a Germán.

—Sabes que estás en tu casa. Este despacho es tuyo. Por favor, sigue explicándole tú mismo al señor Hierro todos los detalles. Yo me tengo que marchar, el Jefe ha quedado en reunirnos con el Gobernador y nos vamos para allí. No sé cuánto nos llevará, pero no dejes marchar al señor Gumersindo. Os invito a los dos a cenar cuando venga.

—Me salvé. Dios me escuchó. Pensé que también me había abandonado como lo había hecho en Madrid mi ángel de la guarda.

40

En cuanto se cerró la puerta, tras salir Torcuato, Germán levantó la mano observando que yo me iba a dirigir a él diciéndole algo que ya debía imaginarse de antemano.

—¿Quieres que continúe o te digo solamente que te puedes marchar cuando quieras?

Que ya no tienes porqué estar aquí como sospechoso de la muerte de Alemka?

Su cara de felicidad mostrándome que se estaba divirtiendo, era para mí un cruce de sensaciones que no lograba definir. Lo hubiera mandado al carajo, pero por otro lado sabía que se sentía contento por mí, al margen de lo que ello le pudiera aportar profesionalmente. Al fin y al cabo él era el precursor de aquel servicio.

Opté por manifestarle lo que pensaba, pero aun así le dejé continuar. En parte me interesaba saber los pormenores.

—Sigue, sigue. Aunque ahora quiero que vayas directamente al final de la historia.

—No me negarás que no te estaba informando con todo tipo de detalles —Se volvió a reír. En esta ocasión a carcajada limpia.

—No. No lo puedo negar —dije sarcásticamente— Anda sigue. Nos habíamos quedado en que no tenía ni idea de lo que yo y la chica esa tenemos que ver en el tema de Marbella.

—A sí. Bueno. Pues tenéis que ver bastante. Aunque ella más que tú. Al menos directamente.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que lo tuyo es algo más indirecto.

Notó mi cara de asombro.

—Eso lo he entendido. Explícate mejor.

—Ella, como ya te he comentado, mantenía tratos directos con algunos de los clientes y se llevaba la pasta sin pasar por caja. Pasta que mandaba a su país, a Croacia, donde tiene a sus padres y a un hijo, en Zagreb, por lo que sabemos. Esa gente se enteró de lo que les estaba haciendo la chica y le quisieron dar pasaporte. Tal cual —volvió a hacer otra de sus pausas, pero en esta ocasión no era algo incontrolado, fue una pausa a conciencia y buscando mi reacción— Y aquí es donde apareces tú.

Arrugué el ceño esperando a que continuase. Le encantó que estuviera expectante porque intuía que lo que me iba a contar a continuación me iba a dejar helado.

—No entiendo el porqué.

—Te vas a reír. Cuando le hemos mandado la foto de la muerta a los de Marbella y a los de Málaga, por si la conocían, ya que la información que teníamos era que venía de allí, han saltado todas las alarmas. Resulta que la conocían perfectamente. Nos han contestado diciendo que esa chica era una tal Vanessa; al menos ese era el nombre con el que trabajaba. El grupo que los estaba vigilando por el tema de la cocaína, les tenían intervenido los teléfonos a varios de ellos y, por medio de las escuchas, sabían que habían pillado a la chica mangándoles y que la hicieron desaparecer de allí, pero no tenían ni idea de dónde la habían llevado. Lo bueno del caso es que en una de las conversaciones de teléfono, escucharon que la gestión de la Vanessa se la dieron a uno al que llaman "El dientes".

—Y… ¿Quién coño es el dientes? —dije con sorpresa.

—"El dientes" es el alias de un tal Rodolfo Flores, que es el que se encarga del negocio de las tías. Éste, después de darle una paliza a la pobre Vanessa se la quiso quitar de encima y llamó, desde uno de los teléfonos intervenidos, a un colega para que le hiciera la faena sucia.

Ese colega, que aun no sabemos quién es, le comentó que el "Ledesma" se iba a poner muy contento haciendo ese trabajo. Que esa chica le iba a servir para un ajuste de cuentas que, desde hacía años, su jefe tenía pendiente con un tal Gumer. Si tío. Ese Gumer eres tú y el "Ledesma" es Fernando Martínez Ledesma. Está comprobado. Ese Ledesma es tu cliente Manuel López. Ahora están haciendo averiguaciones para saber quién es su jefe. Y que, por lo que sabemos, se trata de uno al que llaman "El Negro".

No puedo explicar con palabras cómo me quedé al escuchar ese alias que acababa de pronunciar.

Lo de "EL Negro" me atravesó el cerebro como si me acabaran de disparar una flecha con una ballesta. Sentí un golpe en las sienes que me dejó tan frio como el que se pasea desnudo y descalzo por la nieve en mitad de la Plaza Roja de Moscú. Un sudor gélido inundó todo mi cuerpo y se me aflojaron las piernas hasta el punto de tenerme que sujetar a los brazos de la silla que tenía a mi lado. Me quedé descompuesto, totalmente desencajado. Mi palidez debió convertir mi constante color moreno en un blanco lácteo que provocó que Germán se asustara tanto que llegó a pensar que me estaba dando una lipotimia o incluso un ictus, motivo por el que se abalanzó de forma precipitada hacia mí para ver que me ocurría.

—¿Estás bien? —me dijo Gumer mientras me hacía sentar y me daba unos ligeros golpes en la cara tratando de que viniera en sí.

Por un momento creí que se había apagado todo. Cuando abrí los ojos encontré a Germán en cuclillas delante de mí y yo era incapaz de articular palabra.

Le puse la mano sobre uno de sus brazos.

—¡Relájate! —me decía mientras me daba aire con una carpeta que había cogido de la mesa de Torcuato —Gumer, me has acojonado.

Sin soltarle el brazo y con el resuello apenas recuperado le dije: —Sé quien es “El Negro”

—¡No jodas! Ese es el único eslabón de la cadena que nos falta.

—Necesito un poco de agua, por favor.

41

No recuerdo muy bien aquel momento por culpa de mi desfallecimiento temporal. Pero vagamente me viene a la memoria el instante en el que Germán pidió que enseguida me trajeran agua y cuando acudieron dos de los muchos agentes que en aquel momento estaban trabajando en sus respectivas mesas. Uno de ellos, mi amigo Marcos el *yuppi*.

Después de darle un sorbo a la botella de agua y recuperarme, pude ver que fuera del despacho, de pie junto a la puerta había varias personas expectantes por ver lo que me ocurría.

—¿Te encuentras mejor? —la voz y el semblante de Germán mostraban una seria preocupación por mí.

—Sí. Gracias. Ya estoy bien. No sé que me ha podido pasar.

Germán se incorporó y, después de agradecerles a los chicos su interés, les dijo que ya se podían retirar y poco a poco abandonaron la estancia marchándose rumoreando lo ocurrido.

Marcos el *yuppi* fue el último en hacerlo y me chocó la palma de la mano sin decir ni una sola palabra. Entendí lo que me quiso transmitir.

—Germán…, sé quién es El Negro —dije mientras le daba otro sorbo a la botella.

—Ya. Tranquilo. Cuando puedas me lo explicas ¿Quieres que llame a un sanitario?

—No, gracias. Ya estoy bien —En verdad no lo estaba. El corazón me iba a cien por hora, pero necesitaba explicarle quién era aquel tipo. Aquello resolvía todas mis dudas y daba la respuesta al por qué de aquella muerte y el motivo por el que me lo quisieran hacer pagar a mí.

Cuando vi que me encontraba con la suficiente fuerza como para poder continuar lo hice.

—El Negro ese es un tal José Flores Cuenca. Es uno de los capos más importantes de España. Éste tío maneja toneladas de cocaína y es el dueño de la mayoría de las casas de putas de Cataluña. Germán, ahora ya sé por qué me han elegido a mí.

El Jefe me escuchaba expectante. Me confundía su mirada. Sus ojos parecían dos globos de feria y me daba la sensación que se le iban a salir disparados de las órbitas. Yo no acertaba a saber si era por lo que estaba escuchando o por que aun no estaba seguro de que yo estuviese totalmente recuperado.

—¡Cojones! Pues debe ser por algo muy gordo para que te hayas

puesto así. Creí que te había dado un jamacuco.

—Por lo visto para él sí lo es porque no lo ha olvidado —añadí para situarlo y procedí a explicarle los motivos.

—José Flores es un miembro de la comunidad gitana de Barcelona y ahora convertido en “Patriarca” controla todo lo que a droga se trata; motivo por el que goza de inmunidad total y hace lo que le da la gana. Es el puto amo y tiene pagados a policías, jueces y al *sunsuncorda*.

Es el mayor hijo de puta que ha parido madre. A los que tiene por debajo, que son todos, les puede mandar lo que sea que le obedecen como perros falderos. En caso contrario los entrega como alimento de los tiburones.

—Y qué tiene que ver ese tío contigo.

—Hace algo más de un año estuve vigilando, por encargo de una empresa de seguridad, varias obras que un clan gitano controlaba como si se tratase de una empresa legitimada de vigilantes jurados. Flores, que aparentemente no tenía trabajo alguno, había montado una estructura empresarial donde tenía a todos sus primos y hermanos trabajando para él. Como te puedes imaginar…, era un negocio totalmente en negro e ilegal. Pero le funcionaba muy bien.

Solo con el hecho de colgar sus carteles en las obras dejaba muy claro que se trataba de un recinto custodiado por un clan gitano y nadie se atrevía a entrar y llevarse ni un solo ladrillo.

Hasta ahí todo normal y resultaba ser para mí un trabajo como cualquier otro donde lo único que tenía que hacer era pasarle un informe a mi cliente y que él se lo comunicara a Seguridad Privada para que ellos actuasen por intrusismo contra ellos.

—¿Entonces? —preguntó Germán impaciente.

—Pues que ese no era el único “negocio” que tenía —dije enfatizando esa palabra y gesticulando con los dedos a modo de ponerle comillas a esa palabra—. Para entonces, y sin que yo tuviera la menor idea, de forma encubierta, Flores era el encargado de la distribución en el Baix Llobregat de toda la cocaína que venía directamente de Colombia.

—¿Qué es eso del Baig Lobregat? —preguntó notándose la dificultad que tiene los madrileños en pronunciar los finales de palabras con equis y las doble eles al principio de palabra. Cosa que por otro lado siempre he creído que es por desinterés, porque los nombre de futbolistas extranjeros los pronuncian a la perfección.

—Sí, perdona. Se trata del Baix Llobregat —dije pronunciándolo despacio para que lo entendiera bien—. Es una comarca catalana, una zona de aquí que comprende varios pueblos de la provincia de Barcelona, prácticamente la zona más grande y con las poblaciones más importantes, pero sobre todo el aeropuerto de Barcelona y las

mercancías que llegan a través de él, así como parte del puerto.

—Ah vale. —dijo sin más y con la sana intención de darme a entender que le había quedado claro, pero que quería que continuase con mi relato.

—Por eso de las casualidades, que a veces existen, y porque estaban tras él desde hacía tiempo. Quince días después, la Guardia Civil descubría que los camiones hormigonera que salían de una de aquellas obras que yo había estado controlando durante días, transportaban en sus cubas giratorias más de dos mil kilos de droga en lugar de hormigón. El dispositivo policial incautó toda la mercancía y todos aquellos hombres fueron ingresados en prisión. A Flores, aunque no le pillaron físicamente en la movida, sin embargo le condenaron a un año y medio por colaboración necesaria. Aquella condena estaba totalmente amañada, fue una simple sanción para que no tuviese que entrar en la cárcel y con la clara intención de que no se pudiera decir que había salido de rositas. De ahí se entiende lo que te he dicho antes con lo de que este tipo “moja” a quien tenga que mojar para salir absuelto de todo.

—¡Que cabrón! Para que luego digan que no. La droga y la prostitución son los negocios que más dinero mueven en España y con esa lacra no se podrá acabar nunca.

Ambos sabíamos que era así. Ahí no cabían más comentarios.

—Todos sabían que, para Flores, la pérdida más importante no fue la privación de libertad de año y medio que le impusieron y que no cumplió por no tener antecedentes, sino su prestigio en el mercado y el alto coste de aquella mercancía. Dinero que tuvo que reponer de inmediato si no quería que los colombianos enviasen sus huesos triturados como alimento de los buitres en el Pico Cristóbal Colón de la Sierra Nevada de Santa Marta, allí en Colombia.

Di otro trago de agua de la botella. Este ya no fue por mi indisposición sino por el monólogo que estaba teniendo con Germán y que él no quería interrumpir, así que continúe.

—A Flores le debieron informar que yo había estado metiendo la nariz y haciendo preguntas por aquellas obras. Está claro que debieron tomarme la matrícula y de ahí identificarme. Aunque esa información solo la podían haber conseguido a través de fuentes policiales, ya que mi coche, por cuestiones de seguridad que tú conoces sobradamente, no está a mi nombre; lo tengo a nombre de la compañía de *renting*. Con lo cual mis sospechas recaen en que la persona que le tuvo que facilitar mis datos, tuvo por narices que ser alguien de la policía averiguándolo a través de esa empresa de *renting*, o desde la misma empresa de seguridad que me contrató. Estos fueron los únicos que tuvieron acceso al informe que emití.

El caso es que Flores me señaló a mí como el responsable del

fracaso de su negocio y me la sentenció. Así mismo lo dijo en el juicio, pero todos creímos, o quisimos creer, que sería una simple amenaza y que se iba a queda ahí. Yo sobre todo.

Le di el último trago a la botella. La acabé y entonces añadí una frase final a lo que me pareció que había sido un soliloquio.

—Por lo visto no fue así.

42

Germán tardó unos segundos en reaccionar, aquello le abrumó de tal manera que le dejó patidifuso. Entre el susto que le hice pasar con mi conato de soponcio y lo recién relatado, era lógico que tuviera ese inevitable comportamiento.

—Son muchas cosas las que hay que hacer y rápido —de un brinco se levantó de la silla donde había permanecido de forma emocionada después de mi recuperación.

Yo continué sentado, esperando su reacción.

—Torcuato aun estará con el Comisario en la Delegación de Gobierno. Pero les voy a llamar y ponerles en antecedentes. Estoy seguro que les va a encantar oír esta parte de la historia y que ignoran totalmente.

Germán se pasó unos minutos andando de un lado para otro del despacho sin saber exactamente qué hacer. Se notaba que no estaba en su casa, pero cayó en la cuenta y enseguida tomó las riendas. Su mente estaba tan desbocada como la de un caballo salvaje en la pradera.

Abrió la puerta y se dirigió a uno de aquellos agentes.

—Perdón…, por favor. Podéis llamar a los compañeros que han venido conmigo de Madrid. Creo que todavía están abajo, en la sala con los vuestros.

Desde que llegaron Fernando y Raúl estuvieron coordinando información junto con dos compañeros del grupo de Torcuato para abastecer de información a los diferentes grupos de Barcelona, Marbella y Madrid. En todos esos lugares se estaba procediendo a localizar a todas las personas que iban saliendo de las investigaciones y del resultado de lo obtenido mediante los interrogatorios que se fueron originando en cada una de las zonas.

Por lo que pude saber cuando Raúl y Fernando subieron reclamados por Germán, ya eran varias las detenciones que se había llevado a cabo, pero nos comentaron que quedaba algunas más; una de ellas la de José Flores Cuenca, “El Negro”.

43

Agotado de todo el movimiento que se generó, pasadas las once de la noche me fui a casa en un taxi. Tal y como había acudido hasta la comisaría aquella misma tarde.

Al llegar miré el móvil. Ninguna llamada ni mensajes de Olga. No esperaba tener ninguna de nadie más. A mis colaboradores, Roger y Xavi, les había prohibido llamarme. Les dije que se espabilaran ellos solos y que tomaran sus propias decisiones; al fin y al cabo sabían hacerlo muy bien, aunque reconozco que me cuesta delegar. Supongo que se debe a la cantidad de años que llevo trabajando solo.

Dudé en llamar a Olga y pedirle que viniera a pasar la noche conmigo. Tenía unas ganas bestiales, pero aparte de que era bastante tarde, entendía que me daría una negativa por respuesta. Se había enfadado muchísimo por mi falta de confianza. Traté de explicarle mis motivos hasta la extenuación, pero no sirvió de nada. Aunque hice un gran esfuerzo, no acabó aceptándolo. Yo comprendía que no lo hiciera, al fin y al cabo había dudado de ella. Llegué a tener muy claro que ella era artífice también de todo aquello. Lo único que le pedí fue que entendiera que todo había sido una mala interpretación por mi parte. Incluso traté de hacerle ver que, en aquella misma situación, ella hubiera pensado y actuado igual que yo. Su no, fue rotundo. Cosa que también comprendí. Olga no podía ponerse en mi pellejo y ni por asomo imaginarse una situación como la que yo viví. No le insistí. Nos habíamos prometido unos días de reflexión para poder tomar con buen criterio algún tipo de decisión. Bueno…, más bien ella: Yo lo tenía muy claro. Después de lo que había ocurrido, y sabiendo que no tenía nada que ver en ello, Olga me había enganchado todavía más. Me sentía como un pez tratando de morder un anzuelo con un gusano que burlaba mis envestidas. Olga me hizo ver que me estaba convirtiendo en una persona egoísta y que le había estado utilizando solamente cuando me había convenido. Reconocí, sin decírselo, claro está, que al principio mi interés sobre ella era puramente sexual. No lo podía negar. Sin embargo, cada vez me veía más colado por ella. La necesitaba. Aquello me hacía poner barreras para evitar que me ocurriese de nuevo lo que ya había vivido en otra ocasión. Pero no podía.

Me preparé algo para cenar. No había comido en todo el día. Cuando me senté y me vi solo, recapacité. Me pregunté si quería seguir así, o si cambiaba y empezaba a circular en mi vida personal por otra vía. Pero tenía que meditarlo. Pasar de una carretera sin

apenas tráfico a otra donde siempre hay atascos es una decisión difícil. Tenía que pensarlo muy bien y de forma reflexionada. Aun así, tuve un impulso que no pude controlar.

«No quiero ser cursi, pero no puedo estar sin ti. Por favor piénsalo bien.»

Cuando me di cuenta ya lo había hecho. Ni yo mismo me lo podía creer. Tuve que mirarlo dos veces para cerciorarme que le acababa de enviar aquel mensaje.

Algo estaba cambiando en mí.

44

Los tres días siguientes fueron muy movidos. Ultimé mis gestiones profesionales combinándolas con las personaciones a la comisaría de Vía Layetana donde, Germán con su equipo y Torcuato con los suyos, estuvieron trabajando día y noche sin parar.

En aquellos momentos mi actividad privada y personal estaba de capa caída. Me encontraba tan solo que tenía la sensación de llevar colgado en la espalda un letrero en el que se podía leer: “Falta personal”. Y no me refería a ningún argumento de básquet.

Acabé identificando a José Flores en una de las numerosas ruedas de reconocimiento a las que tuve que personarme. Un mal rato en el que me tuve que retener de no pedirle a Torcuato y a Germán que me dejaran pegarle un tiro allí mismo. Aun viendo que estaba detenido no me daba la seguridad de que se olvidase de mí.

Germán se ocupó de ponerme al día y contarme todos los detalles del operativo policial que habían montado en las tres provincias. También me ilustró explicándome que incluso habían hablado con mis colegas, los de la Guardia Civil de Travesera de las Corts, los cuales, gracias al canal de conexión que hay entre esos dos cuerpos, se pudo saber que la Unidad Central Operativa (UCO) de Barcelona estaba, desde hacía varios meses, detrás de José Flores por un alijo que esperaban que llegara esa misma semana al puerto de Aiguadolç de Sitges en una embarcación privada, y que eso hizo que tuvieran que esperar un par de días para hacer varias de esas detenciones sin que se estropease ese operativo que tenía preparado la Benemérita y a punto de obtener los resultados esperados.

Al final todo salió de maravilla.

Tanto Torcuato como Germán me comentaron que al margen de todos los datos que tenían, había sido crucial mi grabación operativa en el seguimiento que le hice en Madrid a mi objetivo, a las huellas del bolígrafo, al haber recordado la matrícula del Citroën Saxo y a que tanto en los zapatos de Agustín Landero (mi Leandro Vicente, como lo llamaba Germán) como en los de Enrique Guijaro Montero, se encontraran restos de la moqueta de la habitación 130

del hotel donde acabó muerta aquella pobre desgraciada.

A eso no pude más que replicarle:

—Que suerte que la gente ignore que los culpables siempre dejan suficientes vestigios personales en el escenario del crimen, pieles muertas, pelos…, o se los llevan de él, como es el caso. Lástima que los medios de comunicación y las series televisivas estén informando

de ello y que nadie se ocupe de evitarlo.

Me despedí de Germán y de Torcuato en una fantástica cena que supuse que se pagó de los fondos reservados de la Jefatura de la UDYCO, porque no creo que saliera del bolsillo de ninguno de ellos. Una cena donde no faltó de nada. Menos chicas, no penséis mal, que sé que os gusta hacerlo.

Germán y yo no nos volveríamos a ver más hasta que se celebrara el Juicio, y que, seguramente, no sería durante ese año ni el próximo. Germán me dijo, pidiéndome que guardase el secreto, que había hablado varias veces por teléfono con la jueza de Madrid que era la que estaba llevando el caso y que seguía siendo la misma que yo vi en el hotel, que se iba a encargar personalmente de mandar a la cárcel durante muchos años a José Flores Cuenca y que de momento iba a dictar prisión incondicional.

Le pedí que, también en secreto, le dijera que le estaba muy agradecido. Pero que si por mi fuese, le mandaría a la silla eléctrica.

45

Durante la semana siguiente, el paso de los días en mi vida, fueron prácticamente igual de vacíos. Me faltaba ella. Me faltaba Olga. Tenía un millón de dudas. No sabía si aquella situación podía ser buena para mí o si debía darle un cambio radical.

Algo estaba cambiando dentro de mí sin que yo pudiera remediarlo. Aunque tampoco me quería esforzar. De hecho daba igual porque no era yo el que pudiese decidir lo que podría ser mi vida en los días venideros.

Las diferentes llamadas que le fui haciendo durante toda la semana, tenían como contestación, algunas de ellas, un mensaje escrito diciendo: *«ahora no te puedo atender…»* o algo más como: *«… estoy comprando», «… estoy en el trabajo»,* etcétera. Siempre la pillaba ocupada o indispuesta para contestar.

Estuvo mostrándome su indiferencia. Mejor dicho…, estuvo castigándome vilmente.

Jamás usó la llave que le dejé en el buzón con la nota. No sabía si la había podido tirar.

Olga ha sido la única mujer que ha conseguido que yo no pueda pasar de ella. Me tenía atado a su desdén como un barco lo hace en el puerto a un noray.

Mi única opción era seguir insistiendo y no tenía otra forma de hacerlo que a través de los ramos de flores que fui dejando a los pies de la puerta de su apartamento y los mensajes y *guasaps* que le escribí diciéndole cosas como: *«no dejaré de insistir hasta que me perdones y sepas comprender por qué actué así»*.

Tampoco con esos tuve más contestación que unos simples emoticonos con unas caras amarillas serias o llorando.

A todo ello y después de días en los que no tenía ni ganas de trabajar, llegó el día del juicio con José Jurado. Ya sabéis, el tipo al que lesioné cuando me agredió en la puerta de los juzgados.

Yo estaba citado en la Ciudad de la Justicia de la Gran Vía a las once y media de la mañana. Por lo tanto, como era habitual, salvo que se suspendiese porque ese sujeto no se presentara o por cualquier otra causa, contaba que iba a darme allí la hora de comer. Un juicio señalado para esa hora puede empezar, como muy pronto, y con suerte, a la una de la tarde.

Como cada día, sino ocurre algún imprevisto, o tengo que trabajar en algún caso de esos que te rompen el sueño, me levanté a las siete y media de la mañana. Me lave la cara, me calcé mis viejas zapatillas

Nike, a las que no le quedaban más de cinco o seis salidas más, y me enfundé la ropa que como siempre preparo la noche anterior. Salí a correr y elegí hacerlo por la ribera del río Llobregat. Nada había cambiado salvo la luz del día a esas horas. Es curioso cómo se nota el paso de los días, el invierno parece que tiene prisa en acabar su recorrido para dejarse reemplazar por la primavera.

Después de una hora y media de correr a un ritmo bastante alto, y hacer la sesión de estiramientos, me di una ducha caliente y me preparé un buen desayuno. Elegí huevos fritos y un poco de pavo. El pavo fue para no sentirme tan culpable después de comerme esos huevos mojando el pan que antes de subir había comprado debajo de mi apartamento con la sana intención de darme un lujo de los fuertes.

Pensé que esa mañana lo iba a necesitar.

Me disfracé con traje y corbata como hago siempre que asisto a un juicio. Eso es algo que creo que debe hacerse por obligación. Toda la parafernalia y procedimiento judicial lo merece. Todos van con sus togas, resaltando la de los jueces que en las mangas llevan cosidas esas puñetas de puntillas hechas a mano, dando todo ello un estatus que me place, y a mí no me gusta ser menos.

Creo que con ello se demuestra un respeto hacia sus señorías y el resto de profesionales que intervienen en esos actos. Otra cosa que luego sea justa la sentencia o no. Ahí no voy a entrar.

Llamarme cursi si queréis, pero a mí me encanta.

En este caso yo no iba ni como perito ni como testigo designado por algunas de las partes. Iba como denunciado por un malnacido que aparte de querer agredirme, ahora quería sacar partido de las lesiones que le había causado por el solo hecho de defenderme de su traicionero e injustificado ataque.

Cuando salí a la calle, y ya estaba arrancando mi coche, me sonó el móvil. Aquella mañana no quería coger ninguna llamada. Faltaba poco menos de una hora para la celebración del juicio y quería estar desconectado del mundo. Concentrado en el juicio y no pensar en nada más. Pero se activo el *bluetooth* del coche y vi en el panel de mi salpicadero que la llamada era de Olga.

Esa no la esperaba para nada y, sin pensarlo dos veces, activé el "manos libres" como si con ello me fuese la vida.

—Bendito sea Dios. Buenos días.

No pude evitarlo. Tampoco sé por qué contesté así. Me salió del alma.

—Buenos días. ¿Cómo estás? —su voz era suave.

Pude saber que estaba en la calle por el ruido de vehículos circulando a su alrededor.

No sabía el contenido que iba a tener aquella conversación pero me pareció que había más luz, como si las nubes se hubieran decidido

a dejar pasar los rayos de luz.

Contesté a su pregunta.

—No sé qué decirte. Podría decir que bien, pero no sería verdad. Te echo mucho de menos. Pero sé que eso no te debe importar demasiado ya que no has contestado a mis llamadas. Espero que esta llamada no sea para despedirte de mí o pedirme que no te llame más.

—eso último lo había añadido sabiendo que no sería la causa de su llamada. En caso contrario, tal y como estaba la situación, no habría llamado.

—Eres un tonto —Íbamos bien, esa era su forma cariñosa de decirme que no estaba de acuerdo en lo que yo decía.

Me alegró.

—Vaya, empezamos bien. Encimas me insultas. Pero te lo voy a perdonar por dos razones: Una porque te agradezco que me hayas llamado y pueda oír tu voz. La otra porque yo sí sé perdonar cuando quiero de verdad a alguien.

Seguía sin saber todavía el motivo de la llamada y sin embargo estaba tensando la cuerda. Es una reacción propia de mí que no puedo evitar. De ahí que mis amigos sean pocos y mis mujeres menos.

—Solo quería desearte suerte. Sé que hoy tienes aquel juicio y supongo que estarás…

iba a decir nervioso pero tú no te pones nunca nervioso. Supongo que estarás preocupado.

—Muchas gracias. La verdad es que, aunque no te lo creas, me ocurren las dos cosas, estoy nervioso y muy preocupado. En honor a la verdad es que, si esta semana te hubiera tenido a ti cerca…, ahora lo llevaría mucho mejor, pero…

Hubo un pequeño silencio y luego escuché algo maravilloso: —¿Por qué no me llamas cuando termines y me dices como te ha ido? Me gustaría quedarme tranquila.

Aquello me pareció un billete a la reconciliación.

—¿Qué te parece si en lugar de llamarte te paso a recoger por donde me digas y te invito a comer?

Estuvo otros segundos sin contestar. La escuché reír, pero no sabía el motivo.

—Estoy trabajando en la gestoría, pásame a buscar.

Ahí sí que ya sabía el motivo. Me estaba tratando de querer dar la dirección de su trabajo. La que nunca me había dado porque nunca me preocupé de ello. De haberlo hecho y otras cuantas cosas más, no hubiera tenido las dudas que tuve y que por ello casi la pierdo.

—Es un juicio y nunca se sabe cuánto puede tardar en celebrarse y cuándo puede acabar.

—No te preocupes te esperaré lo que haga falta. Toma nota.

46

Nada más llegar, subí a ver a Raquel. La vista se celebraba en la planta donde ella tiene su puesto de trabajo, en una de esas salas polivalentes donde, en lugar del consabido y formal estrado, se sienta todo el mundo en una mesa, tipo sala de juntas.

—¡Hola campeón! —dijo nada más verme y se acercó al mostrador —Te estaba esperando.

—¿Cómo estás Raquel? —mi contestación fue seria y lo advirtió.

—Te noto preocupado. Qué extraño en ti.

Sus ojos empezaban a mostrarme aquel brillo con el que trataba de abrasarme y darme el calor que me faltaba para invitarla a cenar y acostarnos juntos.

—No te voy a decir que no. Esto me toca muchos los huevos. Siempre dependes de lo que, personas como tu jefe: el conocido señor de negro, quiera decidir. Y eso preocupa, y más en casos como este.

—Pues relájate —Noté en ella que insistía con su sonrisa picarona. Conociéndola, detrás de ese tipo de mueca venía un huracán de difícil escapatoria— El juez está esperándolo con los brazos abiertos. Incluso me ha dicho que puede que no solo se quede en multa.

Recé porque aquello fuese cierto y todo acabara así. Me daba igual lo que le pasara a aquel tipo, lo que no quería por nada del mundo era que me condenasen por algo por lo que no había ningún motivo.

No tardaron en llamarnos, tuve suerte que los dos juicios que iban delante del mío se hubiera anulado; uno por haber llegado a un acuerdo y el otro por la no presentación de una de las partes.

A mi contrario no lo vi hasta que no estuvimos dentro. Supongo que su abogado le aconsejo que estuviese por ahí hasta que nos llamaran y no se cruzara en ningún momento conmigo.

Por tal y como salió la cosa, me incliné a pensar que mi ángel de la guarda había regresado de unas vacaciones que se había tomado sin mi permiso y que ahora venía con las pilas cargadas. Me salvé de lo de Madrid y en ese entuerto en el que, como ya me había adelantado Raquel, su señoría se encaró con el tal José Jurado advirtiéndole de que lo que había hecho era un delito del que él no estaba dispuesto a pasar por alto y cuyas consecuencias le iban a salir muy caras. Consecuencias que se las haría llegar a su abogado a través de la sentencia judicial que no tardaría en recibir más de cinco días.

La reprimenda que le dio me dolió hasta a mí. Sobre todo en el modo en el que le advirtió. A todo ello le añadió que, si por desgracia para él, yo sufría algún tipo de infortunio o accidente por cualquier

causa, le haría personarse ante él para que le pudiera dar explicaciones de dónde había estado en esos momentos.

Jamás había visto actuar a un Juez así. Eso sí que era justicia.

Al salir me fui a despedir de Raquel. Tenía la obligación de agradecerle lo mucho que sabía que había intercedido en ello. Noté que el juez se había tomado en serio mi asunto, como algo personal.

—Gracias Raquel. Ha salido todo muy bien. Te debo una.

—Pues por qué no me la pagas hoy. O este sábado…

La corté poniendo mi mano sobre la suya que justo la tenía sobre el mostrador sujetando una pila de papeles.

—Raquel… —copie el sistema de Germán y utilicé una de esas pausas suyas— No te lo vas a creer pero…, me he enamorado de una persona. Aun así, si te apetece…, te invito a comer o a cenar un día de estos y así la conoces. Te encantará.

Su rostro era una odisea de gestos indescriptibles. De golpe pasó de su cara más desvergonzada a la más sorprendida. Enrojeció como no lo había hecho nunca.

—Ah…, bien, pues…, te aviso cuando me vaya bien.

—Raquel —Le dije sin soltarle la mano— Te he querido y siempre te querré. Pero creo que voy a sentar la cabeza. Me hago mayor y sé que contigo no hubiera podido ser. Tú tienes tu vida. No rompamos este buen rollo que siempre ha habido entre nosotros. Ahora voy a pasar a ser otro.

—Tienes razón. Lo entiendo. Sé feliz. Cuenta conmigo para siempre. Ya sabes…, estaré aquí por si falla la cosa.

Nos dimos un apretón de manos —allí no cabía otra cosa— y me marché.

En la puerta me despedí de mi amigo Plaza, al que dos días antes, mientras preparábamos ese juicio, le había explicado lo que me había ocurrido en Madrid. No se lo podía creer.

—Bueno, muchas gracias. Ya me pasarás la factura.

—Vete a tomar por el culo. Me debes una comida.

Se marchaba en dirección a la parada de taxis cuando se giro hacia donde yo estaba y sin dejar de caminar me gritó.

—Por cierto. No te metas en más líos y si lo haces olvídate de mí.

Cuando vio que yo estiraba mi brazo derecho, cerraba el puño y le mostraba mi dedo corazón alzándolo hacia el cielo, se río y se dio la vuelta y cogió un taxi que llegaba en aquellos momentos a la parada.

Mi paso siguiente fue ir a recoger a Olga. Lo que le había dicho a Raquel era muy cierto.

Yo, ahora, iba a ser otro.

La intención era conseguirlo.

AGRADECIMIENTOS:

Olga es una mujer ficticia a la que quise involucrar en una historia que, siendo una pura invención de mi perturbada imaginación, perfectamente podría pasarle a cualquiera de mis abnegados colegas con los que comparto mi profesión desde años y que saben que corremos riesgos como los que le han pasado a mi personaje Gumersindo Hierro. Un gesto que por medio de mi amigo José María Fernández Abril quiero dirigir a todo el grupo de detectives con los que tengo una estrecha relación a nivel personal y con los que me reúno muy a menudo para comer y comentar este tipo de adversidades por las que pasamos. También a dos mis colaboradores: Xavi y Roger.

Muchas personas son a las que menciono en esta novela y a las que, con ello, quiero hacerles una distinción. A mis dos amigos Antonio y Pedro por la amistad que desde hace años nos procesamos. A Del Barco, Manzanita, Antonio y Manolo en representación de todos los profesionales con los que empecé a adiestrarme en el mundo de la investigación policial. A José María Valls y Carmen Varela por ser dos profesionales a los que admiro y respeto por su forma de ser y su categoría humana. A Bauti del “Ke Kafe” por cuidar brillantemente de mi estómago y por dejarme que le utilice jocosamente. A Josep Bardera por permitirme que use su despacho como el del personaje. Por mi amigo, el abogado José Ángel Plaza, por permitir que le distorsione la imagen. A la cadena Hoteles Eurostars por utilizar dos de ellos como escenarios. A la agencia de alquiler de vehículos de Sitges ANEM por autorizarme a que le pudieran robar algunos de sus vehículos. A Ani Jiménez por concederme que pueda darle música a la novela por medio de las letras de su sobrina India Martínez. Al Sant Boi donde vivo y a Cornellá donde nací por distorsionarles sin mala intención. A Azuaga, localidad con la que me identifico y con la que he aprovecho una pequeña historia para dedicar un homenaje a mi suegro utilizando su apellido Alfaro con el que le conocían en esa localidad y que he utilizado con añoranza y sumo respeto en uno de mis principales personajes.

Gracias también a mis vecinos que han ido aguantando mi tostón como escritor durante toda la ejecución de la novela. Sobre todo a Emi a la que incluso le he hecho leer varios relatos para que me diera su opinión, regalándome siempre el oído para que estuviese contento y siga escribiendo.

A mi familia, que están ahí siempre.

A todos ellos y a otros muchos más, aunque aquí no les haya nombrado, porque, de una manera u otra, me inspiran detalles para crear historias como ésta.

Y finalmente a Mariló, por su incansable aguante y su inestimable

apoyo. Por ser la luz blanca de mi arco iris.